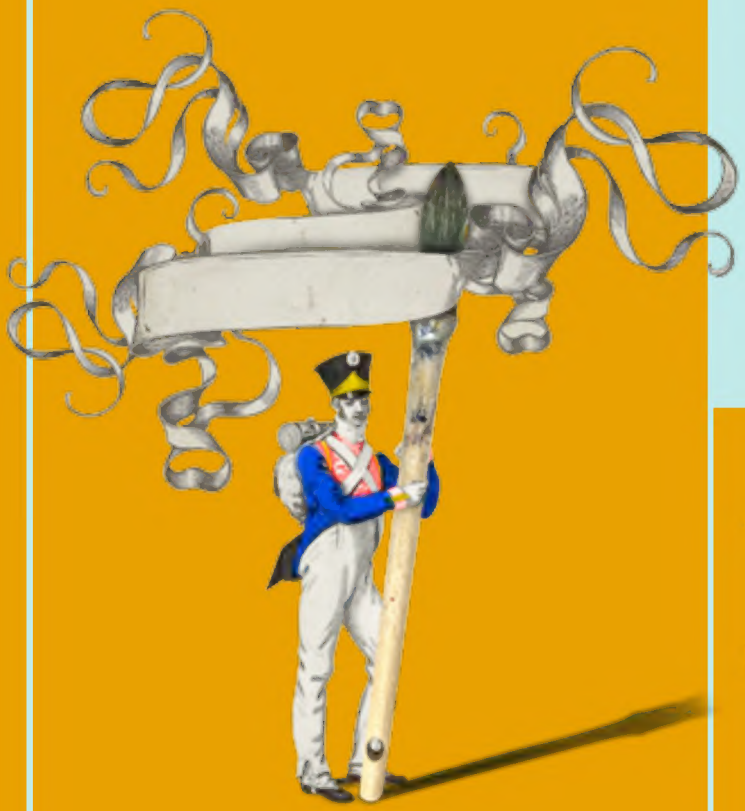
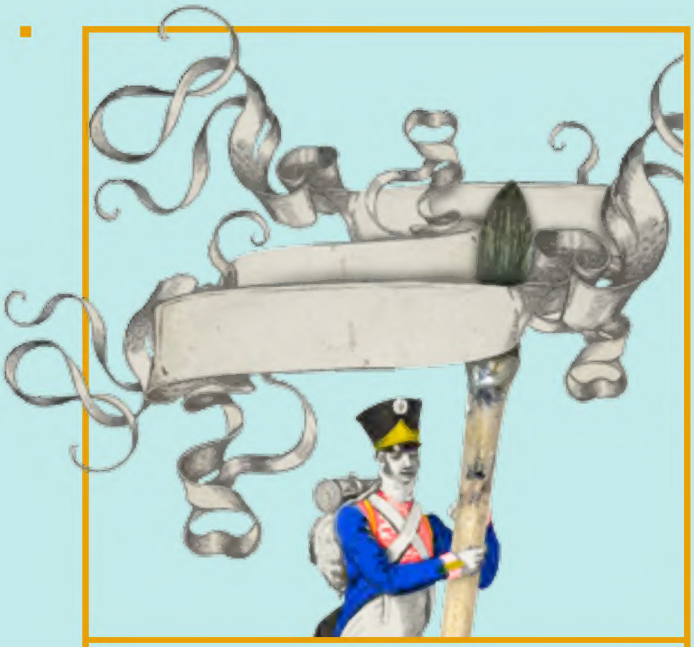


MEMORIAS DE UN ABANDERADO

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

BC
Biblioteca Básica de Cultura Colombiana

historia



MEMORIAS DE UN ABANDERADO

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

BC historia

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Espinosa, José María, 1796-1883, autor

Memorias de un abanderado [recurso electrónico] / José María Espinosa; [presentación, Sergio Zapata León]. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (258 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Historia / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8959-29-0

1. Espinosa, José María, 1796-1883 - Correspondencia, memorias, etc. 2. Colombia – Historia - Guerra de independencia, 1810-1819 3. Libro digital I. Zapata León, Sergio II. Título III. Serie

CDD: 986.103 ed. 23 CO-BoBN– a990172

MINCULTURA

Biblioteca Nacional de Colombia

Leer es mi cuento

TODOS POR UN NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Básica de Cultura Colombiana

Javier Beltrán
COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche
ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

Sandra Angulo
COORDINADORA GRUPO DE CONSERVACIÓN

Paola Caballero
RESPONSABLE DE ALIANZAS

Talia Méndez
PROYECTOS DIGITALES

Camilo Páez
COORDINADOR GRUPO DE COLECCIONES Y SERVICIOS

Patricia Rodríguez
COORDINADORA DE PROCESOS ORGANIZACIONALES

Fabio Tuso
COORDINADOR DE PROCESOS TÉCNICOS

Sergio Zapata
ACTIVIDAD CULTURAL Y DIVULGACIÓN

José Antonio Carbonell
Mario Jursich
Julio Paredes
COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®
REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros
CONVERSIÓN DIGITAL

Adán Farías
CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:
BibloAmigos

ISBN: 978-958-8959-29-0
Bogotá D. C., diciembre de 2016

© 1876, Imprenta de El Tradicionista
© 2016, De esta edición: Ministerio de Cultura – Biblioteca Nacional de Colombia
© Presentación: Sergio Zapata León

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

- Presentación 9
- Motivo de esta publicación 15

Memorias de un abanderado
Recuerdos de la Patria Boba
1810-1819

- I 27
- II 29
- III 33
- IV 37
- V 45
- VI 51
- VII 59
- VIII 65
- IX 77

- X 85
- XI 93
- XII 101
- XIII 107
- XIV 115
- XV 123
- XVI 129
- XVII 137
- XVIII 145
- XIX 151
- XX 155
- XXI 161
- XXII 167
- XXIII 173
- XXIV 179
- XXV 187
- XXVI 193
- XXVII 201
- XXVIII 209
- XXIX 217
- XXX 225
- XXXI 231
- XXXII 237
- XXXIII 243
- Retratos 249

Presentación

José María del Rosario Joaquín Custodio Remigio Espinosa Prieto nació en Santafé, en octubre de 1796. Era despierto y sensible: fue dejado al cuidado de sus abuelas desde muy niño y la educación que recibió, cargada de santos y brujas, de rezos y asuntos piadosos, no consiguió anidar del todo en su conducta.

Sabemos que su cuñado Antonio Morales fue quien azuzó a los criollos luego de que el español José González Llorente se negara a prestar el inolvidable florero. Durante ese 20 de julio, el mismo Espinosa cuenta que se vio arrastrado, al igual que la mayoría de los jóvenes de su tiempo, por la fuerza de una revolución que «rugía sordamente... como un ruido subterráneo» y muy pronto fue convertido en soldado del ejército patriota que se reunió en la Plaza Mayor para expulsar a los españoles.

Sabemos también que era sobrino de Camilo Torres, que se enlistó como cadete en el ejército centralista comandado por Antonio Nariño en 1811, y que se inició en el dibujo él solo —si lo que sostiene en sus memorias es cierto,

y salió de Santafé haciendo parte del ejército rumbo al sur con una barrita de tinta china escondida en la guerrera, el joven Espinosa ya dibujaba y pintaba desde antes de los quince años—.

Sabemos que fue nombrado Abanderado, título bajo el que juró proteger la bandera y no entregarla a nadie, hasta el punto que forcejeó con el propio Nariño cuando este se la quiso quitar para arengar a una tropa inexperta, desorientada y acobardada en Ventaquemada.

Sabemos que se embriagó y corrió al frente y se expuso entre los dos ejércitos muy cerca del río Palo; que debió apearse de una mula por no saber conducirla; que lo perdió todo, menos la bandera; que fue puesto preso y sobrevivió a un pelotón de fusilamiento; que mató las angustias haciendo caricaturas de sus compañeros de celda. Sabemos que recorrió medio país a pie; que caminó entre los muertos, y que mantuvo el pulso para coquetearle a un grupo de esclavas negras que lo confortaron.

Sabemos muy bien que tras largos nueve años de combates, hambre, desarraigo y persecución, Espinosa entró en Santafé nuevamente poco antes de la batalla del Puente de Boyacá y asistió a la llegada de Bolívar a la ciudad, mientras los españoles escapaban definitivamente hacia Honda. Espinosa abandonó entonces la carrera militar y se dedicó a pintar las más importantes batallas de la Independencia en las que participó, y les hizo retratos a los protagonistas, de Nariño y Bolívar para abajo, durante sesenta años.

Sabemos que le fue esquiva la pensión de veterano y que recibió treinta y ocho hectáreas de tierra por sus

servicios a la Patria cuando tenía sesenta y dos años, y que a pesar de que Bolívar le había prometido enviarlo a Italia a estudiar pintura, el atentado de la noche setembrina acabó con ese y otros planes.

Y sabemos todo esto porque fue lo que escribió en estas sus memorias a la edad de ochenta años, ayudado por el también santafereño y prosista don José Caicedo Rojas. En ellas recobra la aventura y el increíble viaje que Antonio Nariño emprendió hacia el sur del país, recorriendo un territorio peligroso y agreste, y librando batallas con ejércitos que superaban en número al de los patriotas.

Dos ideas se repiten en sus memorias: la revolución llevada a cabo por aquellos criollos de 1810 justificó la guerra y la violencia. La segunda, acaso derivada de la primera, es que aún había principios y códigos de conducta que se perderían luego con las guerras que sucedieron a la emancipación. Humillar al enemigo, matar por matar, violentar los cuerpos caídos en combate y traicionar la causa —o no tener ninguna— se hicieron lugares comunes, hasta hoy.

Sus memorias son una crónica: «una relación ingenua y sencilla de lo que pasó hace más de sesenta años» para la que Espinosa no quiso consultar libros o recuentos de otros autores. Y esa relación es tan vívida, tan fresca y desprovista de pretensión intelectual que ha llegado a ser considerada por los historiadores como «relato ameno», «absolutamente esclarecedora», «monumento histórico», «libro de grande interés tanto por el asunto cuanto por los pormenores y por la gracia del estilo» y «escrito con un sencillo tono de profunda filosofía popular».

Una circunstancia recorre el volumen y tal vez dé la clave para entender por qué hoy, ciento cuarenta años después de su publicación, el estilo de este libro se mantiene vigente: los acontecimientos parecen narrados por un niño o por una persona muy joven, como si el curtido y experimentado Espinosa y su amigo Caicedo Rojas hubieran logrado rescatar del pasado la voz de un jovencito al que todavía no habían alcanzado ni la muerte, ni el horror de la guerra, ni las promesas incumplidas a los veteranos.

«Los recuerdos de lo que hemos visto y oído en la primera edad se graban más profundamente en la memoria que muchos de los acontecimientos de que somos testigos en la edad madura», nos dice Espinosa abriendo sus memorias, y esa es la signatura de lo que vendrá con él. Lo que hoy algunos llaman el pacto con el lector es inequívoco y el relato se edifica sobre una mirada que no necesita esforzarse por ser inocente, o por estar libre de preferencias.

Sergio Zapata León

Memorias de un abanderado

Recuerdos de la Patria Boba
1810-1819

Motivo de esta publicación

Creyendo el autor de estas páginas que el título de *Memorias* que se les ha dado podría parecer un tanto pretencioso, hubiera preferido darles uno más modesto, como el de *Apuntamientos* o el de simple *Diario*, pero como el primero fue sugerido por un amigo suyo que, entre otros varios, le ha instado hace algún tiempo para que escriba sumariamente los hechos en que fue testigo presencial, y aun actor, en la guerra de la Independencia, ha querido respetar ese título con una galantería digna del artista y del veterano.

Del mismo modo, aunque en época posterior obtuvo el señor Espinosa grados más altos que el de simple alférez con que comenzó a servir, ha querido conservar el título de *abanderado*, que suena simpáticamente al oído y que a él le recuerda la época más notable de su vida, trayendo a su memoria reminiscencias de una juventud llena de azares y fatigas, y al mismo tiempo de glorias y placeres, que de todo está matizada la vida del soldado, especialmente en nuestra América. Además, este título de *abanderado* tiene

no sé qué de honroso y distinguido que enorgullece al que lo lleva, al ver tremolando en sus manos el pendón de la patria, enseña de gloria, centro y núcleo a cuyo alrededor se agrupan los ejércitos, objeto de las miradas de propios y extraños y blanco de los tiros y de la saña del enemigo, que se esfuerza por apoderarse de él como de un valioso trofeo. Por lo mismo que el que lleva en alto el pabellón nacional sufre a par del soldado la fatiga corporal, y corre en ocasiones mayor peligro que sus compañeros, sin tener siquiera el recurso de la defensa personal, ni el mérito del ataque, por eso mismo, decimos, su posición es más difícil y su misión más grandiosa. Nuestro amigo no cambiaría jamás, como él mismo lo dice, al fin de este libro, el título de *abanderado de Nariño* por el más elevado de la milicia, sobre todo tratándose de guerras civiles.

Respecto al calificativo familiar de *boba* que, en tono festivo, se dio a aquella primera época de la Independencia, el señor Espinosa ha querido conservarlo también sin saber más que nosotros cuándo ni por quién comenzó a llamársela así, calificativo que en nada la empequeñece ni empaña en manera alguna el brillo de esa época gloriosa que sirvió como de base y fundamento al grande edificio de la nacionalidad colombiana, y que fue, más que apacible aurora, espléndida mañana de nuestra emancipación política. La historia de Nariño y de los próceres del 20 de julio es la historia de ese periodo de incubación, así como la de Bolívar, y Santander y su arrogante séquito de generales y políticos lo fue de ese otro, más resonante y estrepitoso, pero no más digno y trascendental que el primero. Es de

suponerse que tal calificativo fuese invención de algunos de aquellos libertadores de la segunda época que, avezados ya a la matanza de la guerra a muerte que hicieron y que sufrieron en Venezuela de parte de los españoles, no comprendían que pudiese haber guerra ni patria sino merced a los desafueros y cruentas represalias de tan extrema situación, y por consiguiente hallaban pálidos los colores de aquel primer cuadro, medio patriarcal, si vale la frase.

Ya entonces se tenía como cosa añeja y estéril el candor y rectitud de los próceres, más entendidos en letras que en armas, pero que no obstante ofrecieron a su patria las primicias de su abnegación y sacrificios, y el bautismo de sangre de la gran revolución americana. Esa bella constelación de sabios, representantes del talento, de las luces, de la elocuencia y aun del valor catoniano, si bien falto de pericia, parecía tal vez a aquellos otros guerreros un grupo de figuras plásticas y descoloridas ante la luz y el estruendo de la tempestad que destruyó por completo el poder español tras la época ominosa de la *pacificación*.

Pero quizás vamos extraviados por este camino de las suposiciones. ¿Quién podrá asegurar que ese título de *Patria Boba* no fue únicamente algún donoso dicho, propio del carácter y genio de los bogotanos, tan propenso a mirarlo todo por el lado ridículo? No pocas veces las cosas más populares y celebradas, y muchas que se han inmortalizado, tuvieron un origen oscuro y humilde: ¡tal vez la agudeza inconsciente de un pobre diablo!

Pero esta disquisición, más curiosa que útil, no merece que nos detengamos tanto en ella, y así continuaremos

lo que teníamos que decir sobre el asunto de que vamos hablando.

Escribe nuestro amigo en una edad octogenaria. ¿Por qué ha aguardado tanto tiempo para hacerlo? Las ordenanzas militares, nos decía él mismo no ha mucho tiempo, disponen que el subalterno ceda el puesto y la palabra en toda ocasión a sus jefes, y recordando chistosamente esta prevención, ha aguardado Espinosa largos años a que hablasen otros, que habiendo sido sus conmilitones, tuvieron la suerte de ascender y de coronar su carrera, suerte que no le cupo a él por haberse retirado temprano de esa profesión que ya en su edad madura no era muy conforme con sus inclinaciones.

Él será, pues, probablemente, el último que hable como testigo coetáneo y presencial, y aun como actor, en aquel drama de diez años, pudiendo decir como Chateaubriand en sus postreros días, que es el último que ha quedado de sus contemporáneos para salir y cerrar la puerta de la casa, ya abandonada y sola. Pero ¡cuán pocos de esos jefes de la guerra magna han cumplido con esta, que, si no era una obligación, era por lo menos una ofrenda que de ellos esperaba la patria! Sin embargo, no debemos culparlos, que si les sobraban talentos, sinceridad y buenos deseos, les faltaron tal vez los medios de escribir la historia. Parece como que un hado adverso les ataba las manos con fuertes ligaduras para que no dejaran a la posteridad este legado, y hubieron de contentarse nuestros veteranos con aquellas relaciones de corrillo que sólo dejaban efímeras impresiones en sus oyentes, llevándose el viento sus palabras, como

se lleva las flores ya marchitas que brillaron en el festín de la víspera. Y mucho ha sido si algunos curiosos admiradores de tales glorias han recogido algunas de esas palabras para formar, sin saberlo ellos mismos, un escaso pero interesante apéndice de la historia nacional.

Nuestros congresos y gobiernos, que tan ingentes sumas han gastado estérilmente en vanos proyectos y empresas desatinadas, o quizá en objetos menos dignos, no han pensado durante medio siglo en abrir un concurso para adjudicar algún premio al mejor libro sobre la historia de nuestra guerra nacional, o por lo menos en estimular y auxiliar en esta clase de trabajos a tantos antiguos militares que por sus circunstancias especiales no estaban en aptitud de emprender la publicación de un libro, pues sabidas son las dificultades y tropiezos con que es preciso luchar para dar a luz, siquiera sea un panfleto de pocas páginas, en un país donde la imprenta es tan cara como entre nosotros, y donde tan poco se lee todavía. Los contadísimos militares que han dado a la estampa algunos trabajos sobre la materia lo han hecho sin duda a costa de sacrificios y molestias, como todos los demás ciudadanos que sobre ciencias, antigüedades, historia y literatura han publicado excelentes libros, sin tener para ello más estímulo que su amor a las letras, ni otra esperanza de recompensa que la satisfacción de ser útiles a su país, a la ciencia y a la posteridad.

Destacados unos miles de pesos de cada una de esas enormes sumas que se votan anualmente para servicios que, o no se prestan o se prestan mal, o son de puro lujo y ostentación, para destinarlos a esos objetos de más trascendencia,

crédito y utilidad positivos, sería hacer insensiblemente un bien inmenso a la causa de la civilización. Cercenar esas modestas sumas de los superabundantes créditos que se abren anualmente, por ejemplo, para impresiones oficiales, servicio consular y diplomático, instrucción pública, mejoras materiales y otros, con el fin de aplicarlas como auxilio a toda publicación verdaderamente útil, sería sacar de esas profundas cisternas un vaso de agua que pudiera apagar la sed de muchas personas. Imitando así el benéfico ejemplo de todas las naciones cultas, sería grande el estímulo que se daría a los hombres estudiosos y el vuelo que tomaría entre nosotros la prensa científica, histórica y literaria, visto que, aun sin tal auxilio, son hoy tantas las producciones nacionales de todo género ya publicadas que, reunidas todas las que conocemos, formarían una biblioteca respetable. Pero raros son los casos en que, como ha sucedido con el *Compendio de historia patria*, de nuestro amigo don José María Quijano Otero, se ha dado algún impulso aislado de esta clase.

Contrayéndonos a los libros históricos, ¡cuántas grandes acciones, cuántos hechos notables y episodios llenos de interés, como los que más de una vez oímos referir a nuestro venerado amigo el general Joaquín París, habrán quedado para siempre sepultados en la profunda oscuridad del olvido, por las razones dichas, y por no existir ya ninguno de los que fueron testigos oculares de ellos! ¡Qué agradable no sería ver hoy, por ejemplo, estampada en letra de molde, según la frase vulgar, la relación que de viva voz nos hacía el difunto sargento Escandón, nuestro compatriota, hombre tan honrado y campechano como

valiente, del modo como él mismo sujetó con sus propios brazos un notable jefe español en una de las batallas más importantes, haciéndole allí prisionero, hecho que era notorio entre todos los compañeros de armas del mismo Escandón!... Pormenores son estos —como muchos de los que en este libro se refieren— que si no merecen figurar en las páginas de la grave y elevada historia, por lo menos deben excitar el interés y avivar el entusiasmo por las cosas de los tiempos pasados.

Pero ya que nuestros gobiernos no han podido, o no han querido, costear una historia patria completa y pormenorizada, como lo han practicado Chile y otros gobiernos de América, nos parece que bien pudieran haber promovido la creación de una Academia de Historia y Antigüedades que se hubiese ocupado, entre otras cosas, en reunir, ordenar y publicar noticias y en sacar de entre el polvo tantos monumentos, ya de remotas edades, ya de la época de la Conquista y colonización, o ya del tiempo del gobierno propio, que yacen olvidados, o que han sido destruidos por el vandalismo y la barbarie de las pasadas revoluciones. Doloroso es ver cómo algunos sabios extranjeros que, entre otros muchos estólidos *viajantes* de la escuela de Steward y de Gabriac, suelen visitar nuestro país para hacer estudios científicos, no encuentren en él una corporación autorizada con quién entenderse, ni que pueda suministrarles los informes que necesitan, y tienen que mendigar los conocimientos aislados de algunos particulares que se ocultan, como avergonzados de la ciencia que han adquirido con sus propios esfuerzos, lo cual cede sin duda en

excepcional descrédito de esta patria que queremos todos levantar en alto desnuda y enflaquecida, para que la vean las demás naciones, y sea el objeto de su befa y escarnio.

Hoy todavía pudiéramos, según decíamos en otra ocasión, comprar, como Tarquino, los últimos libros de la Sibila para salvarlos de la destrucción: los nombres de Groot, Posada, Quijano Otero, Uricoechea, Ancízar, Borda, Pineda, Baraya, Nicolás González, Santander y otros varios podrían formar hoy la lista de un personal honorable y muy competente, para constituir esa corporación, útil en todos sentidos y honrosa para nuestro país.

Sea de esto lo que fuere, nada ha pedido, ni pide para sí el señor Espinosa; modesto artista y venerable patricio, jefe de una familia también artista, vive como un patriarca en su hermosa quinta, independiente, aunque no adinerado, sin que le aqueje otra desazón que la turbulencia de los tiempos, ni aspire a otra cosa que a cumplir en paz sus días, y a ver en ellos a su patria grande y feliz, como se lo prometía en aquellos buenos tiempos en que nuestros candorosos padres sacrificaban su fortuna y su vida, alentados por gratas ilusiones y generosas esperanzas de un próspero porvenir para la amada tierra. Una parca pensión de treinta pesos, que pudiéramos llamar una ración, es todo lo que el viejo veterano goza del Tesoro Nacional, hace pocos años, después de haber empleado sus mejores días en lidiar desinteresadamente por su patria.

Los que leyendo estas páginas esperen hallar en ellas todo un libro de historia, deben saber que su autor no se propuso tal cosa: él no se detiene en largas relaciones, ni

en encadenar los hechos, ni menos entra en desarrollar los planes de los jefes con quienes militaba, ni se explaya en comentarios y consideraciones políticas, todo lo cual traspasaría los límites que él mismo se trazó de escribir un simple libro de memorias, con la circunstancia notabilísima de que no ha hecho jamás apuntamientos de ninguna clase, ni confiado recuerdo alguno al papel. Cuando en campaña o en el vivac conseguía un lápiz y un sobrescrito era para pintar la caricatura de un jefe español, o la figura grotesca de algún sargento de su batallón, y no para apuntar el número de soldados muertos o vivos, ni la situación del lugar en que se hallaban, ni aun la fecha de la victoria que acababan de ganar el día anterior. ¡Ya se ve!, era entonces tan joven que apenas le apuntaba el bozo.

Bien se comprende que el señor Espinosa no ha podido extenderse cuanto fuera de desearse, ya porque, según se ha dicho, lo que ha escrito son sus recuerdos personales, conservados en una memoria, fresca todavía, pero que ya comienza a flaquear; o bien porque una obra más extensa encontraría para su publicación las dificultades y estorbos de que hablábamos arriba. Pero este *Memorándum* o *libro auxiliar*, breve y compendioso como es, pues sólo abraza el reducido espacio de diez años, más o menos, excitará el interés de los aficionados a una clase de lecturas tan nuestras y tan de permanente importancia, y sin duda lo hallarán grato aun los paladares más intolerantes.

Es este, en suma, un nuevo árbol que nace en nuestro huerto, y todo árbol que no da frutos venenosos es sagrado: sólo en nuestro país se cortan los árboles seculares para

aprovechar la leña, como se despedazan los mejores libros para aprovechar el papel. En todo caso, el señor Espinosa reclama para estas líneas la indulgencia de las personas ilustradas, recordándoles que su estilo tiene que ser sencillo y su lenguaje franco y natural, que es siempre el de la verdad.

Las explicaciones que anteceden eran necesarias para ampliar las de nuestro amigo el señor Espinosa, quien bondadosamente nos ha confiado la revisión de sus apuntamientos, y por eso nos hemos tomado la libertad de hacerlas oficiosamente, persuadidos de que ni el autor ni el lector las llevarán a mal.

José Caicedo R.

Memorias de un abanderado

I

Los recuerdos de lo que hemos visto y oído en la primera edad se graban más profundamente en la memoria que muchos de los acontecimientos de los que somos testigos en la edad madura. A menudo recordamos con viveza lo que llamó nuestra atención cuando niños y olvidamos prontamente lo que ayer leímos o presenciamos. A esta circunstancia debo tal vez el que, sin haber hecho jamás apuntes, ni aplicándome mucho al estudio de nuestra historia, haya podido reunir las noticias que en estas líneas consigno, a instancias de varios amigos que desean que no se pierdan esas pocas espigas que he recogido en el campo, ya por otros segado, sobre pormenores y episodios de la primera y gloriosa época de nuestra emancipación política; de esa época que sólo por ironía ha podido apellidarse la *Patria Boba*.

Escasos de importancia serán la mayor parte de ellos, pero, así como la distancia disminuye los objetos materiales, así los hechos históricos crecen y van despertando mayor interés, a medida que el tiempo corre y los aleja de nosotros.

Para escribir esta relación ingenua y sencilla de lo que pasó hace más de sesenta años, no he querido consultar libro alguno, sino fiarme únicamente de mi memoria, y, como esa relación es tan personal, sólo yo puedo dar testimonio de lo que me atañe, sin entrar en generalidades y descripciones que otros más competentes han escrito ya, o escribirán después, con un trabajo prolijo y minucioso.

No pretendo, pues, escribir un libro de historia, sino únicamente lo que habría consignado en un diario para mi familia o mis amigos, sin unidad ni plan, sin recargo de citas y fechas, sin documentos justificativos o comprobantes. Los pocos de estos que he creído conveniente insertar van en un apéndice al fin de este libro. Hubiera querido excusar el hablar de mí mismo, pero ¿cómo evitar ese íntimo y necesario enlace entre los hechos referidos y la persona del que fue en ellos actor? Se me dispensará, pues, el que a cada paso se encuentre en estas páginas el fastidioso y embarazoso *yo* de que le es fácil prescindir al simple narrador de hechos ajenos. Sólo advertiré que todo lo que en ellas se encuentra es la verdad lisa, llana y pura sin más alteración que la involuntaria que pudiera provenir de la infidelidad de mi memoria, por lo cual, si tal cosa sucediere, espero que alguno mejor informado se sirva rectificar mi error, o hacérmelo notar para corregirlo, y desde ahora le anticipo mis gracias por su bondad.

II

Nacido en Santafé, hoy Bogotá, en los últimos años del siglo pasado, recibí de mis abuelas mi primera instrucción, que, como la de casi todos los habitantes de esta ciudad, fue en extremo piadosa, y aún tengo motivos para creer que me destinaban a la carrera eclesiástica. Nuestras lecturas favoritas, o mejor diré, nuestras únicas lecturas, eran las vidas de los santos, fray Luis de Granada, San Ignacio de Loyola, la Madre Agreda y otros libros místicos y contemplativos: alimento un poco pesado y no muy simpático para mi espíritu, en la corta edad de ocho años en que comencé a aprender algo, y debo agregar que, a pesar de esa exageración y rigidez, o tal vez por lo mismo que abusaban de mi resignación y docilidad, no pudieron mis abuelas hacerme creer en brujas, ni asustarme con duendes y endriagos, que eran el pan cotidiano de los niños en aquella época, muy al contrario de lo que sucede en la presente, en que por lo regular se toma el extremo opuesto.

De esta primera crianza, puramente religiosa y moral, pasé a una escuela que dirigía la señora Gertrudis Valenzuela,

en la calle del Camarín del Carmen, a la cual asistían niños de ambos sexos, y allí se nos enseñaban las primeras letras y la doctrina cristiana con algunos otros conocimientos rudimentarios, que habían de servir de base a una educación más esmerada. Me parece que veo todavía a mi ya octogenaria maestra con su jubón entre rojo y negro, sus enaguas o polleras de zaraza, que llamaban en ese tiempo *angaripola* y su gran caja de tabaco en polvo, que sacaba de vez en cuando de la faltriquera para tomar una enorme narigada, sorbiéndola ruidosamente y acompañándola con una tosecilla, más de resabio que de necesidad. Sus dos únicos e inamovibles compañeros eran un gran perro, tan viejo que ya tenía nubes en los ojos, y ni aun se dignaba levantarse para ladrar, o más bien para rezongar sordamente, y una mulata mugrienta y vagabunda, que no tenía más oficio, fuera de los pocos de la casa, que cantar todo el día una tonada que llamaban el *churrimpample*.

Las visitas que recibía la señora eran las de un clérigo muy anciano, a quien llamaban *el doctor Bruja*, y otro viejo de larga capa y sombrero chambergo, alto de cuerpo, y de voz hueca *y* cavernosa, a quien se daba el nombre de *El pecado mortal*, porque de noche salía con un farolito y una campana a pedir limosna para hacer bien por los que estaban en pecado mortal: personaje muy conocido en nuestras antiguas crónicas, y muy temido de los muchachos.

La conversación de estos personajes se reducía a hablar de la *Luz de San Victorino*, la *Mula herrada*, el *Hoyo del venado* y otras tradiciones populares que estaban entonces en boga, y cuando la conversación se elevaba hasta las

regiones de la política y de las noticias, lo que acontecía rara vez, se hablaba con misterio del Anticristo, que así llamaban a Napoleón I, con motivo de los acontecimientos ocurridos con el papa Pío VII, y de los demás de la época, que presagiaban una revolución general y grandes calamidades.

Tanto la sala de la escuela como la de mi casa estaban adornadas con retablos o cuadros sobre asuntos piadosos e imágenes de santos. En el patio de aquella había muchas sillas viejas, sobre las cuales ponían a secar al sol frazadas, cueros, sobrecamas y otros trapos; mas para que esta prosa repugnante hiciera contraste con algo poético, había allí mismo un escaso jardín en que campeaban, además de clavellinas y cinamomos, varias yerbas aromáticas y medicinales, que constituían la farmacia doméstica en aquellos tiempos, como la manzanilla, yerbabuena, ruda, mejorana, toronjil, y otras, la mayor parte sembradas en ollas negras y demás vasijas de cocina que se rompían en la casa. De suerte que todo allí, aun el jardín, era melancólico y funesto y daba un aspecto triste y miserable a la silenciosa morada. Aún quedan rezagos, si bien raros, de aquellas costumbres en los barrios apartados y callejuelas de la ciudad, adonde no llega ni el olor de la civilización moderna.

Dispénseme este ligero boceto de esas costumbres que alcancé a conocer, porque, además de pintor, soy aficionado a cuadros, y no siempre los he de trazar con el pincel o el lápiz.

Pero toda esta escena cambió en mi casa cuando en el año de 1809 se unió en matrimonio una hermana mía con

el doctor Antonio Morales, año en que ocurrió también la muerte de mis abuelas. Como por encanto se transformó la casa, y a las imágenes de los santos reemplazaron láminas mitológicas y otras no menos profanas, con emblemas y alegorías diversas. Los muebles de la sala, de madera de nogal, forrados en filipichín colorado, se repararon convenientemente. Se pusieron fanales —vulgo, guardabrisas— verdes y morados sobre las mesas; las urnas del Niño Dios se pasaron a la alcoba, y la alfombra quiteña que cubría el antiguo estrado se extendió en mitad de la sala, complementándola con esteras de Chingalé y tapetes de los que comenzaban a venir entonces. Se pintaron por primera vez de colorado las barandas, puertas y ventanas y, en fin, se obró en la casa una completa revolución, que anunciaba ya la famosa de 1810.

III

Hacia este tiempo rugía ya sordamente la dicha revolución, como un ruido subterráneo, y estaban muy desavenidos los *criollos* con algunos *chapetones*. No referiré, porque todo el mundo lo sabe, o debe saberlo, cómo tuvo origen y se desarrolló esa revolución que al fin estalló el 20 de julio. Nadie ignora la disputa que tuvo lugar aquel día —viernes— en la Calle Real, entre un comerciante español Llorente y don Antonio Morales, mi hermano político, con motivo del banquete y otros festejos que se preparaban para recibir al comisionado regio don Antonio Villavicencio, santafereño, educado en España, de quien se esperaba mucho en favor de los americanos y de un cambio político. Omito por lo mismo todos esos pormenores que me sacarían del reducido terreno en que me he situado y me llevarían muy lejos. El hecho es que la revolución se llevó a efecto y que una simple disputa personal vino a ser la chispa que produjo la independencia de nuestro país.

Me sucedió a mí lo que a muchos otros jóvenes de mi tiempo, que de la curiosidad pasamos al entusiasmo, y

de meros espectadores nos convertimos en soldados. Sin saber cómo, fui enrolado en las filas de los patriotas, que engrosaban por instantes, y me hallé formando en la plaza mayor con mi lanza al hombro. Así fue que vi aprehender al virrey Amar y a la virreina su esposa, por cierto más varonil que su marido, y a los españoles Trillo e Infiesta, personas de influjo e importancia. Las calles principales estaban llenas de gente armada, y el palacio rodeado de caballería. Un señor Posadas, que entonces era de los gritones y alborotadores que figuran en todos los *bochinches* y asonadas, pedía las cabezas de Llorente, Infiesta y Trillo, y lo seguía la multitud pidiendo lo mismo, a manera del eco que se repite en las rocas, pero muchos de la cola no sabían por qué las pedían, ni cuáles eran los delitos que habían cometido esos señores.

El cuadro que presentó después la virreina con las revendedoras o verduleras fue todavía más triste y desconsolador que el de las caravanas de gritones. Aquellas mujeres, soeces, como lo son en todos los países y en todos tiempos, cercaban a la señora y la insultaban, empujándola y aun pellizcándola; algunas llegaron en su villanía a punzarla con alfileres. ¿Pero sabían por qué? Es seguro que no: el furor popular es contagioso y se ceba en cualquier cosa que le muestra un alborotador. Hoy que veo a tanta distancia las cosas que entonces veía de cerca, creo, como lo creían entonces la misma virreina y don Juan Sámano, que si hubiera salido una compañía del regimiento Auxiliar, que hacía la guarnición de la plaza, se habría terminado todo en pocos momentos. Sámano aguardaba por instantes la orden que debía dar el virrey, pero este

por fortuna era pusilánime, y no se atrevió a darla ni a hacerse responsable de la sangre que pudiera correr. Más entereza tuvo la señora, y así le echaba en cara a aquel su cobardía.

No hubo, en efecto, más sangre derramada aquel día que la de un sombrerero llamado Florencio, a quien hirió uno de los patriotas por haberle oído decir que quitaban a los virreyes por la ambición de mandar ellos, y que esto era peor. Por donde se ve que aquellos primeros patriotas no pensaban todavía en la absoluta libertad de la palabra.

Es indudable que el secreto y plan de la revolución estaban entre unos pocos, y que la masa del pueblo, que no obra sino por instigaciones, nada sospechaba, si bien dejó explotar sus antipatías y resentimientos contra algunos malos españoles de los que habían venido a principios del siglo, arrogantes y altaneros, muy diferentes de los que en tiempos anteriores se habían establecido aquí, pacíficos, benévolos y amantes del pueblo y de su prosperidad. Y no podía ser de otro modo: de la gran revolución de Francia y de la independencia de Norteamérica, que fueron los poderosos estimulantes de nuestros buenos patricios, no tenía mayor noticia el pueblo ignorante y rudo, y la justa ojeriza de este contra sus opresores sólo vino a obrar como causa coadyuvante y secundaria. Entonces oí hablar de la publicación de los *Derechos del hombre* que hizo Nariño en tiempo del virrey Ezpeleta, libro que comenzó a preparar los ánimos de algunas gentes letradas para la empresa que más tarde acometieron con la mayor buena fe y rectas intenciones, animados por un verdadero patriotismo y un noble desinterés, que harán siempre honor a su memoria.

Instalada la Junta Suprema, el pueblo, que se hallaba reunido en la plaza, exigiendo todo aquello que le sugerían los gritones y *chisperos*, resolvió por sí y ante sí, que una parte de la gente armada se trasladase al convento de los capuchinos, donde hacía seis meses que se hallaba preso el canónigo magistral, doctor Andrés Rosillo, por ser reputado enemigo del gobierno español, y como tal sindicado de *insurgente*, y se le trajese a la Junta. Me tocó ser del número de los libertadores de este eclesiástico benemérito, y lo condujimos en triunfo por toda la ciudad. Aquel acontecimiento produjo tal entusiasmo que todas las calles de la carrera que seguíamos se vieron instantáneamente adornadas con colgaduras que pendían de los balcones y ventanas. Aún tengo presentes varias de las palabras que el canónigo dirigió al pueblo en un elocuente discurso desde la galería de la Casa Consistorial.

Los oidores Alba y Cortázar y el fiscal Frías, cuyas cabezas pedía el pueblo, fueron asegurados, y cuando los llevaban presos, el tumulto de la muchedumbre era tal, que yo no tenía necesidad de andar por mis pies, pues me llevaban en peso de aquí para allí, gritando: «¡A la artillería!», «¡a la cárcel!», «¡a la capuchina!». Hoy que estamos acostumbrados a esta especie de garullas populares, nada tendría aquella de extraño y sorprendente, pero entonces era un acontecimiento extraordinario, como que por primera vez se veía en nuestra pacífica ciudad una escena de esta naturaleza: era el estreno de la soberanía popular.

IV

Restablecida al fin la calma y organizado el gobierno, comenzaron a formarse los cuerpos militares, y yo, engolosinado ya con los alborotos, y con la feliz e incruenta campaña del 20 de julio, tomé servicio en el batallón de Guardias nacionales, del cual me hicieron alférez *abanderado.* Pero no fui yo en lo sucesivo tan bisoño como cuando tomé servicio, pues había venido a esta ciudad un cuerpo veterano llamado El Fijo de Cartagena, cuyo uniforme me parece que estoy viendo, y consistía en morrión de cuero, casaca blanca con vueltas de paño azul, pantalón blanco y chinelas; este cuerpo estaba acuartelado en el convento de Las Aguas, y sus oficiales se prestaron voluntariamente a enseñar el manejo de las armas. Concurrían a esta especie de academia varios señores del comercio y muchos jóvenes, a quienes los de Cartagena llamaban los *paisanos*, así como estos llamaban a aquellos los *chungos*, sin duda por ser casi todos gente de color.

Se vio aquí la inclinación general a la carrera militar, y de entre esos jóvenes salieron varios ingenieros de gran

provecho, como d'Elhuyar, Macedonio Castro, los Girardot —Pedro y Atanasio—, Hermógenes Maza y otros. Yo tuve ocasión de aprovecharme de algunas de esas lecciones prácticas, que después me fueron útiles.

Paso por alto los sucesos posteriores que tuvieron lugar en los años siguientes, porque esta parte de la historia es muy conocida y porque ella no ofrece para mi propósito acontecimientos que tengan relación directa con el *abanderado* que escribe estas líneas, quien siguió prestando el servicio de guarnición, único que por entonces se necesitaba, y aun con largos intermedios de descanso, durante los cuales daba rienda a su afición favorita, que era el dibujo.

El que haya leído a nuestros historiadores sabe que a la revolución del año de 1810 le siguió una especie de anarquía producida por las aspiraciones y rivalidades de las provincias, y aun de las ciudades y villas, cada una de las cuales pretendía ser soberana absoluta, y muchas le negaban la autoridad a la Junta de Santafé, como Cartagena, Panamá y Girón, lo que ocasionó no pocos tropiezos para establecer un gobierno definitivo. Se sabe también que desde entonces comenzaron a germinar las ideas de lo que malamente se ha llamado Federación, y que por poco no hicieron perder el fruto de la revolución del 20 de julio.

Dejemos a un lado las expediciones que con tal motivo se enviaron al norte, entre ellas la del brigadier Baraya, que tenía por objeto pacificar los valles de Cúcuta, amenazados por los realistas de Maracaibo, y en la que militaban el ilustre Caldas, como ingeniero, Santander y otros que después se hicieron notables. Todos saben la defección de Baraya

con su columna; la expedición que organizó Nariño contra él, la ocupación de Tunja y, en fin, la guerra civil que estalló entre los centralistas, cuyo jefe era Nariño, y los federalistas, de quienes lo era Baraya, bandos que tomaron los nombres vulgares de *pateadores* y *carracos*. Conocido es el origen de estos nombres, pero no estará por demás recordarlo aquí: el ardoroso patriota centralista don José María Carbonell, fusilado después por los españoles, arrancó de manos de un federalista un papel titulado *El Carraco*, que se burlaba de la derrota que los centralistas habían sufrido en Paloblanco, y tirándolo por tierra, lo pisoteó con gran escándalo del corro, que reía y aplaudía en una tienda de la Calle Real. Desde aquel día quedaron bautizados los dos bandos. Aun hubo un cuerpo de tropas que tomó el nombre de «Pateadores».

Los federalistas Baraya y Ricaurte y el Congreso de Tunja, enemigos jurados de Nariño, con pretexto de la dictadura de que este había sido investido para poner orden en los negocios de Cundinamarca, le dirigieron notas insultantes y llenas de amenazas, y al fin resolvieron declararle la guerra. Entonces Nariño dispuso su marcha para Tunja, a la cabeza del ejército que tenía en Santafé.

En la expedición que, a órdenes del mismo Nariño, salió de Santafé el 26 de noviembre de 1812, me tocó marchar al lado del brigadier don José Ramón de Leiva, con más de ochocientos hombres. Nos dirigimos a aquella ciudad, adonde se había trasladado el Congreso, que estaba en Villa de Leyva. Cerca de ella estaba el ejército federalista, mandado por el general Ricaurte, y una columna de

quinientos hombres avanzó hasta Ventaquemada. Nosotros avanzamos también y ellos se retiraron; al fin el 2 de diciembre resolvió Nariño atacarlos y empezó el combate, que duró desde las cuatro hasta las seis de la tarde, quedando indeciso; a esa hora se resolvió que nos retiráramos a Ventaquemada para pasar allí la noche, pero al ver este movimiento cargó sobre nosotros todo el grueso del ejército, y como nuestra tropa era en su mayor parte de reclutas, se desconcertó y comenzó a entrar la confusión. Viendo esto el general Nariño, cuyo valor y serenidad eran imponderables, se dirigió a mí para arrebatarme la bandera, pero yo me resistí a entregársela, porque sabía por las ordenanzas militares, que me leían todas las noches en el cuartel cuando entré a servir, que un abanderado no debe entregar la insignia ni aun al mismo general en jefe del ejército, y que solamente en un caso desgraciado puede darla a un sargento o cabo. Indignado el general Nariño de mi resistencia, me echó el caballo encima y, dándome con él un empellón, me tiró por tierra, se apoderó de la bandera, y alzándola en alto comenzó a gritar: «¡Síganme, muchachos!». Picó espuelas al caballo y se dirigió a la gente que venía más cerca, pero viendo que muy pocos le seguían, y que el único que iba pie con pie con su caballo era yo, en solicitud de mi bandera, se detuvo y me dijo: «¡Somos perdidos! Tome usted esa bandera y vuélvase». Gran fortuna que no hubiésemos sido sacrificados, pues nos hacían descargas muy de cerca, y no lo fue menos para nuestra salvación que ya entrase la noche, y los enemigos también se retirasen.

Nada se pudo reorganizar, pues la dispersión fue completa, y tuvimos algunos muertos, entre ellos un joven Araos y un valiente capitán del auxiliar llamado Portocarrero, a quien sentimos mucho.

En consecuencia de esta desorganización hubo de regresar al día siguiente para Santafé el resto de la tropa, sin que el enemigo intentase perseguirnos.

Nuestra gente era enteramente bisoña, y sabida es la impresión que en el soldado nuevo o improvisado hacen las mil detonaciones de una acción de guerra, los silbidos de las balas que se cruzan por el aire, las nubes de humo que impiden la vista y casi asfixian, los toques de las cornetas y el continuo redoblar de los tambores, fuera del inminente peligro en que está a cada respiración, de caer muerto o herido. Todo esto intimida y llena de espanto al recluta.

Sin embargo, como yo era demasiado joven, lleno de ardor y entusiasmo por la causa que había abrazado, y deseaba poner a prueba mi decisión, no conocía el peligro en que estaba y esto me daba valor, a lo que contribuyeron no poco las exhortaciones del padre Florido, nuestro capellán, ardoroso patriota, que animaba a la tropa con su palabra elocuente, cuando estaba formada para entrar en acción. Cuando oía yo silbar las balas por sobre mi cabeza recordaba lo que me decía mi cuñado en la academia que teníamos todas las noches con un caraqueño Chipia, ingeniero muy instruido, y en la que leíamos siempre algo de historia griega y romana. Yo decía a mi cuñado que no serviría para la guerra porque no podría cortar cabezas como los romanos, y él me contestaba: «Ahora no se pelea con

arma blanca, como entonces, sino con armas de fuego, y ya verás algún día el terror que infunden los silbidos de las balas». Ahora me he llegado a persuadir de que en aquel tiempo se hacían los tiros al aire, en la creencia vulgar que se tenía de que Dios dirigía las balas, pues entre tantas como oí zumbar sobre mi cabeza ninguna me tocó. No hay duda de que la República estaba entonces en el noviciado del arte de derramar sangre en que hoy es profesora consumada. Tal vez por esto la llamaban la *Patria Boba*.

La acción de Ventaquemada fue una gran batalla, si se la compara con la que poco tiempo antes se había dado en la provincia del Socorro, en un punto llamado Paloblanco. Fue mandada por un sujeto muy respetable, a la verdad, pero que habría estado mejor para eclesiástico que para militar. Oí decir entonces que el día que debía empeñarse la acción estaba él almorzando, y recibió repetidos mensajes de que el enemigo se acercaba y de que su presencia era necesaria en el campo, a lo cual contestó: «Diga usted que aguarden un poco, que estoy almorzando». Cuando montó a caballo para ir al campamento ya estaba empeñado el combate, y dicen que al oír silbar los proyectiles exclamó: «¡Qué bárbaros y tiran con bala!». A poco rato fue derrotada su gente, y él, volviendo grupa, no paró hasta Santafé, donde diría probablemente: «Cada uno para sí y Dios para todos».

Cuando llegamos a esta ciudad todo estaba en movimiento, y tanto *pateadores* como *carracos* se agitaban por diversos motivos. Yo pertenecía a los primeros, o sean centralistas, y servía con Nariño, y mi hermano político, don

Antonio Morales, en cuya casa vivía yo, era partidario de Baraya, por lo cual no creí conveniente ir allá, sino alojarme en casa de mi madre, y al día siguiente me presenté en el cuartel.

V

El jefe federalista Baraya, en vez de aprovechar su primer triunfo en Ventaquemada y seguir inmediatamente a la capital, perdió muchos días reorganizando su gente y tomando otras providencias, sin duda para aumentar su ejército y asegurar mejor el golpe; así fue que hasta el 24 de diciembre no llegó a poner el sitio de la ciudad, extendiendo su línea de circunvalación desde Usaquén, por la sabana, hasta Tunjuelo. Ya Nariño desde la llegada del brigadier Leiva había comenzado a organizar fuerzas de milicias y a construir fortificaciones para la defensa de la ciudad. Baraya tenía cinco mil hombres, y como se decía que se les había ofrecido saqueo y había antecedentes para temerlo todo de aquella gente, se desplegó la mayor actividad. Se hicieron rogativas públicas, se divisaron las tropas con el nombre de Jesús, y el clero todo, especialmente la comunidad de agustinos, se distinguió por sus servicios patrióticos. Nuestro campamento estaba situado en la plazuela de San Victorino, y la artillería, cuyo jefe era el coronel Cancino, se hallaba en muy buen pie: había cañones de varios calibres,

pedreros, obuses de seis pulgadas, cañones de a ocho y de a catorce, y además muy buenos ingenieros, entre los cuales figuraban dos muy inteligentes: el uno era un español, Armero, y el otro un Aguilar, a quien llamaban "el Curro". También nos acompañaba un francés Bailly, muy entusiasta por la causa del gobierno, muerto después trágicamente a manos de su propio criado, suceso que merece referirse y que pasó de la manera siguiente:

Bailly tenía a su servicio un negro de corta edad y siempre que este iba al cuartel a buscar a su amo, los soldados le decían en burlas: «¿Por qué no matas a tu amo, que es un judío? Ya todos somos libres e iguales, la esclavitud se ha acabado, y pronto se plantará en la plaza el árbol de la libertad». El negrito, a fuerza de oír repetir esta broma, la tomó en serio, y una noche que su amo volvía a casa, al llamar al portón, salió a abrirle armado con una espada, y al entrar le atravesó el estómago con ella. Se prendió en el acto a este infeliz, que en verdad no tenía defensa posible, pues no era tan niño que no supiese lo que hacía, y cometió un homicidio premeditado; se le siguió el juicio y fue condenado a muerte. El mismo día que se plantaba solemnemente el árbol de la libertad en la plaza mayor de Santafé, salió el negro al patíbulo: contraste elocuente y muy significativo, pues al mismo tiempo que se hacía una espléndida ovación a la Libertad que se acababa de conquistar, la Justicia ejercía un acto doloroso, pero ineludible, como para dar a entender que la Libertad y la Justicia deben reinar juntas, y que la una no puede existir sin la otra.

Nariño contaba con el triunfo, aunque sólo tenía mil hombres, al paso que Baraya traía oficiales como Ricaurte —Joaquín—, Santander, Girardot y otros excelentes, pero deseoso de evitar la efusión de sangre, propuso arreglos, los cuales fueron rechazados, y en su lugar se impusieron condiciones humillantes. El mismo Caldas, que servía con Baraya, improbó altamente esta dureza de su general. El espíritu público se iba reanimando, y la confianza aumentando día por día.

Los campamentos de San Victorino y San Diego presentaban un aspecto animado. El general Nariño hablaba con todos de un modo jovial, y acompañaba a las señoras a visitar el campo y a presenciar las maniobras; dos de sus hijas se presentaron más tarde con divisas militares haciendo de artilleros, y una de ellas —la señorita Mercedes— aplicó el botafuego al cañón con grande impavidez.

Una mañana tocaron a formación y se presentó el general Nariño en su caballo, recorrió las filas y leyó en alta voz las proposiciones de Baraya que, entre otras cosas, exigía que nos rindiésemos a discreción, y que se entregase la persona del general Nariño. La tropa exclamó entonces a una voz y llena de indignación: «¡Primero la muerte que entregar a nuestro general!». Nariño, en efecto, era el ídolo del pueblo por su afabilidad y política, por su valor, y sobre todo por la unión y concordia que acababa de establecer con la Iglesia y el clero. Nariño, entusiasmado, arengó elocuentemente, y concluyó diciendo que éramos invencibles.

En la tarde de ese día se comenzó a ver la descubierta del enemigo más allá de Puente Aranda, y al siguiente, 9 de

enero de 1813, se descubrieron inmensas montoneras en todas direcciones. Tres días antes habíamos tenido una pérdida: el destacamento de Monserrate había sido desalojado por otro que mandaba Girardot, y ocupado este punto que amenazaba la ciudad por retaguardia, pero esa pérdida fue compensada con la sorpresa que Bailly dio al destacamento federalista de Usaquén, tomando treinta prisioneros y armamento. Para evitar que Girardot atacase simultáneamente con el resto del ejército bajando de la altura, el general Nariño fingió una orden de Baraya en que prevenía al mismo Girardot que no se moviese de allí durante el combate, porque el plan de la batalla así lo exigía para asegurar el golpe y cortar la retirada. Esta orden fue enviada con el mismo con quien Baraya comunicaba a Girardot la de atacar a las tres de la mañana. El mensajero era un hombre del campo, ignorante y sencillo, y Nariño pudo suplantar una orden por otra; en efecto, Girardot se quedó allí inmóvil, presenciando el combate, lo cual lo libró de la tremenda derrota que sufrieron sus compañeros.

La mayor parte, y la mejor, de la gente de Baraya atacó por San Victorino, entrando por el hermoso paseo de El Prado que allí había entonces; otra columna por la Huerta de Jaime, y otra por San Diego. Las dos últimas fueron recibidas por nuestra artillería, dirigida por Armero y Aguilar. De las seis u ocho descargas que se les hicieron con metralla, por cuatro cañones de a catorce, no resistieron ni la mitad, pues a la tercera comenzaron a moverse alrededor y enseguida a dispersarse. La fusilería atacó por el frente, que tampoco resistió, y quedó enteramente despedazado

con una carga de bayoneta. La caballería hizo lo demás, persiguiendo y destrozando a los fugitivos. Fueron tantos los prisioneros que se tomaron, que se llenaron con ellos las cárceles, el Hospicio San Juan de Dios y los colegios de San Bartolomé y el Rosario. La Calle Honda, que va para la Huerta de Jaime, quedó literalmente cubierta de cadáveres y heridos. Ya se ve, pues, que comenzábamos a adiestrarnos en esto de matar, en que tantos progresos hemos hecho después.

Pero la célebre política del general Nariño supo aprovechar este triunfo, atrayéndose la voluntad y simpatía de los vencidos. Dispuso que se les tratase con las mayores consideraciones; su familia con otra multitud de señoras fueron a las prisiones a llevar de comer a los que en ellas se hallaban, y él mismo se trasladó allá llevando una gruesa suma de dinero y ropas, que distribuyó a la tropa. Entre los prisioneros notables que se alojaron en casas particulares, se hallaron los oficiales Francisco de Paula Santander y Rafael Urdaneta. Esta acción hizo caer en nuestras manos, además de mil prisioneros, 500 fusiles y gran cantidad de pertrechos.

Desde aquel día todo fue alegría y contento en la ciudad, y como la victoria de los cundinamarqueses fue completa y decisiva, ya no había que temer más guerra civil, por lo menos en mucho tiempo. Se decretó un escudo de honor a los vencedores, que consistía en una placa de plata dorada, con la inscripción *Nueve de enero*, para la tropa era de paño con la inscripción bordada de oro. Yo perdí el mío en una de tantas campañas y aventuras como corrí después,

en que tuve que abandonar mi ropa y cuanto poseía para andar desnudo, prófugo y hambriento. Y en verdad que siempre lo he sentido, porque lo había ganado bien y para mí era de sumo aprecio. Igual suerte desgraciada corrieron otras divisas, como el escudo de Alto Palacé y Calibío, con el que fui condecorado en Popayán.

VI

No fue largo el respiro que tuvo la patria para gozar de la paz del 9 de enero, pues si la guerra entre hermanos se había conjurado por lo pronto, las fuerzas realistas de Montes y Sámano amenazaban por el sur a Popayán, y esas provincias pedían con instancia un auxilio a Cundinamarca. Este se decretó por el Congreso, quien, aceptando los patrióticos ofrecimientos de Nariño, le nombró teniente general de la expedición que debía organizarse y marchar sobre el sur. A pocos días comenzaron a llegar a Santafé cuerpos del Socorro, Tunja y Vélez. Vino también en esos días un indio llamado Astudillo, que por su inteligencia y labia cayó en gracia a Nariño, y como aquel tenía grande influjo en Tierradentro, supo nuestro político aprovecharse de ello, y comenzó a mimarle y a obsequiarle, y fue al fin tan de su confianza que le tenía siempre en palacio y salía con él en su coche a pasear todas las tardes, lo cual era motivo de grande escándalo para la gente que, no comprendiendo la política y miras de Nariño, no podía explicarse una amistad tan íntima entre dos personas

tan diferentes por su posición y su educación. En efecto, Astudillo proporcionó a Nariño un gran número de indios para que condujesen la artillería hasta Pasto. Esta era empresa de romanos, pero el general era tan afecto a esta arma, y el 9 de enero le había proporcionado un triunfo tan espléndido, que sin ella no habría hecho esa nueva campaña; así fue que llevó al sur cañones de a ocho, pedreros, obuses de seis pulgadas, granadas y bombas, dirigido todo por el inteligente Aguilar y otros ingenieros, bajo el mando del coronel Cancino. Iba también un oficial muy útil, el teniente Estévez, hombre agigantado y de una fuerza extraordinaria: baste decir, como una prueba de ello, que cerca del puente del Mayo, no lejos de Berruecos, había caído una mula cargada en un lodazal y no era posible sacarla de allí; llegó Estévez, y cogiéndola por la cola la arrastró y sacó fuera con carga y todo.

Salieron de Santafé para esta expedición el batallón Granaderos de Cundinamarca, en el cual estaba ya refundido o incorporado el antiguo Auxiliar; el batallón de Guardias Nacionales; el de Patriotas; el de Tunja; el del Socorro, compuesto en su mayor parte de pamploneses, cucuteños y veleños. La caballería iba al mando del coronel Antonio Nariño, hijo del general. Llevábamos, además, un gran tren de tiendas de campaña, pertrechos y equipajes.

Para esta campaña me había designado Nariño espontáneamente como abanderado del batallón Granaderos de Cundinamarca. Tuve ocasión de saberlo, porque en el espléndido banquete que se dio para celebrar el matrimonio de su hijo don Antonio con la señorita Natalia Silva,

preguntó don Bernardo Pardo al general si ya estaba bordada la bandera para el batallón Granaderos, y este le contestó que sí, y que también estaba previsto el abanderado de su confianza que había de tener la honra de llevarla, que era Espinosa.

A fines de septiembre de 1813 salió de esta ciudad la mayor parte del ejército, cuya vanguardia estaba ya en La Mesa. Llegamos a Portillo, donde nos detuvimos dos días mientras la gente pasaba el río en barquetas. Aquí ocurrió un incidente que por tener tanto de poético como de prosaico, merece referirse. En pos del ejército iba una bandada de mujeres del pueblo, a las cuales se ha dado siempre el nombre de voluntarias —y es muy buen nombre porque estas no se reclutan como los soldados— cargando morrales, sombreros, cantimploras y otras cosas. El general Nariño no creyó conveniente, antes sí embarazoso, aquel ejército auxiliar, y prohibió que continuase su marcha, para lo cual dio orden terminante a los paseros de que no les permitiesen el paso y las dejasen del lado de acá del río.

Llegamos a Purificación, y a los dos días de estar allí se nos aparecieron todas las voluntarias. Ya era visto que el Magdalena no las detenía, y así el general dio la orden de que dejasen seguir a estos auxiliares, por otra parte muy útiles, a quienes el amor o el patriotismo, o ambas cosas, obligaban a emprender una dilatada y trabajosa campaña. El general Bolívar mismo reconoció en otra ocasión que no era posible impedir a las voluntarias que siguiesen al ejército, y que hay no sé qué poesía y encanto para la mujer en las aventuras de la vida militar.

Omitiré la relación de nuestra marcha hasta La Plata, porque nada ocurrió en ella digno de mencionarse. Desde La Mesa de Juan Díaz iba yo a pie, porque me había tocado muy mal bagaje y prefería andar por mis pies, lo cual me tuvo cuenta, como se verá más adelante.

Cuando llegamos a La Plata encontramos en esa ciudad muchos emigrados del Cauca y Popayán, y varios extranjeros que después se agregaron al ejército; entre estos se hallaba un español de mucha importancia, que había servido en Europa a órdenes de Napoleón, parece que con el grado de general, llamado Campomanes, el cual aconsejó a Nariño que variase todos los toques de tambores y toda la táctica española, cambiándola por la francesa, y él mismo enseñó prácticamente las marchas y toques a los músicos, pífanos y tambores, y a la tropa el manejo de armas y las demás evoluciones. Parecía que este sujeto procedía de buena fe, pero no sé qué denuncios o sospechas hubo de que, tanto él como el teniente coronel francés Manuel Serviez, el conde Silisque y otros varios tramaban una conspiración y querían revolucionar el ejército para quitar a Nariño y apoderarse del mando, por lo cual se redujo a prisión a estos jefes, se les siguió un proceso y fueron remitidos presos a Cartagena bajo la custodia del capitán don José Posse. Quedaron algunos otros extranjeros de la confianza de Nariño, como fueron el coronel inglés Birgo, a quien nombró comandante del batallón Cazadores que se formó en La Plata; Veverley, ayudante de campo del mismo Nariño; Robin, Castel, Dufaure, Ludovico y otros más. Todos estos tuvieron grande aprecio por

Nariño, que sabía con su política y bellas maneras ganárselos a todos, y le fueron siempre fieles.

El incidente del proceso de los conspiradores nos detuvo en La Plata más del tiempo necesario, y al fin siguió el ejército para Popayán, siendo indecibles las dificultades que hubo para conducir por el páramo de Guanacas la artillería de grueso calibre que llevábamos. El traidor Sámano, que el 20 de julio, estando preso en Santafé, había prometido bajo su palabra de honor no tomar armas contra los patriotas, recibía auxilios de Montes desde Quito, y habiendo abandonado el Cauca, ya revolucionado contra él, se había situado en Popayán. Tenía espías hasta el páramo de Guanacas, y habiendo caído uno de estos en poder de nuestra avanzada, se le condujo a presencia del general; fuimos los oficiales a verlo por curiosidad, y uno le preguntó de dónde era y por qué servía contra la patria, a lo cual contestó con altanería: «Soy patiano y sirvo en donde y con quien me acomoda». Y habiéndole hecho algunas otras preguntas, prorrumpió en amenazas, diciendo con altivez que no le tenía miedo a la muerte y que podían hacer con él lo que quisiesen. Esto da idea de lo que era, en general, aquella gente, contra la cual íbamos a luchar, pues los patianos sostenían la causa realista, y estaban unidos con los españoles. Nariño no quiso castigarlo, prendado sin duda de su carácter, y se contentó con retenerlo preso.

Otro incidente recuerdo que, aunque insignificante, revela el carácter perspicaz de Nariño y su inclinación santafereña al chiste y al epigrama. Se le presentaron en esos días dos cadetes y dos sargentos, no recuerdo de qué

cuerpos, unos envueltos en ruanas, frazadas y pañuelos, y otros sosteniéndose en bordones, fingiendo todos una debilidad y decadencia que no tenían, y pidiendo sus pasaportes para venirse a Santafé, por sus enfermedades. El general, que conoció al momento la marrullería, no quiso hacerlos reconocer, y les dijo que con mucho gusto les daría en el acto sus pasaportes, porque su enfermedad podía ser contagiosa en el ejército, y los despidió prontamente.

Y ya que estamos de incidentes y episodios, permítaseme referir otro muy grotesco, que para mí fue una verdadera campaña, o por lo menos acción distinguida de equitación, y en que peligró mi vida por más de un motivo, en medio de la risa que a todos nos causó. La víspera de marchar nos llamaron a los oficiales para que cogiésemos los bagajes que nos estaban destinados, y que se hallaban en un patio grande; mi asistente tiró un lazo al montón, cogió con él una mula y se la llevó; al día siguiente la ensilló y la sacó fuera de la ciudad, en donde estaban las caballerías de los demás oficiales, porque la costumbre era que saliésemos todos a pie en formación, y montásemos después, fuera de poblado. Así lo hicimos y cuando iba desfilando la tropa por un camino bastante estrecho, monté en mi mula, pero como esta no era de silla salió con un trote descomunal, que pronto se convirtió en corcovos, y comenzó a atropellar gente, llevándose por delante a cuantos encontraba. En vano tiraba yo de la rienda: los soldados caían a derecha e izquierda con sus armas y morrales, y todo el mundo gritaba y espantaba la mula, que de nadie hacía caso. Don José María Vergara, que era el comandante del

cuerpo atacado por mí, o más bien por mi mula, decía en alta voz: «¡Cálenle bayoneta a ese abanderado del demonio!». Obedeciendo a la orden, un granadero se metió a hacer la gracia y voló con fusil y todo, cayendo cuan largo era. Las mujeres que llevaban los morrales caían también como barajas, y la mula no paró hasta que logró incorporarse con otras que conducían cargas de pertrechos, y allí quedó formando con ellas muy quietecita, no sin haberme lastimado cruelmente las piernas en esta operación. Aquí sí pegaba haber pedido la *buena montada*, como se hace en las fiestas de toros.

Me apeé en el acto, con no poco trabajo y no quise volver a montar en toda la expedición, pues me había llevado ya muchos chascos de esta clase. La noche de ese día acampamos en mitad del páramo de Guanacas, donde se tuvo noticia del punto que ocupaba el enemigo.

VII

El 30 de diciembre atacamos a Sámano en el Alto Palacé, donde se había situado cuando supo que nos acercábamos. Este jefe tenía un fuerte ejército compuesto en su mayor parte de gente de pelea. Nuestra vanguardia, al mando del mayor general Cabal, fue suficiente para detenerlos, y aunque hicieron frente, en poco tiempo quedaron del todo derrotados, y después fueron perseguidos por la caballería. Sámano se retiró precipitadamente a Popayán y allí le puso fuego al parque, que estaba en un cuartel de la plaza; la detonación fue tal que alcanzamos a oírla desde el puente del Cauca. Esta explosión dañó varios edificios y mató como quince personas. En ese último punto se quedó el ejército esa noche, y al amanecer del día siguiente siguió para Popayán, adonde entramos el 31 sin obstáculo, pues Sámano no intentó hacer en esta ciudad resistencia alguna. Las calles estaban desiertas, nadie salió a recibir al ejército patriota, ni se halló en toda la población quien vendiese pan para los soldados, que desde el día anterior no comían; en vano se solicitó un alcalde u otra autoridad

para que nos hiciese proveer de lo necesario, pues la ciudad estaba perfectamente sola. En un caso tan urgente como este, fácil y disculpable hubiera sido que nos hubiésemos procurado nosotros mismos lo más indispensable, tomándolo de las casas o tiendas, pero en aquel tiempo, en que la patria *era boba*, se respetaba la propiedad como cosa sagrada, y lo que hoy es corriente y permitido, en paz y en guerra, habría sido entonces un crimen, no obstante el derecho de la guerra, y la ley de la propia conservación. Nadie tomó la menor cosa, y el general dio orden de que saliésemos a acampar nos en el potrero de Las Monjas; allí pernoctamos después de habernos proporcionado, con dificultad, algunos alimentos, y enseguida regresamos a Palacé, donde permanecimos aguardando otro ejército realista que venía del Cauca, replegándose hacia Popayán, al mando del general español don Ignacio Asín, a quien Sámano había mandado con esa gente a Quilichao. Venían picándole la retaguardia el coronel Rodríguez, alias "el Mosca", y Francisco González, con tropas de los patriotas. Asín, según las órdenes de Sámano, acampó en Piendamó y quedó perfectamente cortado.

No obstante esto, la situación era apurada, pues el feroz Asín, hombre aguerrido, contaba con 1.500 fusileros y siete piezas de artillería bien dotadas, y además numerosa caballería. Nariño le pidió que se rindiese porque de otro modo no podría evitar su destrucción, y eligió como parlamentario para este efecto al capitán de granaderos Francisco Urdaneta, joven de valor, de arrogante presencia y buen jinete, y le dio su propio caballo enjaezado. Partió

Urdaneta acompañado de un clarín pero lejos de ser recibido con la cortesía que en tales casos usa cualquier jefe culto, Asín le miró con desdén y le dijo: «Vaya usted dígale a Nariño que llevo ganadas catorce acciones de guerra, y que con esta serán quince, y que pronto estará en mi poder. Y si a usted lo dejo volver es para tener el gusto de cogerlo luego». Con esto lo despidió brutalmente, y cuando Urdaneta regresaba le hicieron varios tiros por la espalda.

Asín movió su ejército durante la noche a situarse en Calibío, donde se reunió con la gente de Sámano, ocupando muy buenas posiciones, y lo hizo con tal sigilo que nadie lo advirtió en nuestro campo. El general estaba con esto enojado y reprendía nuestra poca vigilancia, pero al mismo tiempo decía: «Esa gente está trasnochada y es preciso aprovechar la ocasión y atacarlos inmediatamente». En efecto, se dieron las disposiciones necesarias. El brigadier don José de Leiva dispuso que nuestros soldados entrasen al monte, cortasen muchas varas delgadas y formasen con ellas haces o tercios de una brazada de grueso y dos varas de alto —los soldados los llamaban salchichones—, y que cada soldado cargase uno y lo botase entre las zanjas de los potreros. Esta industria era indispensable para que pudiera pasar la artillería y la caballería, y así se hizo.

A las seis de la mañana emprendió marcha nuestro ejército, y a poco rato vimos al enemigo formado en batalla en el llano de Calibío. A esta sazón se nos reunieron los cuerpos que venían picando la retaguardia de Asín desde el Valle del Cauca, y después de unos momentos de descanso, dispuso la acción don José de Leiva, e inmediatamente nos

formamos al frente del enemigo. Rompió este el fuego de artillería, que fue contestado por el fuego de la nuestra, y a pocas descargas dio el general Nariño la orden de avanzar, y así comenzó a batirse la fusilería de una y otra parte, lo que duró tres horas largas, y al fin, después de un reñido combate, se decidió la victoria en nuestro favor, sufriendo los españoles la más completa derrota, y quedando el campo cubierto de cadáveres, entre ellos, el de Asín y ocho oficiales más. Contamos cosa de 400 entre muertos y heridos, y se tomaron más de 300 prisioneros, entre ellos el coronel Solís y seis oficiales. Todo el armamento, con ocho piezas de artillería, cayó en nuestras manos. Nariño intentó salvar la vida a Asín, pero este no quiso rendirse, y murió como un héroe, peleando valerosamente con espada en mano.

En lo rudo de la batalla era un estímulo para nosotros ver el arrojo e intrepidez de Nariño, que desafiaba audazmente los mayores peligros y se hallaba en todas partes dando ejemplo de valor y serenidad.

Es doloroso citar aquí un hecho que ciertamente no hizo mucho honor al que lo ejecutó, y que fue nada propio de un vencedor. El coronel Rodríguez se acercó al cadáver de Asín y cortándole la cabeza, la levantó en alto y comenzó a perorar, y creyendo, en su embriaguez, hacer un obsequio a Nariño, se la presentó. Si este no hubiera sido tan humano y generoso hubiera hecho con Rodríguez lo que David hizo con el amalecita que le trajo el brazalete y la diadema de Saúl, pero este hombre magnánimo se contentó con reprenderlo en términos enérgicos echándole en cara su mala acción y su proceder, injustificable en un hombre

civilizado. En efecto, la ley cristiana ha abolido la costumbre de ultrajar a los muertos, relegándola a las tribus salvajes.

Este desagradable incidente contribuyó, a no dudarlo, a que Rodríguez, que había sido anteriormente partidario de Baraya, o por lo menos inclinado a la causa de la federación que este sostenía, acabase de indisponerse con Nariño, lo que vino a causar con el tiempo la pérdida que tuvimos en Pasto, la retirada desastrosa, y finalmente la destrucción casi total del ejército patriota, y con ellas el fruto de todas nuestras casi fabulosas victorias, como se verá más adelante.

Pasamos esa noche en el puente del Cauca, y recuerdo que estaba con nosotros un sujeto que cuando nos hallábamos en Bajo Palacé se presentó al general Nariño, a pie y descalzo, diciéndole que iba a pedir un fusil para servir a la patria, aun cuando fuera de último soldado. El general admitió gustoso al servicio a este caballero, que era don Rafael Mosquera y que se distinguió en la batalla de Calibío, peleando con denuedo.

En la segunda entrada que hicimos a Popayán nos recibieron muy bien, seguramente porque creían que ya no volverían los enemigos a ocupar esa plaza que tanto sufría por parte de los españoles, y que tantas alternativas había tenido en la guerra. Entre los prisioneros de esta jornada cayeron varias mujeres vestidas de hombre, que peleaban al lado de los soldados, y entre los muertos se hallaron también algunas. No hay duda de que las voluntarias realistas les ganaban en entusiasmo a las voluntarias patriotas, aunque estas también solían exponerse a muchos peligros.

VIII

Pero aún quedaban enemigos más adelante y era preciso marchar sobre ellos para coronar la obra que con tan buenos auspicios habíamos comenzado desde Santafé; así fue que apenas se había disipado el humo de la pólvora de Calibío, el general Nariño se ocupó en solicitar recursos para que siguiese la expedición a Pasto. Con este objeto convocó a todas las personas acomodadas de Popayán, para que fuesen a su casa de habitación y, en efecto, concurrieron muchas. Yo montaba guardia ese día como abanderado, y presencié todo lo que pasó en la junta. El general hizo presente a los que allí había la necesidad de que cada uno, según sus facultades, contribuyese con alguna suma para los gastos de la expedición, que él calculaba no bajarían de $ 100.000, y excitaba su patriotismo, y aun su propio interés, para ayudar en la empresa de pacificar completamente el país, debelando hasta el último enemigo que quedase. Pero al mismo tiempo les insinuó suavemente que no saldrían de allí mientras no estuviese ofrecida la suma presupuesta. Fueron ofreciendo todos

diferentes cantidades, según lo que calculaban que podrían dar, pero como muchos querían retirarse, diciendo que iban a traer el dinero, el general dispuso que los que saliesen fueran acompañados de un oficial, que llevaba la orden de volver a conducirlos, con dinero o sin él[1]. Con esta medida todos dieron lo que habían ofrecido, y al fin se reunió gran parte de aquella suma. Todos los eclesiásticos contribuyeron espontáneamente, y los que no tenían dinero llevaron candeleros, platos, jarros y aun vinajeras, frontales y otras cosas de plata, todo lo cual fue fundido y reducido a dinero en la Casa de Moneda.

Generalmente se ha increpado a Nariño la lentitud con que procedió después de la batalla de Calibío, retirándose a Popayán, en vez de seguir inmediatamente en persecución del enemigo, que huía despavorido después de la derrota verdaderamente increíble que sufrió. Se ha dicho que al dirigirse inmediatamente a Pasto habría ocupado sin dificultad aquella ciudad, y que hubiera podido llegar hasta Quito, donde se le aguardaba como a un libertador. Muy fácil es para el político teórico dirigir una campaña desde su gabinete, al modo que el astrónomo, haciendo cálculos sobre su pupitre, y sin necesidad de telescopio, descubre la situación de algún planeta desconocido. También es muy cómodo para el historiador, que quizá no posee los datos necesarios, ni conoce prácticamente el campo de las operaciones, ni el estado respectivo de los ejércitos

[1] A mí me tocó conducir a su casa a un señor Rebolledo, que ofreció $ 5.000.

beligerantes, ni mil otras circunstancias especiales, que es preciso tener en cuenta, censurar los movimientos estratégicos, las resoluciones repentinas y los planes del experto y valiente caudillo que va a cargar con toda la responsabilidad de una campaña.

Tal sucedió con Nariño en esta ocasión. Sólo los que estábamos con él y veíamos y conocíamos la situación podíamos apreciar debidamente la necesidad de esta demora y la acertada resolución del general. El estado de nuestro ejército era lamentable; aunque nuestras pérdidas en Calibío no habían sido muy considerables, teníamos muchas bajas por las enfermedades, y varios oficiales y soldados estaban literalmente imposibilitados para continuar una marcha forzada, por terrenos como los que median entre Popayán y Pasto. Estábamos desnudos, descalzos, faltos totalmente de fuerzas por las fatigas anteriores y porque hacía tres días que no nos alimentábamos sino escasísimamente. Ni el día que entramos a Popayán ni el anterior nos habíamos desayunado. Era preciso esperar algunas compañías que se habían pedido al Valle del Cauca, y la tropa que debía venir de Antioquia, aunque se dudaba que esta última viniera porque su comandante Gutiérrez, y el gobernador Corral, por una susceptibilidad mal entendida, rehusaban poner sus tropas a órdenes de Nariño, pretextando su dignidad y *soberanía*, excusa ridícula que provenía de sus rivalidades con Cundinamarca y de un marcado egoísmo. Pero sobre todo había suma escasez de bestias para los transportes, de vitualla y, sobre todo, y peor que todo, carencia absoluta de dinero, pues no había un centavo para los gastos más

precisos, a tiempo que el ejército necesitaba proveerse de todo. Fácil habría sido enviar una columna al mando de un jefe, con el fin de perseguir los restos de la gente de Sámano hasta acorralarlos en Pasto, pero sí allí mismo, o en todo el trayecto intermedio, repuestos un tanto del susto y la fatiga, y en un país enemigo nuestro, que sin duda los apoyaría y auxiliaría, hubiesen vuelto caras y hecho frente a nuestra tropa, quién sabe cuál hubiera sido el resultado, y entonces habríamos perdido el fruto de la última victoria, siendo aun posible que la misma ciudad de Popayán hubiera sido reocupada por Sámano. Dicen que cada prisa trae su despacio.

Otras veces, por el contrario, se ha censurado a Nariño su impaciencia por pasar el Juanambú y la precipitación de sus operaciones en aquella jornada y, en efecto, ellas pudieron costarnos muy caro y anular completamente los gloriosos resultados de todos los triunfos anteriores, pero por fortuna salimos avante en ella.

Del mismo modo, nuestra impaciencia por pelear y por vencer al enemigo en la Cuchilla del Tambo nos precipitó a la completa ruina del ejército, y este es el ejemplo más elocuente que puede aducirse en defensa de Nariño y para justificar nuestra demora en Popayán. Si, acatando la opinión del mayor general Cabal, y aun creo que la de París, de no arriesgar un combate con muy desiguales fuerzas, que ocupaban fortificaciones inexpugnables, no hubiesen murmurado de aquel jefe muchos oficiales, haciendo abrigar desconfianzas, y poniéndolo en la necesidad de renunciar al mando, no se hubiese hecho cargo de él el arrojado e intrépido Mejía, otra suerte hubiéramos corrido algunos

días después, visto que los españoles no se habrían atrevido a salir de sus trincheras para atacarnos, y que los auxilios que se habían pedido habían venido muy a tiempo para reforzarnos. Pero el decreto era irrevocable, y Pasto debía ser la tumba del gallardo ejército independiente, que, de triunfo en triunfo, había atravesado la mitad de la Nueva Granada, guiado por un caudillo digno de mejor suerte.

Permanecimos en Popayán más de un mes, y al fin marchamos para Pasto en marzo, con cerca de 1.500 hombres, habiendo quedado de gobernador en aquella ciudad don José María Mosquera, y de jefe militar don José de Leiva. En la primera jornada acampamos en un sitio que quedaba entre dos cerros, y era un ancho pedregal, que parecía haber sido en otro tiempo el cauce de un río que ya había desaparecido. A medianoche comenzó una fuerte borrasca de lluvia, acompañada de un viento impetuoso que, encañonado en aquella garganta, hacía un ruido aterrador y arrebataba cuanto encontraba; así fue que las tiendas de campaña, arrancadas de sus estacas, volaron como plumas, sin que se escapase la del general, que era de fuerte lona, muy grande, y fabricada por un inglés que entendía muy bien la materia. A poco rato oímos un ruido sordo que se acercaba: era una gran creciente que bajaba por el cauce o pedregal en que estábamos, y que apenas nos dio tiempo para levantarnos precipitadamente y correr a los cerros que nos rodeaban, a fin de salvarnos. Como dormíamos vestidos, según es preciso hacerlo en campaña, y el agua nos había calado de tal modo que no teníamos parte del cuerpo seca, nos quitamos la ropa para torcerla y ponerla

a secar, por lo cual amanecimos todos desnudos, representando al vivo una imagen de lo que será el Valle de Josafat, el día del Juicio Final.

Puede decirse que de aquí en adelante comenzaron nuestros mayores trabajos y desventuras. Entramos al valle de Patía donde multitud de soldados y oficiales fueron atacados de fríos y calenturas, y tenían que marchar con mil penalidades o quedarse abandonados mientras se organizaba un hospital en lugar conveniente. Al cabo de algunos días llegamos a Mercaderes, pueblo enemigo y entonces desierto. El día que salimos de allí se echaron de menos unos cuatro soldados que no se sabía si se habían quedado enfermos o si se habían extraviado; a poco andar, vimos a una mujer que estaba llorando sentada al pie de un árbol: era una de las voluntarias, la cual, interrogada por unos soldados sobre la causa de su llanto, les dijo señalando hacia el monte, a un lado del camino: «¡Vean allí a mi marido!». Todos miramos hacia la parte que ella nos mostraba, y vimos a un hombre que pendía de otro árbol. Era un sargento a quien los patianos habían cogido y colgándolo de un garabato por la barba, el gancho le había salido por la boca. Esta terrible muestra de la ferocidad de aquella gente medio bárbara nos enseñó que debíamos andar siempre muy unidos y tomar todas las precauciones necesarias, porque el que se separaba del grueso del ejército era víctima de la crueldad de los indios, enemigos de la patria.

Estos se dividían siempre en guerrillas para molestarnos, nos robaban las bestias, y poniéndose a retaguardia interceptaban las comunicaciones, pero huían cuando se

les atacaba. Todo patiano es valiente y astuto, y cada uno es soldado que tiene las armas en su casa, pero no pelean de frente, ni se alejan mucho de su tierra.

Pasamos el puente del Mayo, nos internamos en la hoy célebre montaña de Berruecos, y acampamos cerca de Juanambú, donde nos detuvimos dos días con motivo de la enfermedad y muerte de un oficial muy apreciable y tan querido de los jefes como de la tropa. Continuamos hasta llegar, a principios de abril, al río Juanambú, distante dos jornadas de Pasto, que, además de la gran masa de aguas que lleva, es muy inclinado y por lo mismo impetuoso, estrellándose su corriente contra una multitud de enormes piedras, y contra las rocas altísimas y tajadas perpendicularmente que forman su cauce, por lo cual no da vado y es preciso pasarlo por cabuya o tarabita. Del lado de allá se levanta Buesaco y el Boquerón, puntos militares inexpugnables, divididos por una profunda hoya o quebrada. No sé cómo habíamos podido llegar hasta allí después de las indecibles penalidades que habíamos tenido que sufrir en el tránsito, especialmente en la montaña de Berruecos, donde se nos murieron la mayor parte de las mulas que conducían la artillería y pertrechos, viéndose obligados los soldados a cargar ellos mismos tan enormes pesos por aquellas fragosidades y despeñaderos. Pero más que todo me admiraba el buen ánimo y alegría con que lo hacían, y la resignación con que sufrían tantas privaciones en esa montaña desierta y mortífera. Esto llenaba de entusiasmo a nuestro general y le infundía aliento y esperanzas de triunfar por todas partes.

Sobre aquellas dos eminencias estaban situadas las tropas realistas, en número como de 1.500 hombres, restos de los derrotados de Calibío, y pastusos y patianos, al mando del mariscal de campo don Melchor Aymerich, que había sucedido en él a Sámano, pues a este lo llamó Montes a Quito, por creerlo incapaz de dirigir las operaciones de la guerra. Aymerich fortificó la orilla del río y las eminencias con una serie de trincheras y fosos formidables que iban escalonados; cortó la tarabita en el paso del río y estableció su barraca en la cima del cerro, rodeada de cuatro culebrinas de mucho alcance. Al llegar nuestro ejército a la cuchilla que queda del lado de acá, fue saludado con cuatro descargas con bala rasa que pasaron por alto. Se formó nuestro campamento y el general colocó su tienda lo más cerca que pudo del lado de Buesaco, quedando tan al alcance de los tiros del enemigo que varias veces fue atravesada por ellos en los saludos que nos hacía la artillería limeña. Además de las fortificaciones del Boquerón y Buesaco, había muchos indios colocados detrás de enormes montones de piedras para arrojarlas sobre los *insurgentes* si intentaban tomar la altura. Nuestra artillería fue muy bien colocada sobre un gran plano o plataforma que hicieron los zapadores sobre la eminencia para que pudiese maniobrar. Recuerdo que, habiendo reventado una bomba entre un obús, cayeron despeñados dos de nuestros artilleros. Cuando el general Nariño experimentó las bombas, dispuso que se arrojaran unas ocho sobre el Boquerón; las dirigió, en efecto, el ingeniero Aguilar, y fue tan certero que, cayendo sobre los indios, hicieron en ellos estragos.

La seguridad que tenía el enemigo de que el lado del Boquerón era inatacable, le daba cierta confianza, y en esa misma confianza se enviaron 200 hombres del batallón Socorro al mando del teniente Vanegas para que trepasen en silencio al amanecer cuando no podían ser vistos, dirigiéndose por una cañada o desagüe del cerro. Lo hicieron así, venciendo todas las dificultades, y, valiéndose de los portafusiles, alcanzaron a subir 116 hombres, los cuales sorprendieron el campo enemigo, haciendo destrozos en los pastusos, de los cuales huyeron como 600. En ese momento dispuso Nariño el paso por el río para llamarles la atención, pero no fue posible vadearlo por lo muy crecido que iba y por el fuego incesante de fusilería que se nos hacía desde las trincheras. Repuestos de su sorpresa los enemigos que estaban en el Boquerón, y viendo que eran muy pocos los que los atacaban, se rehicieron y cayeron sobre los nuestros, de los cuales unos murieron, otros cayeron prisioneros, y no pocos se arrojaron por el precipicio. Solamente Vanegas, con unos diez más, pudieron salvarse. Algunos de estos infelices se guarecieron en los huecos de las rocas, donde hacían sus nidos las águilas. Nosotros los alcanzábamos a ver desde el lado opuesto, sin poder favorecerlos; allí permanecieron sin comer hasta que el ejército pudo pasar el río, y entonces bajaron con mil dificultades y peligros. Un español llamado Carretero, que servía con nosotros y que subió con ellos, se pasó al enemigo.

Se suspendieron por entonces las operaciones, y ese mismo día presenciamos un espectáculo de otro género, que llamó nuestra atención, y fue la llegada de la *langosta*,

plaga que consiste en una nube de animales que cubre el cielo y casi oscurece el día. Asentó también su campamento la langosta en aquellos contornos, y en pocas horas quedó enteramente despojado de vegetación todo el campo. ¡Cuántos pronósticos, ya favorables o ya adversos, no sacarían muchos de esta circunstancia!

Entretanto el general Nariño había hecho reconocer todos los pasos del río para ver de vadearlo por alguna parte o poner una tarabita. En efecto, hizo colocar una, como dos leguas más abajo, pero no habiendo prácticos que conociesen todos los pasos del río, pues estábamos en país de enemigos, no supo el general, sino al cabo de algunos días, que por el punto llamado el Tablón de los Gómez podía pasarse fácilmente, y ordenó que el coronel inglés Birgo, con el batallón Cazadores, emprendiese la marcha durante la noche, y pasando el río tomase la retaguardia del enemigo dando una gran vuelta. En la tarde del siguiente día debía nuestra gente presentarse en las alturas de Buesaco, y para avisarnos a nosotros cuándo debíamos atacar por el frente, llevaba el comandante unos cohetes voladores que debían quemarse como señal, pero no habiendo tenido lugar lo convenido, no obstante que Birgo pasó sin dificultad el río y tomó la altura, sin que hiciese resistencia el pequeño destacamento que había en el Tablón de los Gómez, se impacientó Nariño y dio orden de pasar el río y atacar las trincheras. Así se hizo con grande intrepidez bajo los fuegos del enemigo, el cual se retiró cuando vio ya todo nuestro ejército del otro lado. Seguimos en su persecución, pero era una empresa temeraria: no fue

posible dominar las formidables trincheras superiores, y entonces volvieron a cargar sobre nosotros y nos hicieron gran daño, especialmente con las grandes piedras que nos arrojaban. Ya cerca del anochecer fue preciso emprender la retirada y repasar el río, después de haber perdido como cien soldados y los valientes oficiales Pedro Girardot —hermano del famoso Atanasio— e Isaac Calvo, y como cincuenta heridos, entre ellos seis oficiales. Nuestros valientes murieron unos de bala y metralla, otros aplastados por las piedras y otros ahogados. Yo corrí inminente peligro de ser del número de estos últimos, pues la corriente del río me arrastró como el espacio de unas cien varas, pero por fortuna su misma impetuosidad me arrojó a la orilla del lado opuesto, en un recodo que hacía, donde permanecí sin sentido toda la noche ya por el grande estropeo y fatiga, ya por el agua que al sumergirme había tragado. Al amanecer abrí los ojos y comprendí mi triste situación, sin saber con certeza cuál había sido la suerte de mis compañeros, y con gran dificultad me incorporé y emprendí la subida lentamente, lleno de dolores y contusiones, en busca de los míos.

Entre los prisioneros había caído el francés Bobin, el cual les dijo a los españoles que Birgo los tenía cortados, y esta noticia, agregada a la falta de municiones, que se les habían casi agotado, los hizo abandonar precipitadamente el campo, pues temían que nosotros, obrando de consuno con él, hiciésemos una nueva tentativa, y ellos eran pocos amigos de empeñar combate donde no estuvieran muy seguros. Cuando, después de algunas horas, llegué al

campamento, encontré al ejército asistiendo a una misa de acción de gracias que se decía por la retirada del enemigo, lo cual había causado grande alegría, pues no se veía en su campo ni un solo soldado, ni un toldo, sino únicamente las hogueras medio apagadas, morriones, armas y los cadáveres desnudos. Estando en la misa se vieron las tropas de Birgo coronando las alturas de Buesaco, que habían sido abandonadas por los realistas.

Bobin, que era un excelente oficial, tenía la costumbre de tomar opio a pasto, y esta fue tal vez la causa de que cayese prisionero, pues frecuentemente se dormía, aun estando de pie. Conducido a Pasto por los españoles, fue allí fusilado pocos días después, no tanto por haber servido a la causa de la Independencia, cuanto por ser francés, pues sabido es que los españoles detestaban a los de esa nación, con la cual estaban entonces en guerra.

IX

No hay palabras para ponderar la constancia y sufrimiento de nuestras tropas y la tenaz perseverancia de nuestros jefes. Ese mismo día —a finales de abril— sin tomar siquiera el necesario descanso, comenzaron a ponerse tarabitas para emprender nuevamente el paso del río, en lo cual empleamos dos días, y siguiendo nuestra marcha nos detuvimos la primera noche en un punto llamado Cebollas. Al día siguiente se vio al batallón Cazadores que bajaba precipitadamente y en desorden por la cuesta: era que Birgo había sido rechazado por el enemigo, auxiliado por tropas y pertrechos que habían llegado de Pasto. Al comandante no se le veía por ninguna parte, y después, cuando marchábamos para Tacines, se nos apareció hecho una lástima, descalzo y a pie, pues en la fuga se había desmontado de la mula y metido al monte. La retirada de su gente fue protegida por nosotros, que formamos al pie del cerro.

Cuando íbamos a continuar la marcha supo el general que un capitán de caballería comenzaba a desalentar

la gente diciendo que no debíamos seguir, y que si no se emprendía la retirada íbamos a ser sacrificados. Entonces mandó Nariño tocar orden general y nos convocó a todos los oficiales, reuniéndonos en un sitio distante del que ocupaba la tropa; allí nos dirigió la palabra manifestando que deseaba saber cuál era la opinión de los oficiales respecto a la continuación de las operaciones: si deberíamos retirarnos haciendo de este modo inútiles todas las grandes ventajas y la gloria que habíamos adquirido, o bien seguir adelante en la sazón en que las principales dificultades y peligros se habían superado con el paso del Juanambú. En fin, nos hizo presente que si perdíamos esas ventajas sería imposible recuperarlas después, a lo menos sin mucha sangre y costosos sacrificios. Pero nada de esto era necesario, pues todos, con excepción del dicho capitán, ansiábamos por la continuación de la campaña. El general echó en cara su cobardía a los que hablaban de retirada, y los amenazó en términos fuertes, hasta con mandar fusilar al primero que intentase introducir la desconfianza y el desaliento en nuestras tropas. Recuerdo haber leído después no sé dónde que cierto general a quien se proponía la retirada, teniendo al frente al enemigo, dijo a sus tenientes: «¡Es cierto que enfrente tenemos la muerte, pero detrás tenemos la ignominia!». Esto me trajo a la memoria las palabras de Nariño en ocasión semejante.

El ejército se puso en movimiento y subió el cerro de Cebollas. En la altura de Tacines estaba el campo enemigo con la artillería, y en la falda se hallaba la infantería, parapetada, como siempre, con buenas trincheras. Como a las

siete de la mañana se rompieron los fuegos de artillería y fusilería y se emprendió la subida protegida por cañones de a cuatro y obuses. A mediodía estábamos ya en la mitad de la cuesta, y hacían estragos los fuegos del enemigo en nuestras filas por estar ellos emboscados y nosotros al descubierto. Pero no era posible luchar tan desigualmente y con tanta desventaja; nuestra gente comenzaba ya a flaquear, y aun hubo compañías enteras que echaban pie atrás. Viendo esto Nariño, y temiendo que los demás siguieran el ejemplo, pica espuelas a su hermoso caballo zaino, y grita: «¡Valientes soldados, a coronar la altura, síganme todos!». Al ver los soldados que su jefe se arroja con espada en mano, se reanima su valor, olvidan la fatiga y el peligro y le siguen denodados. Nariño fue el primero que puso el pie en el campo enemigo. Uno de sus ayudantes de campo, el teniente Molina, murió a su lado, como un valiente.

Descollaba entre todos, y adelante de todos, la arrogante figura de Nariño con su traje acostumbrado: uniforme de general y sobre él un saco o sobretodo de color leonado, sombrero *al tres*, calzón blanco, bota alta de campaña, banda carmesí, pistolas y espada. A las tres de la tarde habíamos ya arrollado al enemigo, desalojando toda la línea de sus más fuertes posiciones. A las cinco el campo era nuestro. Los españoles huyeron en dirección a Pasto, sin que pudieran contenerlos sus jefes. Perdimos cerca de 200 soldados y como diez o doce oficiales, entre ellos los valientes capitanes Salazar y Bonilla, y el valentísimo alférez Vicente Maza, y algunos prisioneros. Las pérdidas del

enemigo fueron comparativamente pocas, pues en sus ventajosas posiciones y parapetos no podíamos hacerle mucho daño, pero su artillería cayó en nuestro poder.

El general Cabal siguió en su persecución con el batallón Bogotá, pero una fuerte tempestad de granizo le obligó a detenerse y pasar la noche en el páramo de Tacines, con sus soldados, que ni habían comido en todo el día, ni tenían un pan, ni abrigo, ni fuego, y que temblaban de frío en aquellas heladas cumbres, donde pasaron la noche.

La consternación que había de producir en Pasto la noticia de la victoria de los patriotas en Tacines, y el tono imperioso con que ofició Nariño, pidiendo allí cuarteles; la necesidad de ir en solicitud de víveres y bastimentos para la tropa, y, más que todo, la impaciencia del general por llegar pronto a Pasto para aprovechar el golpe dado ese día, le hicieron precipitar la marcha. Esa misma noche partimos con él el batallón Granaderos de Cundinamarca, el batallón Socorro y parte del Cauca; el resto del ejército permaneció en Tacines. Antes del amanecer llegamos a El Ejido de Pasto y allí hicimos alto aguardando el día. Cuando este aclaró y vimos la ciudad, exclamó el general en tono familiar: «¡Muchachos, a comer pan fresco a Pasto, que lo hay muy bueno!».

Desde El Ejido se veía al ejército realista que iba en retirada por el camellón que va para el Guáitara, al mando del brigadier don Melchor Aymerich, y bajábamos con la seguridad de que no se nos opondría fuerza alguna, cuando nos sorprendió un fuego vivo que salía de entre las barrancas del camino y los trigales; veíamos el humo,

pero no la gente que hacía fuego. A pesar de eso seguimos hasta un punto que llaman El Calvario, que está a la entrada de la ciudad. El fuego era tan vivo de todas partes y la gente estaba tan emboscada y oculta, que no podíamos seguir adelante ni combatir, y el general, no sabiendo lo que habría dentro de la ciudad, resolvió que regresásemos a El Ejido. Desde allí vimos que por la plaza iba una procesión con gran acompañamiento, y llevaban en andas con cirios encendidos la imagen de Santiago. De este punto mandó Nariño una intimación y no la contestaron. Entonces dispuso este el ataque, pero las guerrillas pastusas aumentaban por momentos, cada hombre iba a sacar las armas que tenía en su casa, y temiendo las venganzas de los patriotas, exageradas por los realistas, formaron en un momento un ejército bien armado y municionado, que parecía que había brotado de la tierra.

Al anochecer nos atacaron formados en tres columnas. Los nuestros se dividieron lo mismo, y la del centro, mandada por Nariño en persona, les dio una carga tan formidable que los rechazó hasta la ciudad. La intrepidez del general era tal, que yo olvidaba mi propio peligro para pensar en el suyo, que era inminente. Pero las otras dos alas habían sido envueltas y rechazadas, y los jefes, viendo que Nariño se dirigía a tomar una altura para dominar la población, lo creyeron derrotado y comenzaron a retirarse en dirección de Tacines, donde estaba el resto del ejército, para buscar su apoyo. A medianoche resolvió Nariño retirarse también, pues no le quedaban sino unos pocos hombres, y las municiones se habían agotado durante la pelea. Si la

gente que estaba en Tacines se hubiese movido, como lo ordenó él repetidas veces, nosotros, reforzados, habríamos resistido, pero no se cumplieron sus órdenes, no sé por qué.

Para probar el arrojo de Nariño en esta ocasión, basta citar el hecho siguiente, sabido de todos, pero que yo refiero como testigo ocular de él. Cerca de El Calvario cayó muerto su caballo de un balazo, y entonces cargaron sobre el general varios soldados de caballería; él, sin abandonar su caballo, con una pierna de un lado y otra de otro del fiel animal, sacó prontamente sus pistolas y aguardó que se acercasen; cuando iban a hacerle fuego, les disparó simultáneamente, y cayendo muerto uno de los agresores, se contuvieron un momento los otros. En este instante llegó el entonces capitán Joaquín París con unos pocos soldados y lo salvó de una muerte segura, o por lo menos, de haber caído prisionero.

No fue esta la única acción notable de extremado valor que vi hacer en aquella desgraciada campaña al mismo París, que tanta fama adquirió después en la de Venezuela, a Girardot, a Narciso Santander, a Monsalve, y a otros muchos jóvenes de lo principal de la tierra, que combatían con ardor, entusiasmo y desinterés por la causa de la Independencia. Varios de esos hechos están ya consignados en las páginas de la historia nacional, pero no son pocos los que han quedado ignorados, y que solamente por tradición oral han llegado a conocimiento de una que otra persona. No sería más gloriosa y heroica la historia de Esparta o Grecia que la nuestra, si todos esos pormenores de lo ocurrido en la guerra magna de la magna Colombia estuvieran escritos.

Perdimos en esta jornada, entre aquellos cuyos nombres recuerdo ahora, al mismo teniente Narciso Santander, tan valiente como simpático y ardoroso patriota, a los oficiales Mendoza, Camilo y Vicente Díaz, antioqueños, al alférez Ramírez y otros. Los pocos que salimos en retirada íbamos por el camino real, siempre al lado de Nariño; un caucano que se nos reunió nos dijo que por ahí éramos perdidos, y que tomáramos el camino viejo por donde él había venido en la expedición de Caycedo y Macaulay. Tomamos, en efecto, la vía indicada, guiados por el caucano; éramos seis por todos, e ignorábamos la suerte de los demás. El camino estaba casi intransitable, las lluvias habían hecho en él lo que aquí llaman vulgarmente *canjilones* o surcos profundos y resbaladizos, donde no era posible poner el pie, y fue preciso hacer huecos con las bayonetas en los lomos de tierra para poder afirmarse en ellos; además, teníamos que andar con la mayor precaución, sin alzar la voz, porque a cierta distancia y encima de nuestras cabezas, sentíamos el ruido que hacían los pastusos que andaban por allí diseminados.

Poco después de amanecer llegamos a Tacines, y lo primero que encontramos fue un soldado que había sido herido en la acción anterior, hijo de un español Butío que servía con nosotros, y aquel dijo al general: «Aquí no encuentra Su Excelencia sino muertos y heridos. Un coronel vino de Pasto y dijo que mi general estaba prisionero, que todo se había perdido, que se clavase la artillería y se emprendiese la retirada, y así lo hizo mi comandante Cancino». En efecto, esta noticia se había recibido en el campo

de Tacines, traída por la gente derrotada en Pasto, y entonces el coronel Rodríguez, el mismo que no supo cumplir la orden de llevar el resto del ejército a Pasto en auxilio nuestro, sin aguardar más informes, se retiró con la tropa, no obstante la oposición, y aun resistencia de algunos oficiales más previsores o menos pusilánimes. Todo quedó abandonado: la artillería —como doce piezas—, los caballos, tiendas y pertrechos, y de todo el numeroso ejército, vencedor allí mismo dos días antes, sólo quedábamos en el campo de nuestra anterior victoria el general Nariño y su hijo, los oficiales Francisco Pardo, Bautista Díaz[2], Martín Correa, el español Butío y yo. El mayor Cabal continuó su marcha con el objeto de recoger los dispersos y detener al resto de los que iban en retirada, lo que no logró hasta el Tablón de los Gómez, perseguido, como iba, muy de cerca por los pastusos.

[2] Fusilado después en Riobamba.

X

No es posible pintar el enojo de Nariño cuando vio lo que pasaba, él, que incansable y tenaz, pensaba reunir de nuevo su ejército, y después de algún descanso, volver sobre Pasto con su artillería, para entrar triunfante a la ciudad. Pero viendo que ya no había remedio en lo humano, dio orden a su hijo de que siguiese a Cabal, no obstante las instancias que hacía a su padre para que tomase el caballo en que iba y se salvase. El coronel Nariño partió con los demás oficiales, y yo, que no quería abandonar al general, permanecí con él.

Habiendo en ese momento percibido una partida de gente que venía en persecución nuestra, me dijo con tono resuelto: «Sálvese usted, abanderado; yo los aguardo en esta montaña», y diciendo esto se internó precipitadamente en lo más espeso del bosque. Temiendo yo que fuese más fácil al enemigo descubrir un grupo de dos personas que a una sola, lo dejé y emprendí la marcha a todo correr. Al fin nos alcanzaron algunos de los que nos daban caza, y de los que íbamos —pues ya nos habíamos reunido—,

todos cayeron prisioneros, menos el alférez Martín Correa y yo, que teníamos buenas piernas y sabíamos trepar, sin fatigarnos, por riscos y breñas, como el más ágil pastuso.

Una de las impresiones más desagradables que tuve en aquella ocasión fue ir viendo desde que llegamos a Tacines, clavados los obuses y cañones, las bombas tiradas, las petacas y baúles rotos, y saqueados los equipajes de los que habíamos ido a Pasto, y todo por nuestros mismos compañeros y camaradas. Tal vez lo harían por no dejar este botín en manos de los enemigos. Ruinas y destrozos, muertos y heridos, era el cuadro que se presentaba a nuestra vista, bien desconsolador por cierto, y que sirva de terrible y elocuente lección de las vicisitudes de la suerte y de los funestos efectos de la guerra.

Más de mediodía era cuando, fatigados con la marcha y el ardiente sol, faltos de alimento y acosados por la sed, el alférez Correa y yo oímos el lejano rumor de un torrente, y bajando a la falda de la montaña, donde el bosque era fresco y tupido, nos sentamos a descansar. Allí salió a encontrarnos la corriente de agua pura y cristalina, que nos había dado grato aviso desde lejos, y abalanzándonos a ella, y echándonos en tierra boca abajo nos pusimos a beber con ansia y con deleite, no sin riesgo de un ataque apoplético, pues más de un soldado he visto en campaña que al hacer esta misma operación ha quedado muerto en el sitio. Expliquen los facultativos la causa de este fenómeno. ¿Pero qué género de peligro era el que no corríamos allí? Así que morir de un modo u otro no sólo nos era indiferente, sino que habríamos preferido mil veces una muerte súbita y natural a la que nos

hubieran dado nuestros enemigos, y aún más a los padecimientos que habríamos tenido que sufrir cayendo vivos en su poder. A poco rato de estar bebiendo, noté que el agua se había vuelto colorada; al principio no hice alto en esta circunstancia, y seguí bebiendo como quien tenía una sed de tres días, pero dirigiendo la vista a mi compañero que estaba dos pasos más arriba que yo, vi que le salía sangre de la boca. En efecto, acababan de darle un balazo en el carrillo, que le rompió la mandíbula inferior y le salió por debajo de la barba; él, o no lo sintió por el momento, o fue más poderosa la sed que le agobiaba que el dolor, pues continuó bebiendo. Sin duda nos habían alcanzado y descubierto desde la altura, y es probable que la dirección del viento impidiese oír la detonación, que de seguro fue muy distante.

Esta herida le dañó de tal modo la quijada al pobre Correa que quedó desfigurado. Aunque sea tal vez impropio de este lugar, y aun poco caritativo, permítaseme, por la oportunidad, referir un incidente relacionado con la desgracia de mi amigo y compañero, incidente que confirma lo que dejo dicho.

Cuando él y yo estábamos presos en el calabozo de Popayán, con otros varios, como el inteligente Ramón Guerra —fusilado en Bogotá en 1828—, Pedro A. Herrán, Rafael Cuervo, etcétera, según se verá más adelante, nos divertíamos en escribir letreros o inscripciones en las paredes, y como algunos eran aficionados a la poesía, componían versos. Guerra, que era uno de los más talentosos y qué más facilidad tenía para hacerlos, escribió un día la siguiente cuarteta:

En esta triste asamblea,
la cosa más primorosa
es la nariz de Espinosa
y la boca de Correa.

No me quedé sin tomar la revancha de esta burla que hacía a mi nariz aguileña. Como aficionado a la pintura, llevaba siempre conmigo un lápiz y una barrita de tinta China, que había sacado de Santafé; tomé un esparto, lo masqué, y sirviéndome esto de pincel, hice su caricatura en un pedacillo de papel mientras Guerra estaba distraído traduciendo un libro en francés con otro compañero.

No obstante la fatiga, y lo repletos que estábamos de agua, lo cual nos hacía más pesados, y a pesar de la herida de Correa, que iba dejando un rastro de sangre por el camino, nos esforzamos en correr, ocultándonos entre los árboles y maleza, y pronto llegamos, más muertos que vivos, al paso del Tablón de los Gómez. Del otro lado del río, y en su orilla, vimos el cuerpo de un hombre, tendido y medio ahogado, que había sido abandonado allí; cuando pasamos allá vimos que era el capitán Valentín Froes, sujeto que figuró después en los congresos como hombre de talento y buen orador. Encontramos también al mayor Cabal, quien nos dijo: «Hemos estado oyendo los tiros que les hacían a ustedes los indios. ¿En dónde está el general Nariño?». Le referimos entonces lo sucedido y lo que había dicho a su hijo al tiempo de ocultarse en el monte. Nos ocupamos enseguida en levantar a Froes y proporcionarle mejor colocación y algún alivio, y a poco rato tocaron llamada y emprendimos

marcha. Aquel día nos desayunamos Correa y yo, después de dos de perfecta abstinencia, con un pedazo de carne cruda que saltaba en nuestras manos; nos la dio un soldado que, con la prisa de la marcha y el hambre canina que tenía, la había cortado de una novilla viva, con cuero y todo.

La guardia de prevención tenía que esperarnos a Correa y a mí, que íbamos cansados, especialmente con el peso de Froes, a quien llevábamos cargado. Además, mi compañero, aunque había vendado su herida, y la sangre se había restañado, iba bastante malo y aquella le dolía más de lo que él hubiera querido. Los pastusos y patianos siguieron persiguiéndonos tenazmente de día y de noche, y aunque ellos eran pocos y de nuestro ejército se habían salvado unos ochocientos hombres, después de haber perdido más de quinientos, como no se ponían a nuestro alcance, nos tenían en continua vigilancia.

Muy triste era para nosotros ir encontrando por el camino, y a cada paso, los oficiales y soldados que en los combates anteriores habían quedado en el campo, o muertos después por consecuencia de sus heridas. Algunos vivían todavía, ya casi exánimes. Otros estaban imposibilitados para moverse por tener los pies en extremo hinchados; algunos me decían al pasar: «¡Mi alférez Espinosa, vea si puede arrastrarnos hacia el monte, porque si nos encuentran aquí, más pronto nos sacrifican!». Yo hacía lo que podía para aliviarlos, ayudado de un teniente socorrano a quien llamábamos "el Mono" porque tenía el pelo muy colorado, aunque el pobre también llevaba los pies hinchados.

Al fin me dejó atrás la guardia de prevención, porque yo tenía necesidad de sentarme a cada paso para descansar, pero seguí solo, y antes de llegar al pueblo del Trapiche, vi un soldado que conducía una carga de baúles en un caballo; mientras hablábamos oímos varios tiros de fusil, y él exclamó de repente: «¡Mire cómo vienen los indios por allí!». En efecto, a poca distancia se veía una partida considerable que avanzaba hacia donde estábamos; en el acto saqué mi navaja, corté las cuerdas con que estaban atados los baúles, los eché a tierra, monté en el caballo, y este, sintiéndose un poco aliviado del peso, siguió a buen andar y me sacó de allí. Esta acción mía parecerá tal vez poco caritativa, pero el soldado estaba bueno y podía correr, viéndose ya libre de aquel embarazo, mientras que yo estaba ya casi imposibilitado para caminar, y a lo menos salvé el caballo, que de otro modo se habría perdido juntamente con los baúles; y si el soldado hubiese montado conmigo, es probable que el pobre animal no habría podido andar con tanta ligereza como llevando a uno solo. El soldado apuró el paso, yendo casi al de mi caballo, y los indios nos habrían alcanzado si no se hubieran entretenido rompiendo los consabidos baúles, que hallaron tirados en el camino. Si yo fuera poeta, traería aquí a cuento las manzanas aquellas que refiere la mitología, que arrojadas en medio de la carrera, detenían a las que iban corriendo mientras las recogían, pero prefiero decir que a nosotros nos sucedió lo que a aquel que, acosado por un toro bravo, le arroja cualquier objeto para que se entretenga con él, mientras se pone a salvo.

Al llegar al Trapiche supe que los baúles eran de cierto coronel, que andaba averiguando por su paradero, y noticioso, sin duda, de la aventura que naturalmente le refirió el exconductor de ellos, se dirigió a mí para informarse dónde los había dejado. Le referí, por mi parte lo que había pasado; él se manifestó muy descontento y me reconvino fuertemente, a lo que yo repliqué con calma: «Más valen para la patria la vida de este soldado y la mía que los baúles de usted, y agradezca que no le pido las albricias del caballo que le he salvado».

Acampábamos durante esta marcha a medianoche, y a la pampa; para asar los plátanos, que era nuestro alimento, encendíamos hogueras, y su luz guiaba a los enemigos para hacernos tiros desde lejos, con tanta certeza que hubo veces de caer muertos o heridos los soldados entre las mismas hogueras. La hostilidad era tal que la parte de la montaña por donde debíamos pasar la obstruían con troncos de árboles y palos, y mientras nosotros nos ocupábamos en desembarazar la senda, nos hacían fuego, y casi siempre herían a algunos, lo cual ejecutaban impunemente colocándose en puntos desde donde podían ofender sin que ellos pudieran ser ofendidos.

XI

En la llanura del pueblo de la Cruz, adonde habíamos llegado en buen orden, aunque con algunas bajas, ocasionadas por las enfermedades y por los fuegos del enemigo, hizo alto la tropa para descansar, solicitar alimentos y bagajes y reponerse un tanto. Era seguro que allí no se atreverían a atacarnos, porque la naturaleza del terreno no era de las que ellos buscaban para combatir, y los habríamos destrozado fácilmente. Estando allí, y cuando la tropa se formaba para pasar revista, se presentó el general Cabal en un buen caballo patiano, y nos dijo: «Joaquín de Paz, jefe de los patianos, creyéndonos enteramente perdidos, nos intima con arrogancia que nos rindamos. Es preciso que sepa que aún podemos, no sólo resistirle, sino escarmentar su audacia: así, pues, la gente que esté en estado de batirse, pase a la vanguardia, y la que no, entregue los cartuchos que tenga». Una gran parte de la gente pasó a formar en la vanguardia, aun de aquellos que notoriamente no estaban en estado de combatir, ya por enfermos o convalecientes, ya por estropeados.

El enemigo estaba cerca de nosotros, y debíamos salir a buscarlo, pues, como digo, habría sido inútil esperarlo en nuestro campo. Marchamos, por diferentes puntos la 1.ª compañía del Granaderos, los restos del batallón Socorro y otros agregados de los demás cuerpos. Por algún tiempo los patianos nos aguardaron como para manifestar su resolución de acometer, pero a poco rato les dimos alcance y entonces huyeron a esconderse en las breñas, donde con un valor que no puedo explicarme los acorralamos, de suerte que emprendieron la fuga definitiva, dejando veinte muertos y varios heridos. Esta acción, que duró poco tiempo, fue mandada en persona por el general Cabal. No emprendimos la persecución porque temíamos ser sorprendidos por otras emboscadas, en las breñas, que nos hicieran mucho daño, pero ellos no volvieron a aparecer por allí, a lo menos en grandes partidas.

Seguimos para La Horqueta, en nuestro derrotero para Popayán, adonde nos urgía llegar para tomar alguna resolución definitiva, reorganizar el ejército, proveerlo de vituallas, en fin, establecer el centro de nuevas operaciones, oficiar a las autoridades de la capital pedir instrucciones, auxilios, recursos, etcétera. No fueron menores los sufrimientos que en esta marcha tuvimos que experimentar por el hambre, la desnudez, el cansancio, los malos caminos, y aun por las molestias que nos ocasionaban grupos aislados de indios, que desde el monte nos hacían fuego y corrían a esconderse. En el punto de La Horqueta había una venta muy bien provista de pan, carne y guarapo. ¡Hallazgo feliz! Estábamos en tierra de cristianos. En la puerta de la venta

estaba el padre Florido, nuestro capellán, hombre de ánimo y de recursos, aun en las situaciones más difíciles. Noté que impedía la entrada a los oficiales y tropa; me le acerqué para saber el motivo de esta cruel oposición, y no supuse que fuese ocasionada por el temor de que nuestra hambre atrasada nos hiciese entrar como a tierra conquistada y saquear la tienda. Al verme me dijo: «¡Atrás!, ¡atrás!, muchachos, que todos los comestibles que hay en esta venta están probablemente envenenados». Así era de suponerse, puesto que había sido abandonada con todo lo que en ella había, pero ese *probablemente* me tranquilizó algún tanto, y sin insistir más, le pedí permiso para descansar un momento sentado a la sombra, en la puerta de la tienda; y mientras el padre estaba hablando con otros oficiales e impidiéndoles la entrada, yo me escurrí al descuido hasta el centro y comencé a pertrecharme de todo, y a comer con afán. Cuando el padre me vio, exclamó: «¡Qué has hecho, muchacho bárbaro!», yo le repliqué con la boca llena y comiendo a dos carrillos: «Mi padre, impida usted que entren los demás, mientras yo desocupo los estantes, no vaya a ser que se envenenen, y que, si escaparon de los patianos, vengan a morir tristemente *en esta horqueta*».

Luego que hube satisfecho mi gran necesidad, salí y me senté en un poyo que había fuera. El padre, asustado, me miraba, y cada momento me decía: «¿Qué sientes?, ¿no te ha dado dolor de estómago?, ¿tienes convulsiones, ansias?». «Estoy perfectamente bueno», le decía, «y en disposición de volver a comenzar». Viendo que ya pasaba el tiempo en que los efectos del veneno debían presentarse,

dejó entrar a los demás, y él mismo fue perdiendo el recelo, y se aventuró a hacer la experiencia de comer de todo lo que había.

Estando allí se aparecieron un capitán y cuatro oficiales realistas, sin duda de los que anteriormente habían quedado por ahí dispersos, y creyendo que éramos de los suyos, entraron gritando: «¡Viva Fernando VII!». Para no desengañarlos, algunos de los nuestros gritaban lo mismo. Entonces entraron al patio de la venta, y vinieron a abrazarnos, pero en el acto fueron capturados y asegurados.

Seguimos nuestra marcha y acampamos en Los Robles, cerca de Popayán. Aquí ocurrió un incidente desagradable, y fue que dos de nuestros soldados salieron a traer agua de una fuente que quedaba a bastante distancia, y como todos aquellos contornos, desde nuestra salida de Popayán para Pasto, estaban infestados de indios armados, que no solamente interrumpían las comunicaciones e interceptaban los víveres y municiones que nos enviaba el brigadier Leiva, sino que ejecutaban depredaciones y asesinatos, los dos infelices que se habían separado de nosotros fueron cogidos, inhumanamente sacrificado el uno y el otro gravemente herido. Fue tal la indignación que produjo en todos nosotros esta infamia, que cuando el general Cabal nos convocó a los oficiales con el objeto de indagar nuestra opinión sobre lo que se debía hacer para contener con un escarmiento tales atentados, todos opinamos que debían ejercerse represalias con esos bárbaros, y que, puesto que por su parte se declaraba la guerra a muerte, la partida debía ser igual, y no era justo dar cuartel a hombres tan feroces.

En consecuencia, se sentenció a muerte a los capturados, y se les notificó para que se preparasen. Por desgracia, yo estaba de guardia de prevención y así fue que me tocó conducir a esos infelices, que fueron ejecutados el mismo día. Confieso que yo, que en lo más crudo y encarnizado de las batallas, solía ser impávido y veía derramar la sangre de mis semejantes con indiferencia, no pude menos de horrorizarme al presenciar un espectáculo en que sólo se exhibía el abuso de la fuerza, en todo lo que tiene de odioso y repugnante. Las necesidades de la guerra son extremas, y en ella la civilización y la humanidad no pueden hacer oír su voz, sino muy débilmente. Hoy, todavía me arrepiento de haber contribuido con mi voto en aquella ejecución.

Entramos al fin a Popayán, no como en otro tiempo, triunfantes y satisfechos, sino hambrientos y desnudos. Permanecimos allí como dos meses, y en ese tiempo circuló el rumor de que Nariño había sido fusilado en Pasto, noticia funesta para nosotros que tanto lo queríamos, y precursora quizá de la pérdida completa de todas nuestras esperanzas. La consternación fue general y profunda en el ejército, y produjo tal excitación que en el acto se comenzaron a aprehender varios popayanejos conocidos por sus opiniones realistas y por su hostilidad al gobierno de la patria. Se les mantuvo presos mientras se confirmaba la noticia; por fortuna para ellos y para nosotros, no sucedió así, pues de otro modo habrían corrido gran riesgo de ser también fusilados.

Mi situación personal era peor que la de muchos otros de mis compañeros: en la campaña de Pasto había perdido

mi maleta con la poca ropa que tenía, y a esto se agregaba que don Ignacio Torres, el dueño de los malhadados baúles tirados en el camino, hombre duro de corazón, había hecho que se me embargase lo poco que se me daba cada mes de mis sueldos, hasta cubrir el valor de lo que él decía que contenían los dichosos baúles, insistiendo en que yo era el culpable y responsable de su pérdida. No dejé de apelar de esta resolución, y puse mi queja al comandante, que lo era entonces don José María Vergara, pero sabido es el dicho proverbial de que el pez grande se come al chico, y que la hebra revienta por lo más delgado. Se desatendió mi reclamación por ser yo un pobre subalterno, de quien no podía esperarse tanto como de todo un jefe.

Duré algunos meses en la mayor miseria, reducido a aceptar lo que generosamente me cedían de lo suyo los sargentos y cabos. Los demás oficiales tenían media paga y me auxiliaban con algo, aunque muy poco, pero yo, por delicadeza, no me atrevía a molestarlos con frecuencia. Solían brindarme *las onces*, de bizcochuelos y aguardiente, y a veces esto era lo único que tomaba en todo el día. Otras me acogía al rancho de los soldados. No me faltaban en verdad recomendaciones y relaciones en Popayán: don Camilo Torres, mi tío, sujeto que tanto figuró en esa época, me recomendó a las señoras Valencias, familia de las más distinguidas de aquella ciudad, y ellas me recibieron y atendieron, como quienes eran, con finas atenciones y suma bondad, y fueron mi mejor apoyo antes de la expedición a Pasto. No dudo que después de nuestro triste regreso me hubieran atendido de la misma manera: hasta me hicieron

instancias para que continuase aceptando sus servicios, pero yo los rehusé constantemente porque me daba vergüenza, no sólo presentarme en su casa con una traza tan poco decente como la que traía, sino seguir siéndoles gravoso. No obstante, estas buenas señoras, con las precauciones debidas, y para no ofender mi delicadeza, hacían llegar de cuando en cuando a mis manos indirectamente algún obsequio, que yo agradecía con todas veras, como lo agradezco todavía hoy. Sin esto, mi suerte habría sido allí la más desgraciada.

Sin embargo, esta situación angustiosa vino a mejorarse algún tanto, porque un día, habiéndome invitado un amigo mío a comer a una tienda, la patrona, que era una buena señora, compadecida sin duda de ver el estado en que me hallaba, y adivinando que yo era uno de tantos jóvenes que servíamos a la patria por puro amor y entusiasmo, por lo cual, y no por otro interés, habíamos abandonado nuestras casas, familias y comodidades, me propuso que en adelante fuese todos los días a comer a su casa, pero para que este ofrecimiento no tuviese el aire de un favor que me hacía, añadió que la asistencia me costaría muy poco, y en efecto arreglamos el negocio por una pequeña cantidad semanal que yo le pagaría cuando pudiese. El primer mes estuve muy bien, pero viendo que no me era posible conseguir nada para cubrirle algo a la señora, resolví retirarme, para no pensionarla, pues no tenía esperanzas de poder pagarle en mucho tiempo, y me volví a mi pobre rancho y a mis cabos y sargentos. Algunos camaradas me aconsejaban que me asociase con los tahúres, de los cuales

sacaría algún provecho, pero nunca pude resolverme a dar este paso. La buena voluntad con que mis compañeros me ofrecían y partían conmigo su escasa ración me indemnizaba en parte de estos trabajos.

Esto duró hasta que nos retiramos a Cali, donde al cabo de algún tiempo logré cobrar algo de mi sueldo, y se me proporcionaron otras ventajas para pasarlo, si no bien, por lo menos mejor que en Popayán.

XII

Antes de retirarnos para el valle del Cauca, cosa que se había resuelto como única medida de salvación, se mandaron situar en Almaguer varios cuerpos de tropa, como el Granaderos de Cundinamarca, el Antioquia y un piquete de caballería, al mando del teniente coronel Liborio Mejía. Allí comenzó a enfermarse la gente, al punto de llenarse en pocos días el hospital, que fue necesario formar en una iglesia por no haber otro edificio espacioso.

La noticia de los triunfos de los realistas y la destrucción de Nariño habían llenado de entusiasmo a los de aquellos pueblos, que eran muchos, y por dondequiera se organizaban partidas y se daban auxilios a los españoles para completar el aniquilamiento de nuestro ejército. Así fue que, a pesar de nuestra vigilante observación y constantes precauciones, los patianos nos habían sorprendido una noche cayendo sobre nosotros, pero el valor y sangre fría de los nuestros supieron en aquella ocasión hacerles frente, y los rechazamos, no sin esfuerzos, hasta mucha distancia. Al día siguiente se supo que se había organizado y

venía a atacarnos una fuerte expedición bien armada. La operación natural era retroceder y volver a unirnos con el resto del ejército, y así se ordenó y se hizo inmediatamente, con dirección a Popayán. Pero en esta vez las dificultades de la movilización eran mayores por la imposibilidad de llevar a los pobres enfermos, no habiendo bestias ni otro vehículo, y además eso retardaría la marcha que debería ser precipitada. Por otra parte dejarlos abandonados era exponerlos a una muerte segura, no solamente por la falta de cuidado y asistencia en que quedaban, sino también por la crueldad implacable de los enemigos, que a nadie perdonaban. En aquella alternativa se dio orden de marcha y nos pusimos en camino. Daba lástima ver a algunos de aquellos infelices envueltos en frazadas, pálidos y macilentos, que salían casi arrastrándose en seguimiento de su batallón; otros se quedaron en la población, pero al fin todos iban rezagándose escalonados en el camino, unos adelante, otros atrás, según sus fuerzas, y custodiados por unos pocos hombres. Tal era el terror que les inspiraba la ferocidad de los patianos, y la pena que sentían de separarse de nosotros. Los antioqueños sólo pudieron sacar cargado a espaldas al corpulento padre Macario, de San Juan de Dios, que era cirujano. Nuestros temores se habían confirmado: al día siguiente supimos por algunos que escaparon milagrosamente, ¡que TODOS aquellos infelices habían sido bárbaramente degollados!

Cuando llegamos al cuartel general ya estaba dispuesta la retirada definitiva de todo el ejército al Cauca. Con nosotros salieron varias familias emigradas que temían

con razón la saña y venganzas de los realistas. Cuando estuvimos lejos, estos arrancaron el árbol de la Libertad que se había plantado en la plaza, y lo reemplazaron con un *arboloco*, como por irrisión.

La vía que llevamos de aquí para adelante fue muy diferente de las que habíamos recorrido hasta entonces. Apenas pusimos el pie en el pintoresco y ameno valle del Cauca, cambió totalmente la decoración: campos alegres y bosquecillos agradables a uno y otro lado del camino, que en lo general era llano, sombreado por elegantes árboles y refrescado por aguas puras. Aquel era un paraíso, tanto más delicioso para nosotros, cuanto mayores habían sido las penalidades y fatigas que habíamos tenido que sufrir durante mucho tiempo por ásperas montañas y riscos inaccesibles. Pero lo que coronaba todo este cuadro y hacía más agradable el hermoso contraste era la hospitalidad de los habitantes de aquella comarca, que por dondequiera nos recibían bien. Desde el llano de Cañasgordas alcanzábamos a descubrir un monte espeso, que supimos era de árboles frutales, y a medida que nos íbamos acercando distinguíamos perfectamente las palmas de coco, que parecían brindarnos desde allá sus ricos frutos. Todo está compensado sabiamente en la vida: después del desierto, la tierra de promisión que mana leche y miel; aquella lo era, en efecto, para nosotros, y sólo sentíamos la pérdida de muchos de nuestros compañeros, y muy especialmente de nuestro general Nariño, cuya suerte ignorábamos.

Detrás de ese enjambre de esbeltas palmas se dibujaban a lo lejos las torres blancas de una población considerable.

Cali y sus alrededores eran el hermoso paisaje que teníamos a la vista, llenos de gozo. He omitido referir todos los incidentes de esta marcha por no extenderme demasiado; las mutuas felicitaciones que nos dábamos y el placer que tendríamos en atracarnos de sabrosas frutas, ya se lo figurará fácilmente el lector que haya sido soldado, o hallándose en circunstancias semejantes a las nuestras. Por lo demás, ningún contratiempo experimentamos, ni de parte del enemigo, ni de parte del clima o de los habitantes.

Llegamos al fin a Cali y entramos a tambor batiente y llenos de satisfacción en aquella bonita ciudad, donde nos dieron por cuartel el hermoso edificio de la fábrica de aguardiente. Vivíamos allí contentos, pero ¡qué cierto es que el militar necesita una vida activa y penosa, siempre en el *vivac* o en el combate, para no enervar sus fuerzas físicas y morales, y para no estar expuesto a peligros de otro género, muy diversos de los que corre en la guerra! Al principio las cosas iban bien, pero no pasó mucho tiempo sin que se suscitaran motivos de disgusto entre la tropa. Esta es la parte más triste de la presente historia y la que me duele más referir, porque ella es la sombra que empaña el lustre de ese hermoso ejército, valiente, sufrido, disciplinado, obediente y moralizado, que podía servir de modelo a todos los demás que se formaran en la República. Durante algún tiempo se nos pagaron puntualmente nuestros sueldos y raciones, pero los recursos comenzaron a escasear, y los pocos que podía suministrar aquella población, donde no había muchos fuertes capitalistas que hiciesen empréstitos, al paso que de Cundinamarca

nada se nos remitía, ni menos de Popayán, se agotaron bien pronto, por lo cual mientras se aguardaban contestaciones de Santafé, se suspendieron los pagos y comenzamos a pasar trabajos. La tropa, sobre todo, que estaba ociosa, empezó a disgustarse y a murmurar, y por fin algunos mal intencionados que desearían volverse a sus casas se pusieron a instigar a los soldados para que hiciesen una manifestación amenazante. Estos síntomas de desagrado no pasaban inadvertidos para los jefes y oficiales, pero no llegó a temerse que aumentaran. Sin embargo, las cosas vinieron a tal extremo que los sargentos y cabos del batallón Granaderos lograron sublevarlo, y para ello aguardaron la ocasión oportuna de que le tocase montar guardia a un teniente a quien llamaban "el Manco" Otero, que era a propósito para el efecto por su inclinación a la bebida. Una noche lo embriagaron estando de guardia, y salió el batallón sigilosamente del cuartel, comandado por un sargento Mendoza, y emprendió marcha.

Al amanecer lo supieron el mayor general Cabal, Nariño, don Ignacio Torres y otros oficiales, y montando los jefes en buenos caballos, en breve tiempo alcanzaron al cuerpo fugitivo, el cual obedeció a la voz de ¡*alto*!, —¡lo que hace la disciplina y el hábito de la obediencia!—. Llamaron aparte a Mendoza y demás sargentos y tuvieron con ellos una conferencia. Después de persuadirlos de los funestos resultados de un paso imprudente que no podía menos de producir un escándalo y completar la desmoralización y entera disolución del ejército, lo que sería para los realistas un triunfo moral mucho más importante que

el que habían obtenido con las armas, los sublevados se dieron a partido y convinieron en que, si se les pagaba algo de sus sueldos atrasados, volverían, pues no era justo que se les tuviese casi literalmente pereciendo de hambre. Los jefes prometieron que así se haría, y entonces contramarcharon todos.

La vía que habían tomado era la de Llanogrande, en dirección para la montaña de Quindío, con el objeto de venirse para Santafé, lo que era una empresa temeraria, pues un viaje tan dilatado para un cuerpo de tropas por extensos y fragosos desiertos, como el Quindío, donde no era fácil proporcionarse víveres ni ninguna especie de auxilio, era materialmente imposible.

Al salir los jefes en busca del cuerpo habían dejado orden para que el batallón Cauca marchase también poco a poco detrás de ellos, previendo tal vez que los otros no quisiesen ceder a las insinuaciones privadas, y fuese preciso imponerles algún respeto. Cuando los insurreccionados vieron venir a lo lejos al batallón Cauca prorrumpieron en quejas, y tomando una actitud amenazante, comenzaron a distribuirse en guerrillas. El otro cuerpo hizo alto y, descansando armas, formó pabellones y así desarmados los soldados se acercaron a sus compañeros y los persuadieron de que su objeto era ir de paz a rogarles que abandonasen tan temeraria empresa. Al fin los oficiales lograron reducirlos, y regresaron juntos en la mejor armonía.

XIII

De vuelta a Cali se tuvo noticia segura de que se acercaba un ejército de 2.500 españoles, al mando del general Vidaurrázaga, noticia que se confirmaba por momentos. El general Cabal dispuso que el batallón Socorro se situase como descubierta en el camino de Quilichao para que, en caso necesario, entretuviese la fuerza de vanguardia que traería el enemigo, mientras se tomaban posiciones y se organizaba la defensa. Al tercer día, antes de aclarar, llegó un posta que pedía auxilio de tropa, porque el Socorro estaba batiéndose con una fuerza considerable del enemigo. En el acto marchó el batallón Granaderos de Cundinamarca a paso redoblado. Cuando llegamos cerca de Quilichao ya se oía el fuego a poca distancia y venía el Socorro en retirada, acosado por el enemigo. La presencia del Granaderos reanimó a la gente y habiendo avanzado juntos, los realistas se retiraron. Entramos a aquel pueblo a las siete de la noche. Es probable que los realistas nos dejaran entrar intencionalmente para darnos después una sorpresa, como en efecto sucedió.

No tomamos cuarteles, sino que el general dispuso que hiciéramos alto en la plaza para estar todos en vigilante expectativa, y en un caso dado no hubiese confusión ni tiempo que perder. Pero el día entero había sido de fatiga, no habíamos comido ni dormido, y todos estábamos abrumados de cansancio. Desde que salimos de Cali me sentía yo con fiebre, y esta aumentó con el calor del sol y la lluvia que nos cayó después; así fue que cuando entramos a Quilichao ya estaba postrado, y casi había perdido el sentido. Me era imposible tenerme en pie, por lo que apenas llegamos a la plaza, me arrimé a la puerta de una casa y me senté en el umbral, más muerto que vivo; sólo recuerdo que al apoyarme en ella, se abrió, y yo caí de espaldas. Entonces vinieron gentes que había dentro, y, aunque al principio me creían ebrio, luego se persuadieron del estado en que me hallaba y, compadecidos, me alzaron y llevándome adentro colocaron en una cama. De aquí para adelante no volví a saber lo que pasaba, pero después de medianoche, en que me despejé un poco, sentí un ruido infernal, detonaciones de fusilería, voces, carreras; yo creía que era efecto de mi delirio, pero el movimiento que noté en la casa, el terror de las personas que allí estaban, todo me hizo comprender la realidad, y oí gritar distintamente en la plaza: «¡Viva Fernando VII!». Quise incorporarme y tirarme de la cama, para ir en busca de mis camaradas, pero mis buenos huéspedes me lo impidieron, y las fuerzas me faltaron. Al amanecer supe que todos se habían retirado, y que sólo quedaba en la población una partida de realistas.

Al día siguiente me sentí mejor, gracias a la gran cantidad de agua con azúcar y naranja que me habían hecho beber, y a otras aplicaciones prontas y oportunas que me cortaron la fiebre. Mi ansiedad no podía ser mayor e instaba por salir, pero mis huéspedes no me permitieron moverme: el pueblo había quedado en poder de los realistas, y era seguro que al salir de la casa habría sido preso o muerto sin mérito alguno: morir combatiendo es glorioso, pero morir asesinado alevosamente es cosa muy triste. Pasé la noche siguiente más tranquilo y al amanecer me dijo el que parecía jefe de la familia: «Vamos a salir porque usted quizá no está del todo seguro aquí; ya va a aclarar el día y es el momento oportuno para ver si puedo ponerle a usted en salvo. Si encontramos gente no hay que manifestar temor, sino marchar resueltamente, y a las preguntas que nos hagan yo contestaré por los dos». Y diciendo esto me puso una ruana y un sombrero, y salimos. Todavía sentía la falta de fuerzas en las piernas. No sabía qué admirar más, si el valor y la serenidad de este buen hombre, o la benevolencia y caridad con que me trató, sin conocerme; era el sacristán de la única iglesia que había. Jamás he olvidado ni olvidaré tanta bondad.

Cuando salimos a la plaza todo estaba en calma y reinaba por todas partes el silencio. Cerca del altozano había un grupo de hombres acostados y dormidos sobre los morrales; el que estaba de centinela preguntó: «¡Quién va!», a lo que contestó mi compañero: «Somos los sacristanes». Con esto seguimos sin tropiezo, él abrió la puerta de la iglesia y la volvió a cerrar cuando estuvimos adentro. Cerca de la

sacristía había un altar hueco, que tenía una puerta lateral casi invisible. «Aquí queda usted por ahora seguro», me dijo, «mientras llega el momento de escaparse; entre usted aquí, tome estos bizcochos, y ¡adiós!». Me dio, en efecto, pan, dulce, bizcochos y una botella de guarapo, y haciéndome entrar entornó la puerta, y se fue. Yo me instalé lo mejor que pude, sentándome en unas tablas, y atrancando bien la puerta, y como el altar estaba desnudo y tenía por encima unas anchas rendijas, me entraba suficiente luz por una ventana para ver lo que comía, y suficiente aire para respirar.

El día no lo pasé tan mal porque, terminada la misa y demás oficios, el sacristán salió y cerró la iglesia, y yo entonces pude también salir de mi escondite y dar un paseo por ella, mirando los malos cuadros que la decoraban y estirando mis entumecidos miembros, pero al más leve ruido que oía volaba a mi cueva, ni más ni menos como un ratón que huye. Mi temor durante la misa era que me viniese alguna tos o estornudo que pudieran denunciarme. La noche fue cruel, pues la cama que tenía eran las duras y movedizas tablas, y la cabecera un par de ladrillos, no más blandos que aquellas, pero siquiera más frescos. Un nuevo trabajo se añadió a estos y fue que a medianoche comencé a sentir una sed devoradora; salí del escondite y bajé hasta la puerta, a la muy escasa luz de la lámpara que apenas iluminaba un corto espacio. Casi a tientas llegué a la pila del agua bendita, de la cual bebí como pude, y me pareció deliciosa no obstante la mucha mugre que debía tener, porque como dicen, «con buena hambre no hay mal pan».

No dejé de santiguarme con ella y bajé hasta la puerta, y sintiendo que había gente en el altozano me puse a oír lo que conversaban. Dicen que el que escucha su mal oye, y así me sucedió a mí, pues entre mil improperios e injurias que los soldados vomitaban contra los patriotas, alcancé a oír que decía uno: «En el pueblo deben haberse quedado algunos insurgentes», y otro agregaba: «Esta madrugada entraron dos personas a la iglesia y no salió más que una», lo cual me puso en gran cuidado, creyéndome ya descubierto. También oí decir que ese día quedaría franco en Quilichao el batallón Pasto. Corrí de nuevo a mi altar casi en la oscuridad. Si yo hubiera sido pusilánime, o hubiera tenido miedo a los muertos, en vez de tenerlo a los vivos, o hubiese creído en espantos, me habría sobrecogido con el ruido de mis propios pasos, o con mi sombra, que se proyectaba en las paredes, y aun con el chisporroteo de la intermitente lámpara. Cada cuadro me habría parecido una alma del purgatorio y cada estatua un espía que me acechaba.

No pude conciliar el sueño, y fastidiado de estar en aquella sepultura, volví a salir. Al ver que la luna menguante comenzaba a enviar sus rayos por las ventanas, me subí al altar y con poco esfuerzo trepé a la que estaba encima. Desde allí, y a la misma luz, descubrí el Campo Santo o cementerio, cuyas mil cruces de todos tamaños y montones de piedras no eran una vista muy agradable para mí en aquella situación. Allí permanecí largo rato, hasta que el toque de diana de los tambores me hizo comprender que ya venía el día, y bajando prontamente fui a esconderme.

Volvió a abrirse después la iglesia y el capellán de la tropa vino a decir misa, terminada la cual salió la gente; entonces mi buen sacristán vino a buscarme y a traerme comestibles para ese día, diciéndome que por la noche me sacaría y me llevaría fuera de la población, con advertencia de que me dirigiese a Caloto, desde donde vería el campamento de los patriotas, que decían estaba en el llano del Palo, y me dio otras varias instrucciones para poder escapar con felicidad.

A las siete de la noche volvió a buscarme y salimos; no había gente en la plaza, pero sí patrullas por las calles, que daban el «¡quién vive!». Pusimos cuidado para oír lo que respondían los transeúntes y eso mismo contestamos nosotros cuando nos preguntaron.

Después de no pocos sustos salimos del poblado, y mi amigo me llevó por el camellón de Japio, hacienda de los señores Arboledas, acompañándome largo trecho, y al fin me dejó, manifestándome el mucho sentimiento que le causaba abandonarme, pero que no le era posible continuar más adelante, y volvió a darme las instrucciones necesarias sobre lo que debía hacer. Di las más sinceras gracias a este buen amigo que me había deparado el cielo en los momentos más angustiosos; le abracé y me separé de él con verdadera pena, deseando poder pagarle algún día tan importantes servicios. Es verdad que en la guerra no están en proporción los sufrimientos con las satisfacciones, pero las pocas de estas que se experimentan compensan aquellos con usura. Un beneficio recibido a tiempo deja un consuelo y una impresión más duraderos que las penas

y afanes de una campaña; tal vez porque los momentos de placer son raros como los toques fuertes de luz en la pintura, y por esto hacen agradable contraste con el fondo oscuro y sombrío en que está pintada la vida del soldado.

XIV

Seguí mi camino a buen paso, solo, pensativo y no poco alarmado con los peligros que mi imaginación me presentaba. Por fortuna la noche estaba estrellada y serena, y el camino era bueno. Veía algunas luces a lo lejos, como en la falda de una pequeña colina, y a proporción que me fui acercando conocí que eran hogueras, por delante de las cuales pasaban y repasaban algunos hombres como fantasmas. No sabiendo lo que podía ser, me desvié del camino y di en una ciénaga llena de mogotes donde me sumergí hasta la rodilla, y en ocasiones hasta más arriba; caminé por ella largo tiempo y con mucha precaución, porque dondequiera que ponía el pie temía hundirme enteramente. Cuando ya dejé atrás las hogueras, que después supe eran de una avanzada que estaba en la hacienda, volví a tomar el camino, y después de andar largo trecho, me amaneció cerca de Caloto, desde donde alcancé a ver nuestro campamento. Antes de llegar a él, en un sitio llamado Pílamo, estaba de avanzada el teniente Serrano, del Socorro, con un destacamento; me le

presenté y él me abrazó y celebró mucho mi resurrección, pues me creía muerto.

Enseguida me presenté a los jefes, entre los cuales estaban Serviez y Montúfar, que ya en Quilichao se habían reunido felizmente con nuestro ejército, tomando el primero de ellos, como coronel, el mando de una división. A las preguntas que me hicieron, satisfice de la manera que queda expuesta; en el acto fui restablecido en mi puesto, en que me habían dado de baja, pues todos mis compañeros me tenían por muerto o prisionero —que era lo mismo—. Verdaderamente no sé cómo escapé en aquella ocasión de tantos peligros diferentes. La Providencia quiso conservar mis días, y me los conserva todavía, después de sesenta años que hace tuvieron lugar estos acontecimientos.

Cuando paso revista en mi memoria a todos ellos, y se va desarrollando delante de mí ese extraño cuadro, me parece que todo ha sido un sueño, pero un sueño que acaba de pasar.

El campo del Palo estaba fortificado con algunas trincheras, pero no tan fuertes que pudieran hacerlo inexpugnable. A los dos días de mi llegada se dio aviso de haberse divisado a lo lejos una avanzada del enemigo, y comenzaron a tomarse disposiciones para la defensa. Yo también, por mi parte, arreglé mi bandera y me dispuse a enarbolarla de nuevo, como en días más felices. ¿Pero qué había sido de esa querida prenda, que compartía siempre conmigo los peligros de los combates, y a cuya sombra dormía yo contento en los vivaques, que me defendía en ocasiones de los ardores del sol, y refrescaba mi frente, batiendo sus

alas sobre ella, y regalándome con un vientecillo delicioso? Esto merece una historia aparte.

Cuando en la funesta jornada de Pasto nos vimos enteramente derrotados, y el mismo intrépido Nariño, perdida toda esperanza, se retiró con unos pocos que le seguíamos de cerca, descosí o, más bien, desgarré la tela como pude, tiré el asta a la que estaba adherida, quitándole primero la moharra o lancilla, me envolví con ella la cintura, a manera de banda, y coloqué en aquella, como en un cinturón, la misma lancilla. Así hice toda la retirada, y jamás abandoné mi banda, en que estaban bordadas las armas de Cundinamarca, a saber: un águila de dos cabezas, sosteniendo una granada con una de las garras y un carcaj con la otra. La dichosa bandera estaba ya más rajada y destrozada que las hojas de un platanal; tantas eran las heridas que había recibido y los trabajos que había pasado, sufriendo lluvia y sereno, y pasando por entre bosques y malezas. Cuando mis bondadosos protectores de Quilichao me recogieron y acostaron para atender a mi enfermedad, probablemente me despojaron de mi bandera, pero antes de marchar tuve cuidado de reclamarla y volver a ceñírmela al cuerpo, con doble vuelta y nudo estrecho, dejándoles en cambio mi morrión y demás prendas militares que de nada me servían ya.

La historia de estos amores platónicos y algo románticos era necesaria, porque sin ella cualquier lector curioso o maligno, al ver que yo volvía a izar mi antiguo pabellón, después de tantas cuitas y lances como he referido, podría aplicarme aquello del burro de Sancho Panza, el

cual, después de que se lo robaron, volvió a figurar en la historia del andante escudero, sin haberse explicado su hallazgo.

Los realistas se fueron presentando sucesivamente; traían banderas coloradas y una negra que indicaba sin duda guerra a muerte: no necesitaban anunciarlo porque de hecho puede decirse que estaba declarada, puesto que ellos no nos daban cuartel, y hasta a los enfermos indefensos los sacrificaban bárbaramente. Se movió su ejército y vino a acampar enfrente de nosotros, a tiro de cañón; allí estuvieron dos días en observación, y confieso que era imponente la diana que tocaban sus bandas de música. Al tercer día dieron parte a Serviez de que se habían pasado al enemigo un sargento y un soldado de los nuestros; en el acto que tuvo esta noticia dio orden de que el parque, que estaba en las barracas de abajo, se trasladase a las de arriba, previendo lo que en efecto sucedió, que los pasados dijesen al enemigo en qué parte se hallaba.

Estando en esta situación se descubrió en la cima del cerro que domina a Caloto y separa el valle de Neiva del Cauca un cuerpo de tropas. Puestos los anteojos de campaña, se descubrió que era un batallón que de Neiva había venido por Tierradentro en auxilio nuestro, y al mando de don Miguel Malo. Era este un jefe valiente, que ya había sido herido en el paso del Juanambú. Inmediatamente se le envió aviso de que bajase por el puente del río del Palo, pero este se había caído y tuvo que tomar el camino de Pílamo para reunirse con nosotros, lo que ejecutó con valor, pues tenía que pasar por cerca del enemigo y expuesto a

ser atacado. Este cuerpo constaba como de 400 hombres, que entraron en combate al día siguiente.

A las cinco de la mañana se oyeron por el lado de Pílamo tiros de la avanzada, y la voz de «el enemigo está en el campo». Antes de entrar en batalla, llegaron los proveedores con zurrones de aguardiente para repartir a los soldados; mi compañía, que era, como siempre, la 2.ª de Granaderos, mandada por el capitán Higinio Camacho, tomó distancias de fila, y en una *totuma*, porque no había otra vasija, nos repartieron sendos tragos. La dosis que yo me eché a pechos debió de ser más que regular, pues me sentí bastante alegre, y en verdad que lo necesitaba, porque, convaleciente todavía de la fiebre, había menester adquirir fuerzas artificiales para entrar en combate. Un sargento había hecho lo mismo que yo, y a poco rato me decía: «Mi alférez, esas trincheras que usted ve allá, no son trincheras, sino el enemigo formado en batalla, y tenemos que parar muy seco, porque los godos han declarado la guerra a muerte». «Y para parar seco», decía otro, «es para lo que nos hemos mojado el gaznate».

Nos preparábamos ya a entrar en combate, cuando una de las voluntarias que estaban a las orillas del río del Palo preparando los alimentos para los soldados vino corriendo y gritaba: «¡General Serviez, el ejército está cortado!, viene gente por la espalda». En efecto, veíamos por la cumbre del otro cerro, a cuyo pie corre el río, una partida como de 200 hombres que se dirigían hacia nosotros. En el acto se destacó otro cuerpo nuestro, y en el paso del río atacó a la gente de Joaquín de Paz, el famoso jefe de los patianos,

que era el que los mandaba. El mismo Paz murió con su caballo al pasar el río, con otros muchos de los suyos, y los demás huyeron y se dispersaron.

Llegó por fin la hora de la pelea con el ejército enemigo. Al toque de marcha avanzamos divididos en tres columnas, quedando la caballería al pie de una loma para aguardar su turno. Se rompió el fuego de una y otra parte por hileras, y a poco se hizo tan general y tan vivo que ensordecía, a lo cual se agregaban el incesante tocar de las bandas y tambores. Como no corría viento, la inmensa masa de humo se había aplanado y no podíamos vernos unos a otros; yo avanzaba siempre, pero sin saber si me acompañaba mi gente y en medio de esta confusión sentía silbar las balas por sobre mi cabeza, y muchas veces el ruido que hacían al rasgar la bandera, la cual acabó de volverse trizas aquel día. Varias veces tropecé con los cadáveres y heridos que estaban tendidos en el suelo, y cuando el humo se disipó un poco, vi que algunos de ellos eran del enemigo, lo que me probaba, o que iban en retirada, o que yo había avanzado demasiado hasta meterme en sus filas; tal era la confusión, el caos en que me veía envuelto, sin darme cuenta de lo que pasaba.

Fue tal el ímpetu con que acometió nuestra gente, y el ánimo y ardor con que peleó, que en poco tiempo quedaron arrollados y deshechos los batallones realistas, operación que vino a completar muy oportunamente la caballería, al mando del francés Dufaure. Esta acción de guerra fue sin duda una de las más notables y reñidas de aquella época, y de las más importantes por sus consecuencias, pues por entonces quedó pacificado el Cauca y libre de enemigos.

No obstante esto, su nombre se ha quedado casi siempre olvidado entre los pliegues de la historia patria, y es una de las menos afamadas. Esto ha provenido sin duda de la falsa creencia de que, prisionero Nariño en Pasto, y destrozado el ejército que condujo hasta allá, la gente dispersa que había quedado nada podía hacer digno de mención. Pero los hechos hablan: ellos no han podido ser ignorados, y si lo han sido, culpa es de la Historia, encargada de recogerlos.

La importancia de las batallas no debe medirse por el número de combatientes, ni por el de muertos, heridos y prisioneros, ni por la duración de ellas, sino por sus consecuencias y por los resultados ulteriores que producen, o sea por su influencia en la terminación de la guerra y sometimiento de uno de los beligerantes.

Sabido es que Boyacá, por ejemplo, no fue una batalla de grandes proporciones, ni de larga duración. Otras se dieron entre ejércitos muy considerables y fueron más encarnizadas, y, sin embargo, esta fue la que puso el sello a la independencia de Cundinamarca y decidió por completo de la suerte de la dominación española en todo el país.

En la retirada de los realistas, después de esta derrota, iban quedando abandonados los equipajes, las armas, pertrechos y bagajes, y nuestros soldados comenzaron a apoderarse de todo esto, a abrir las petacas y *guchubos*, pero Serviez los contuvo diciéndoles que luego tomarían todo eso, y que lo que más importaba por lo pronto era seguir en persecución de los derrotados, antes de que intentaran rehacerse. La gente era tan subordinada que obedeció al

momento. Cerca de un sitio que llaman Alegrías, se vio una partida que tal vez no había entrado en pelea, y preguntó Serviez qué gente era esa; uno de los prisioneros que llevábamos contestó que eran unos cincuenta patianos. «¡Bien, pues!», agregó Serviez, «que vayan cincuenta hombres a perseguirlos». «¿Y aquellos otros?», volvió a preguntar, mostrando otro grupo. «Esos son limeños y quiteños; irán como cien hombres». «Pues que vayan otros cincuenta hombres a traerlos». Así se hizo, y en efecto, en la persecución se rindieron muchos de ellos y los trajeron prisioneros.

XV

Retrocedimos a Quilichao —hoy Santander— y estando en la plaza pasaron por cerca de mí el coronel Montalvo y el entonces teniente José María Córdova, que después fue el héroe de Ayacucho, y más tarde la infeliz víctima de su mal aconsejada precipitación y falta de juicio; al verme se detuvieron y comenzaron a felicitarme por lo bien que me había portado en la acción, ponderando mi intrepidez, y serenidad. No supe qué contestar a tan inusitadas lisonjas, y luego que se separaron dije al capitán Camacho que yo extrañaba las palabras de esos señores, puesto que hasta entonces no habían hecho caso de mí, ni me hablaban, a lo cual me contestó: «No lo extrañe usted, pues ciertamente ha llamado la atención el arrojo con que el abanderado se metió en medio de los dos fuegos. ¿No oía usted gritar: "¡Sigan esa bandera!, no la dejen sacrificar"?». «Mi capitán», le contesté, «sin duda no era yo el arrojado: el trago que me hicieron tomar antes de la batalla fue el que me dio ánimo, y así él es quien merece las alabanzas. ¡Cuántos generales en el mundo entero y

en todos tiempos no han debido su fama de héroes a un buen trago tomado a tiempo, y después se han acostado a dormir sobre sus laureles!».

Cuando regresamos a explorar el campo tuvimos noticia de que los *aficionados*, o, como los llaman hoy, *clérigos sueltos*, de Cali, se habían llevado el botín. Eran estos una turba de conversadores y *chisperos*, de esos que suelen infestar los pueblos, sobre todo en tiempo de guerra, y que se presentan después de una acción, haciendo el papel de héroes y refiriendo haber cogido prisioneros por centenares, cuando en realidad los prisioneros han sido los relojes, cadenas, anillos, caballos, pistolas, dinero y demás que pertenecía a los infelices muertos, de que los despojan a mansalva. Parece que lo mismo sucede en todos los países, y que esta especie de *zamuros* siguen siempre a los ejércitos, como aquellos pájaros que acompañan al ganado para pillar los animalitos que este hace salir de la hierba al rumiar. Sobre este punto he deseado siempre dos cosas: que a cada ejército siguiese un cuerpo de policía neutral que impidiese tales depredaciones, y que alguno de tantos escritores elegantes como tenemos, describa el tipo de estos zánganos en un artículo de costumbres. Los *aficionados* de Cali en esta ocasión salieron a caballo, y en el Palo se colocaron a una distancia respetuosa, donde poco riesgo había, después de haber hecho en el monte una trocha para escapar por ella en caso de que se perdiese la batalla.

Pero dejemos tales miserias, como que son escenas secundarias, y repitamos que esta acción, aunque poco sonada en la historia, fue de las más reñidas, según puede colegirse por

el gran número de muertos y heridos, principalmente de los realistas, y por los muchos prisioneros que se tomaron. Nosotros perdimos como cien hombres, entre ellos el valiente y talentoso alférez Lagos, fuera de los heridos. Después de la acción, el general Montúfar hizo fusilar a algunos españoles que él había conocido en Quito, en lo cual, la verdad sea dicha, hubo algo de venganza personal, pues que eran de los que allá lo habían puesto a él preso. En esta acción tomaron parte y se distinguieron varios jefes u oficiales caucanos, entre los cuales recuerdo a los Micoltas, Murgueitios, Matutes, Rengifos, Garcías, Holguines, Delgados y otros. También se hallaron los señores Francisco y Luis María Montoya, de Antioquia, y se hicieron muy notables por el valor y serenidad con que combatieron en esta reñida acción.

Permanecimos en el campo del Palo siete días, y no podíamos ya sufrir la fetidez de los cadáveres que habían quedado sin sepultar, aunque se trabajó mucho en esto. Entre las cosas particulares que vi entonces, me interesó en extremo la siguiente, que recomiendo a los que se ocupan en recoger y escribir acciones nobles de algunos animales.

Habían notado los soldados que un perro aullaba de continuo, escarbando la tierra con afán en cierto punto, y habiéndose acercado reconocieron al perro, llamado Coral, del teniente Jaramillo, de Antioquia, al cual seguía por dondequiera el fiel animal, y era el compañero inseparable del ejército. El pobre Coral pretendía desenterrar el cadáver de su amo, muerto en la última gloriosa acción, o por lo menos verle por la última vez. Como ya tenía medio descubierto el cuerpo, se le hizo cubrir de nuevo, pisando la

tierra, y se puso un gran montón de piedras sobre la sepultura, pero el fiel perro, subiéndose sobre ellas, permaneció allí, aullando siempre, hasta que murió de hambre, pues no quiso volver a comer. En vano nos esforzábamos todos por aliviar su dolor, ofreciéndole parte de nuestra ración: ¡nada pudo consolarlo!...

Esta tierna escena presentaba el aspecto de un monumento vivo, más bello y elocuente que muchos mausoleos de mármol.

La herida que recibió el teniente Jaramillo en esta acción no fue de gravedad, según lo declaró el cirujano cuando lo reconoció en la barraca adonde le habían conducido con otros heridos. La bala le había lastimado una pierna en la espinilla, sin romper el hueso, ni hacerle otro daño, pero Jaramillo era de un temperamento extremadamente nervioso, y fue tal la impresión que le hizo el dolor que sufría, que sin duda le atacó el tétano, pues al día siguiente se le halló muerto.

De aquí siguió el ejército su contramarcha para Cali, según las disposiciones y el plan de los jefes, conduciendo la multitud de los prisioneros, y después de descansar allí un poco y proveerse de todo lo que era necesario, continuó para Popayán, adonde llegamos sin contratiempo ni suceso digno de mencionarse, sino son los generales del estropeo, desnudez y escasa ración, cosas todas con que ya casi nos habíamos familiarizado. Los trabajos mismos y privaciones como que nos hacían más fuertes, y por consiguiente más capaces de resistirlos, y esta es una de las pocas ventajas que trae consigo la vida militar.

Al cabo de algunos días fue destinado a Almaguer, con el batallón Granaderos de Cundinamarca, el Antioquia y un piquete de caballería, a órdenes del teniente coronel don Liborio Mejía. Funesta fue para nosotros la permanencia en aquel punto: la gente comenzó a enfermar en términos que hubo necesidad de arreglar un hospital, y como el número de enfermos era cada día mayor, se trasladó aquel a una iglesia o capilla espaciosa, hasta que al fin nos hicieron regresar después de algún tiempo.

XVI

El punto de Timbío era importante, y así se mantenía siempre en él un destacamento al mando de un oficial subalterno. Este nombramiento se hacía por sorteo, por ser un servicio de sumo peligro, pues varias veces había sido ya sacrificado el destacamento por los patianos. A la tercera vez que debía renovarse me tocó a mí la suerte, y el día que salimos para aquel punto decían mis compañeros: «¡Adiós del abanderado! ¡Ya no le volveremos a ver!». Yo iba en la misma creencia, pero confiaba en mis propios recursos, y sobre todo en la vigilancia extrema que me proponía tener para evitar una sorpresa, que era todo lo que había habido en los casos anteriores.

Al entrar al pueblo un hombre caritativo se me acercó y me aconsejó en voz baja que no fuese a llegar a cierta tienda que me mostraba, porque allí habían envenenado en aguardiente a dos soldados de uno de los destacamentos que habían ido antes. Sin embargo, como era la única tienda que había bien surtida, me dirigí a ella, después de haber dejado acuartelada mi gente en un tambo fuera de la

población. Me agradaron mucho la ventera y sus dos hijas, que me recibieron con mucho cariño. Al ver su amabilidad y buenas maneras, creí que aquel hombre me había dado un informe falso o equivocado: no era posible que estas buenas mujeres fueran capaces de cometer un delito, doblemente feo por la traición y abuso de confianza que encerraba. Arreglé con ellas mi manutención, durante el tiempo que había de permanecer, y cuando entraba al pueblo era su tienda la única tertulia que tenía. Para acabar de captarme su voluntad hacía algunos dibujillos con mi tinta de China en pedazos de papel que ellas me daban, y se los regalaba, con lo cual quedaban contentísimas.

Había yo descubierto en el curso de nuestras conversaciones íntimas —pues ya tenían mucha confianza conmigo— que eran realistas, y me ocurrió hacerles creer con mucho disimulo que yo no iba sirviendo voluntariamente, sino por compromiso. Esta política, o más bien diplomacia era necesaria para asegurarme de que, si en efecto, tenían las entrañas que me había dicho aquel hombre, no fueran a envenenarme o traicionarme. Por supuesto me guardaba mucho de hablarles contra los españoles, y más de hacerlo contra los patianos y pastusos. Así pasaron algunos días sin novedad y cada vez en mejor armonía con mis venteras. De esta manera había logrado saber indirectamente que se preparaba en Pasto una expedición contra nosotros quienes habían sorprendido a los demás destacamentos y otras varias cosas que me era muy útil saber.

Llegué a inspirarles tal confianza, y aún más, tal cariño e interés, y me tenían por tan suyo, que un día que estaba

solo con la madre, me dijo esta con misterio: «Tengo que hablar con usted, sobre una cosa muy reservada:

«Sabrá que corren mucho peligro tanto usted como su destacamento, y creo que debo advertírselo por el interés que tengo por usted.

«—¡Y yo por qué! —le dije—; teniéndolas a ustedes por protectoras nada tengo que temer.

«—Pues bien —agregó la señora—, Simón Muñoz, alias "Chaqueta", está en la venta de La Horqueta con más de ochenta hombres, y el miércoles a las diez de la noche viene precisamente a sorprenderlos.

«—¿Y usted lo sabe como cosa segura?

«—Cuando se lo digo a usted es porque lo sé. Siempre que han venido con el mismo objeto se han anticipado a avisarme para que les prepare una buena cena, y les dé noticias de lo que hay por acá, dónde está el destacamento, cuántos hombres tiene, qué clase de gente es, quién la manda y, en fin, todo lo que pueda convenirles saber.

«—Agradezco a usted mucho su bondad —le dije—, y el interés que por mí toma: no esperaba menos de su buena amistad; y ya que usted me hace esta confianza, yo le diré que, si ustedes consienten en ampararme en su casa, me comprometo a hacer que los soldados se dispersen y que ustedes me presenten al comandante de la partida que venga.

«—¡Convenido! —replicó—: lo haremos con el mayor gusto».

Inmediatamente me despedí, fui a buscar al sargento Ramírez y le referí, en la mayor reserva, lo que acababa de saber. Él me dijo que, siendo así, lo más prudente era

retirarnos con tiempo porque no podríamos hacer frente si no pedíamos que se reforzase el destacamento, y ya no era posible hacerlo porque el tiempo era muy corto, y no alcanzaría a llegar oportunamente el auxilio. Le repliqué que de ninguna manera convendría que nos retirásemos, y que sería el primer destacamento que lo hiciera, habiendo sucumbido todos y en menor número que nosotros. Además, agregué, yo tengo formado mi plan, y es el de prevenir su sorpresa con otra sorpresa y ganarles de mano. Le expliqué en pocas palabras el plan y le pareció tan bueno que se entusiasmó con él.

La gente que teníamos era muy escogida, toda del batallón Granaderos de Cundinamarca. Los reunimos y los impusimos bien del peligro de un próximo ataque y del plan formado para frustrarlo, y los ensayamos perfectamente para lo que debían hacer. Llegado el día terrible fui a la tienda de mi patrona, y la impuse, también en reserva, de otro fingido plan que tenía para salir bien en mi empresa, y en que esperaba que ella me ayudase: ese plan es, le dije, emborrachar a los soldados, después de haberlos distribuido en diferentes puntos distantes para que así no vayan a ser sacrificados y cuando se vean solos huyan al llegar los enemigos. Que al efecto necesitaba de una docena de botellas de buen aguardiente. Ella me las dio y me advirtió que a las ocho de la noche, a más tardar, me aguardaba en su casa, según lo convenido. Me fui luego para el tambo donde estaba la tropa, y después de haber dado a cada soldado un trago, fueron saliendo de uno en uno, según mis órdenes, a colocarse en ala, y a cortas distancias, en un espeso y alto matorral a la salida del pueblo, que era el punto de entrada

de los enemigos. Había también en aquel sitio algunos árboles coposos que hacían sombra y ocultaban más a los soldados. El sargento Ramírez debía formar en el un extremo de la línea, del lado del pueblo, y yo en el otro, para dar a un tiempo las órdenes.

A las ocho volví a la tienda para cumplir mi palabra y dije a la patrona: «Todo está bien, los soldados están distribuidos y han tomado lo suficiente; sólo deseo que los traten bien». Ya cerca de las diez volví a salir, diciendo a la señora que iba a dar un nuevo vistazo a la tropa, no fuese que mi ausencia ocasionase algún desorden, y me trasladé a mi puesto, donde lo hallé todo perfectamente arreglado, y volví a recomendar a mi gente que guardase silencio y mucha quietud. A poco rato vimos pasar muy de prisa una mujer por el camino: era seguramente una mensajera de la patrona, que llevaba un aviso, y como nosotros también teníamos un espía que observase lo que pasaba, llegó a poco rato y dio noticia de que ya venían los enemigos. Mis soldados prepararon los fusiles, sirviéndoles de mampuesto los árboles y arbustos. La orden era dejar pasar la partida hasta que llegase enfrente del sargento y en ese momento hacer una descarga cerrada sobre toda la línea, a fin de abrazarla entera con nuestros fuegos. Venían adelante dos a caballo, y los demás a pie, unos con lanzas y otros con armas de fuego. Se distinguía muy bien la gente, que serían como unos cincuenta hombres, pues aunque la noche era oscura, había la suficiente luz para ver los bultos.

Todo salió como se había dispuesto: cuando ya estaba toda la gente enfrente de la nuestra, se dio la señal convenida y

se rompió el fuego simultáneamente y a corta distancia, y antes de que tuvieran tiempo de reponerse de la sorpresa y preparar sus armas, cargamos precipitadamente sobre ellos a la bayoneta, todo lo cual los desconcertó de tal modo que apenas pudieron hacer unos pocos tiros y, entre la confusión y el terror, se dispersaron en diferentes direcciones, creyendo sin duda que había allí un cuerpo de tropa respetable. Muchos se dirigieron por el mismo camino por donde habían venido, y seguimos inmediatamente en su persecución, en la cual se rindieron varios y entregaron las armas; los demás huyeron o quedaron muertos o heridos. La táctica de las sorpresas es la mejor en la guerra, porque ellas producen un pánico que puede decidir en el primer momento de la suerte de un ejército.

Llegamos a La Horqueta, y allí hallamos una corraleja donde había muchas bestias, tomamos las mejores y regresamos para nuestra barraca o tambo, convertidos en soldados de caballería. Inmediatamente envié el parte de este hecho al mayor general Cabal, quien me contestó al siguiente día muy satisfactoriamente, y dándome orden de que en el acto mismo me retirara. Así lo hicimos muy temprano, y yo tuve cuidado de no pasar por el pueblo, y mucho más de no despedirme de mis patronas, a quienes las leyes de la guerra y mi deber me habían obligado, con mucho sentimiento mío, a engañar, y a dar otra sorpresa, no menos cruel que la de los patianos.

Esa noche entramos triunfantes a Popayán, a caballo y en pelo. El parte se publicó inmediatamente por la imprenta, y mi gente y yo fuimos calorosamente felicitados

por todos nuestros jefes y compañeros, que también sufrieron la sorpresa de vernos volver al cuartel general sanos y salvos.

XVII

Seguramente creyeron los jefes que yo era el hombre a propósito para los destacamentos por el buen resultado que había tenido el de Timbío, y dispusieron pocos días después que fuese a relevar al alférez Andrade, que se hallaba con otro en Ríoblanco, una hora distante al norte de Popayán. Una de las instrucciones que llevaba era la de que no dejase pasar por allí a nadie sin pasaporte del cuartel general, y que protegiera a los transeúntes, porque ya se habían levantado partidas de gente enemiga que a la sombra de la guerra merodeaban y cometían toda especie de delitos, asaltando a los pasajeros, moda que todavía está en su auge, como en aquellos tiempos, sólo que entonces esta guerra a muerte contra las bestias y gallinas y contra los bolsillos no la hacían sino los españoles y pastusos, y hoy la practican todos los que se ponen en armas por cualquier motivo.

Estando en Ríoblanco se me presentaron un día dos señores de buena facha; uno de ellos, muy joven todavía, se desmontó de su caballo, y saludando me dijo: «El señor

es el conde de Casa Valencia que viene huyendo porque el coronel Mora[3], comandante de la artillería, quiere asesinarlo, diciendo que es un emisario de Fernando VII, siendo el conde, por el contrario, adverso a la causa realista, y yo soy Manuel Valencia». La fisonomía y maneras distinguidas de estos dos caballeros y el tono de ingenuidad con que hablaban me inspiraron interés, y así les manifesté cortésmente que no sólo estaban seguros allí, sino que mi deber era protegerlos, y que así no tenían necesidad de presentar pasaporte para seguir, antes bien, los haría escoltar para su mayor seguridad. Así lo hice, mandando que los acompañaran hasta Piendamó cuatro soldados y un cabo. Me agradecieron cordialmente este servicio y partieron; cuando iban ya lejos, llega el coronel Mora a caballo con su asistente, y entrando al patio de la casa donde yo estaba, me pregunta si por allí habían pasado dos sujetos. Le contesté que hacía rato que habían llegado dos señores, pero que, no habiendo presentado su pasaporte, los había hecho regresar, según mis instrucciones. Se sorprendió de no haberlos encontrado en el camino, pero, creyendo que para evitar este encuentro habían tomado el de las Guacas, picó espuelas a su caballo y tomó dicho camino, que va en dirección opuesta a la que llevaban ellos.

[3] Este coronel era venezolano. Después de la acción de la Cuchilla del Tambo, huyó para Buenaventura con intención de embarcarse en aquel puerto, y allí cayó en manos de los españoles, los cuales lo fusilaron.

Más de un año había trascurrido después de la importante acción del Palo, que, como dije antes, había sido de trascendentales consecuencias, pues durante todo este tiempo se había gozado de un largo periodo de paz, que en verdad no era sino una tregua. Corría ya el de 1816, y el horizonte comenzaba a nublarse de nuevo; los jefes realistas que gobernaban en el reino de Quito y el Perú habían estado organizando y disciplinando en Pasto lentamente nuevas fuerzas, y enviando auxilios para emprender una nueva campaña. Al fin, a mediados del mismo año, el brigadier Sámano, a la cabeza de un ejército de 2.000 hombres bien armado y municionado, se movía hacia el norte en busca del ejército patriota, que apenas contaba 770 plazas. Por fin llegó al punto que llaman Cuchilla del Tambo, distante una jornada al sur de Popayán, y esto producía un gran movimiento de emigrados que por Ríoblanco pasaban con dirección al Cauca. Al mismo tiempo los sucesos de Santafé habían hecho emigrar al presidente Madrid con su guardia de honor y muchos de los miembros del Congreso, para Popayán, con la esperanza de poder reunir gente y alentar a los patriotas para hacer alguna defensa en el sur, pues el centro de la República y la misma capital habían sido ya ocupados por las tropas del rey, al mando de los generales Latorre y Calzada. Entre los emigrados de Santafé, los primeros que llegaron fueron Gutiérrez, llamado "el Fogoso", y don Camilo Torres, mi tío. Este, cuando me vio en el camino, cerca de la casa de Rioblanco, se fijó en mí, y mirándome con semblante de suma tristeza, me saludó y comenzó a informarse de la situación

de Popayán; yo le instruí de todo lo que sabía, y por él supe también lo que había pasado en Santafé, con todos los pormenores que lo angustioso del tiempo le permitía referirme, y luego se despidió de mí con un triste adiós, como de quien no esperaba volver a verme[4].

Mi retirada de Rioblanco para Popayán me recuerda un incidente insignificante pero curioso: la víspera de marchar se oyó a medianoche un ruido formidable como el de una batería de artillería; salí y pregunté al centinela qué era aquello, y me dijo que se había visto reventar por el aire una gran bomba de fuego, por el lado *del Vesubio* —el volcán de Puracé—. Supuse lo que aquello era y me volví a dormir tranquilo, pero los nuestros en Popayán y los enemigos en la Cuchilla se pusieron sobre las armas y pasaron toda la noche en expectativa.

A pocos días de estar yo en Popayán, llegaron el presidente Madrid con su interesante esposa, la señora doña Francisca Domínguez, los señores Zaldúa, Florencio Jiménez, el portugués don Anselmo Pimentel y otros varios. Me tocó montar la primera guardia del presidente, en la casa de su alojamiento, y allí tuve ocasión de conocer a este hombre importante, y notable entonces en la política y en la medicina como lo fue después en la literatura. Este distinguido sujeto, como Nariño y como muchos hombres de mérito, fue calumniado por sus émulos, o por lo menos se apreció falsamente su conducta durante el tiempo que estuvo encargado de la presidencia de la Unión, sin tener

[4] En efecto, fue fusilado en Santafé pocos meses después.

en cuenta las circunstancias angustiadísimas en que se hizo cargo de un cadáver para resucitarlo, como decía él mismo.

Teniendo el señor Madrid noticia de que el gobierno provisional y el colegio electoral, reunidos en Cali, habían reconocido el gobierno de Fernando VII, hizo su renuncia ante la comisión de diputados del Congreso que con él habían emigrado, y siguió para Cali.

Pocos días después de esto se convocó una junta de oficiales presidida por el teniente coronel Andrés Rosas[5], con el objeto de considerar la renuncia que el mayor general José María Cabal hacía del mando del ejército, motivada por cierto descontento que notaba respecto de su persona, y sobre todo porque su opinión no estaba de acuerdo con la de los demás jefes respecto a la nueva campaña, pues él pensaba que no debía atacarse al enemigo, que ocupaba posiciones inexpugnables, como la Cuchilla del Tambo, y además tenía un ejército de 2.000 hombres de línea, con artillería y toda clase de recursos, mientras que el nuestro no contaba ni con la mitad, y estaba escaso de municiones. El éxito de esta batalla justificó los temores y el juicioso concepto del general Cabal. Aceptada la renuncia de este, se nombró en su lugar al teniente coronel don Liborio Mejía, quien se hizo cargo del mando del ejército.

De la comitiva del presidente Madrid, que se componía de más de cuarenta personas, sólo quedaron en Popayán el entonces cadete de la guardia de honor, Pedro A. Herrán, que le había acompañado constantemente desde

5 Fusilado después de prisionero en la Cuchilla del Tambo.

que tomó posesión de la magistratura, y que escribió después la relación de la retirada del mismo presidente, el señor Zaldúa, el coronel Pedro José Mares, Florencio Jiménez, el italiano don Esteban Volfré, y otros varios, todos los cuales se incorporaron en el ejército.

Resuelto el ataque a la Cuchilla, nos formamos y aprestamos al combate el 27 de junio, y reunidos ya los cuerpos y tomadas las disposiciones del caso, el ilustre padre Padilla, que se hallaba allí emigrado, dirigió a la tropa un elocuente discurso, exhortando a los soldados a tener presente la justicia de la causa que defendían, pero también la clemencia con el enemigo, y que su sacrificio no quedaría sin recompensa. Nuestro ejército se componía del batallón Granaderos de Cundinamarca, en que servía yo, el de Antioquia, el escuadrón de caballería, al mando del coronel Antonio Obando, y un piquete de artillería, con pocas piezas. Se presentó entonces el coronel Mejía y arengó también al ejército en términos enérgicos. «¡Somos pocos», decía, «comparados con el enemigo, pero les excedemos en valor y en decisión por la más justa de las causas!». Enseguida marchamos para el pueblo de Piagua, donde acampamos.

Al día siguiente, una avanzada del enemigo salió a provocarnos y contestamos a sus fuegos, y como llegamos muy cerca del lugar que ocupaban, y ellos se retiraron, los seguimos hasta el pueblo del Tambo. Salió otra compañía nuestra de vanguardia, y el enemigo se replegó a reunirse con el resto del ejército; entonces fueron desplegándose los demás cuerpos hasta llegar al frente de las trincheras de la Cuchilla; allí se generalizó el fuego, y como duraba ya más de una

hora sin resultado y nuestras municiones eran escasas, se dio orden de avanzar al batallón Granaderos de Cundinamarca. Nuestros soldados se arrojaron con el mayor valor y llegaron al pie de los atrincheramientos, pero viendo que sufría muchas bajas y que comenzaba a ceder, fue reforzado con el Antioquia, y últimamente se hizo general el combate, comprometiéndose en la línea de las fortificaciones casi toda nuestra gente. Un flanco estaba defendido por nuestra artillería, que les hacía bastante daño, y del lado opuesto estaba la caballería, que rechazó completamente la de los realistas hasta los Aguacates, pero esto no impidió que una columna enemiga nos cortase, y envolviese todo nuestro ejército, ya muy diezmado, a tiempo que este se retiraba de los atrincheramientos, cediendo al mayor número. Ya no era posible obrar en concierto: cada cual hacía lo que podía, y nos batíamos desesperadamente, pero era imposible rehacerse, ni aun resistir al torrente de enemigos que, saliendo de sus parapetos, nos rodearon y estrecharon hasta tener que rendirnos. Sucumbimos, pero con gloria: no hubo dispersión ni derrota propiamente dicha. Grande fue el número de muertos y heridos, y mayor el de los prisioneros que quedamos en poder de los españoles, por una imprudente precipitación en tomar la ofensiva por nuestra parte. Parecía como que un destino ciego nos guiaba a esta pérdida segura, pues todos conocíamos el peligro, la inferioridad de las fuerzas, y todas las circunstancias que hacían temeraria nuestra empresa.

Mejía pudo escapar porque iba muy bien montado, y a pocos días cayó prisionero con Monsalve. Ambos fueron

después fusilados en Santafé. Joaquín París y Antonio Obando, prisioneros también en aquella acción, habían quedado separados de nosotros y fueron después conducidos a nuestro calabozo para entrar en el sorteo de la quinta que debía decidir de nuestra suerte. ¡Honor a la memoria y paz en la tumba de todos mis desgraciados compañeros de infortunio en aquella infausta jornada, de los cuales no existe hoy sino el que esto escribe con trémula mano![6].

6 No ha faltado en nuestros tiempos quien pretenda atribuirse la misma gloria que estos denodados patriotas; pretensión tanto más audaz, cuanto es bien sabido que los que así quieren usurpar un lugar que no les corresponde en la historia, lejos de haber combatido por la Independencia, eran en aquella época partidarios de la causa realista, o por lo menos, si no tenían simpatías por ella, permanecían indiferentes espectadores de la lucha (Nota de José Caicedo R.).

XVIII

De aquí en adelante cesa la relación de mi vida militar activa como soldado de la patria, y con ella la de los hechos gloriosos, y aun heroicos, de mis compañeros de armas en el periodo a que se refieren estos apuntamientos, y sigue la de las aventuras personales del que estas líneas escribe, aventuras y episodios que, abstracción hecha de su persona, no dejan de tener interés, si se considera que todos sus conmilitones, cual más, cual menos, sufrieron otro tanto, aunque no lo hayan escrito. En estas páginas se verá a cuántos peligros, a cuántas privaciones y penalidades que hoy no se estiman, ni aun se conocen por la generación presente, estuvimos expuestos en aquella época, y especialmente en la del terror, que se inició con la entrada del bárbaro Morillo al país, y que es la misma que yo comienzo aquí. Pero todo lo sufríamos, no sólo con resignación, sino con placer; aquella era una guerra gloriosa, como que era nacional, en que defendíamos nuestra autonomía y sacudíamos el yugo de unos amos que, de pacíficos y benévolos que eran antes, se habían convertido en arrogantes y tiranos, y

miraban con desprecio a los *criollos*, que eran sus propios hijos. ¿Podrán experimentar la misma satisfacción los que hoy guerrean en miserables contiendas intestinas y luchas fratricidas por conquistar un puesto, de honor o de lucro, que es a lo que, en general, se reduce el patriotismo moderno y las aspiraciones de los bandos políticos, por más que se hable de principios? Entonces, en proporción del encono y venganza que respirábamos contra nuestros opresores, estaba la unión, la fraternidad y la armonía que reinaba entre los patriotas, mirándonos todos como hermanos, y, si pudo haber, y hubo, en efecto, rivalidades y emulaciones personales, había a lo menos desinterés y abnegación, y todo se subordinaba a la grande idea, al único y alto pensamiento de regeneración, que era el norte y el blanco de las aspiraciones de aquellos primeros soldados de la patria, de esos soldados que no pensaban entonces en las recompensas ni en las pensiones, sino, por el contrario, en sacrificar sus propios intereses, sin esperanza de recobrarlos algún día.

Después de haber salido sano y salvo en las ocho acciones de guerra anteriores, en que había combatido, sin haber sacado de ellas herida alguna; después de haber resistido a la fatiga, las enfermedades, el hambre y sed, la desnudez y desabrigo y todo lo demás de que se disfruta en nuestras guerras y, más que todo, a la excitación que produce en el ánimo la continua zozobra y alarma en que se vive, comenzaba para mí otra carrera muy diferente. La triste condición del cautivo hace al hombre más infeliz que la miseria, y preferiría uno mil veces la muerte a la servidumbre ociosa, y humillante por el ocio mismo a que se ve uno

condenado y por la necesidad de meditar sin tregua, día y noche, en su amarga suerte y en su incierto porvenir.

Mis sufrimientos durante mi larga prisión fueron iguales, si no superiores, a los que había experimentado en tres años de laboriosas y crudas campañas. Es preciso haber sido prisionero de los españoles para saber lo que es saborear el refinamiento de la crueldad, y apurar el cáliz hasta las heces; siempre amenazados, siempre vejados, siempre designados para ser víctimas de un momento a otro, sus prisioneros se puede decir que eran más desgraciados que los parias y los ilotas. Esa dureza y crueldad de hombres tan brutales y ordinarios como don Juan Sámano hacían contraste con la lenidad, benevolencia y generosidad que, en lo general, observaban con ellos los patriotas, salvo uno que otro caso muy raro en que las circunstancias hacían necesario, según las leyes de la guerra, tomar justas represalias para contener la barbarie de los realistas, y de sus aprovechados discípulos los pastusos y patianos. El temor de estas represalias fue lo que salvó a Nariño, pues, cuando era prisionero de Aymerich y de Montes, también estaban en nuestro poder multitud de oficiales, y aun jefes, españoles, cuya vida habría corrido gran riesgo si Nariño hubiese sido sacrificado. No se tuvo el mismo temor en Bogotá, cuando los fusilamientos colectivos de españoles, después de la batalla de Boyacá, pudieron haber comprometido la vida de muchas personas notables que aquellos tenían presas en Cartagena, y de los ingleses tomados en Portobelo al general MacGregor, todos los cuales se salvaron por una casualidad.

Nunca pude saber el número de prisioneros que tomaron los enemigos en la acción de la Cuchilla del Tambo, pero Sámano mismo en el parte que de ella dio a Morillo, escribe: «Se puede decir que han perecido o quedado prisioneros la mayor parte de los oficiales enemigos». En otro lugar agrega: «... de su infantería ninguno casi se salvaría, quedando todos muertos, heridos o prisioneros». Este testimonio imparcial prueba que cada patriota fue un héroe en esta batalla, y se estrelló contra un enemigo formidable, y aun Sámano lo confesó así en dicho parte, diciendo: «No se puede negar que acometieron con despecho estos malvados por todas partes, llegando hasta el pie de nuestros atrincheramientos».

La lista de los oficiales que fuimos encerrados en los calabozos de Popayán es la siguiente: José Joaquín Quijano, Esteban Mofú, Manuel Delgado, Mariano Posse, Rafael Cuervo, Diego Pinzón, José Hilario López, Francisco Paredes, José Toro, Pedro A. Herrán, José Moya, Agustín Ulloa, Joaquín Jaramillo, Manuel Santacruz, Alejo Sabaraín[7], Andrés Alzate, Martín Correa, Juan Pablo Esparza, Mariano Mosquera, Joaquín Cordero, Gabriel Díaz, Florencio Jiménez, Pedro Antonio García, Rafael Porras, Salvador Holguín, Modesto Hoyos, José María Espinosa, Isidoro Ricaurte, Pedro José Mares.

Fueron inmediatamente fusilados y suspendidos en la horca después de muertos, por falta de ejecutor de esta

7 Amante y prometido esposo de Policarpa Salavarrieta, o sea La Pola.

última clase de suplicio, los oficiales Andrés Rosas, José España y Rafael Lataza.

Los patianos nos condujeron a Popayán. No sé por qué me separaron de mis compañeros y me llevaron a un cuartel que estaba en la plaza. El oficial de guardia me dijo que iba a sacarme para que fuese su asistente o sirviente; que ya había escapado la vida, pues que los destinados a morir los llevaban a los calabozos de la cárcel. Me hubiera sido grata esta noticia si mis camaradas no hubiesen estado en próximo peligro de ser sacrificados, y me dolía estar separado de ellos. Pero el mismo día llegó al cuerpo de guardia un oficial, ayudante de Sámano, y preguntó: «¿Quién es aquí José María Espinosa?». «El señor», contestó el de la guardia, mostrándome a mí. «Sígame usted», me dijo el oficial, y me llevó a la cárcel. Al entrar al calabozo donde estaban mis compañeros, se dirigió a mí Rafael Cuervo, el inolvidable Rafael Cuervo, el hombre de la serenidad incontrastable y del valor impetuoso, y me preguntó qué se decía por fuera. Yo le referí candorosamente lo que había oído decir a mi oficial. Él entonces volviéndose a los demás les dijo con su sonrisa habitual y con una calma que no puedo explicarme: «¡Qué les parece el notición que nos trae Espinosa, que el que cae aquí no vuelve a salir sino para la horca!».

Cuervo era un joven amable, franco y simpático, siempre de buen humor, pero al par de esto, con esa sonrisa estereotípica, conservaba en los mayores peligros y en las situaciones más apuradas una serenidad fabulosa. Era capaz de batirse él solo contra veinte enemigos, con el arrojo

de un león, sin que se alterase su fisonomía, sin palidecer un solo instante. Cuervo era en la prisión nuestro consuelo: sus chistes nos hacían reír y su valor nos alentaba; aunque, la verdad sea dicha, la mayor parte de los que allí estaban eran del mismo temple de alma, o, como se dice vulgarmente, cortados por la misma tijera. Pero hago este recuerdo especial de Cuervo —y bien lo merece su memoria— porque él me distinguió siempre mucho.

Al día siguiente comenzaron las ejecuciones. Según ya he dicho, los primeros fusilados, en la plazuela de San Camilo, fueron el coronel Andrés Rosas, el capitán José España y Rafael Lataza. Las detonaciones nos advertían que pronto correríamos la misma suerte y que debíamos estar preparados para ello, momento por momento; así era que cada ruido que oíamos, las pisadas de una persona, el abrir o cerrar de una puerta nos parecía que eran el fatal anuncio y la notificación de la sentencia de muerte. Así debía colegirse del parte de Sámano ya citado, en que decía: «Hoy despacharé con una partida a Pasto 170 prisioneros..., pero retengo a los oficiales para que sufran su pena en Popayán, donde han cometido sus delitos».

XIX

Esta alarma subió de punto, y para mí doblemente, cuando al tercer día corren los cerrojos del calabozo y se presenta un oficial preguntando: «¿En dónde está el alférez Espinosa?». «Yo soy», le contesté. Entonces corrió a mí con los brazos abiertos, y estrechándome en ellos, hizo mil demostraciones de gratitud y reconocimiento por un gran servicio, decía, que yo le había prestado, y últimamente me ofreció que hablaría con el brigadier Sámano y que se interesaría por mi suerte. Luego de que volví de aquella doble sorpresa, pude reconocer a un antiguo sargento 2.°, llamado Perdomo, que había servido en el ejército patriota. La escena que aquí describo era motivada por el lance que voy a referir: Perdomo se había pasado a las tropas realistas, y tenía ya el grado de teniente, y en una correría que contra estas se hizo por el lado de Patía, cayó prisionero en nuestro poder. Como era natural, fue sentenciado a muerte y conducido al calabozo, de donde poco después debía pasar a capilla. Afortunadamente me tocó el mismo día la guardia, y estando yo sentado fuera

de la puerta se me presentó llorando a mares, con el cabello desgreñado y las manos juntas una joven bellísima, a quien el llanto hacía más interesante. Era una hija de Perdomo que venía a rogarme con instantes súplicas que le permitiese al preso salir, porque su madre —la esposa de Perdomo— que se hallaba postrada en cama de una grave enfermedad, deseaba verle por última vez y saber cuál era su voluntad en un asunto reservado, de sumo interés. Confieso que aquella situación me conmovió, y que tanto las lágrimas como la belleza y juventud de la muchacha, y el tono de candor e ingenuidad con que hablaba, me hicieron olvidar de mi posición, para no acordarme sino de mi habitual disposición a hacer el bien, y despertaron la caridad en mi corazón, ya encallecido en aquella vida medio salvaje de las campañas, donde no se hacía más que morir o matar. Al principio rechacé con suma entereza la extraña pretensión de la joven haciéndole ver la gravedad de las consecuencias, pero ella lloraba más y más, y yo me hallaba colocado en la situación de la pastorcilla de Mora, entre el amor del prójimo y el deber. Al fin cedí, que «¡tanto puede una mujer que llora!». Figuréme, además, que algún día podía yo hallarme en la misma situación, como en efecto sucedió, y al fin, no sin vacilar, llevé a la niña a la puerta del calabozo, y, sin abrirlo, le permití que hablase a su padre por la rejilla, con lo cual él se enterneció mucho. Enseguida le manifesté a este lo delicado del paso que iba a dar faltando a mi deber, y que era una calaverada que podía costarme caro, pero exigí de los dos la promesa formal de que, si salía él preso, no me haría quedar mal y que

volvería tan pronto como le fuera posible. Así lo prometieron, y llorando me dijo Perdomo: «No crea usted que yo sea capaz de abusar de su bondad y comprometerlo; a las cuatro de la mañana me tendrá usted aquí». Yo había montado guardia a las cinco de la tarde. Con la conciencia de que estaba faltando a mi obligación, abrí el calabozo y lo conduje al través del cuerpo de guardia. Notaba yo la sorpresa de los que presenciaban la salida, pero era tal el presentimiento que tenía y la confianza en la lealtad de Perdomo, aunque todas las probabilidades estaban en contra de él, que los tranquilicé, sin encargarles ninguna especie de reserva. Mis esperanzas no fueron burladas, y yo, como todos los que eran sabedores del lance, tuvimos que admirar la honradez y lealtad de este hombre: admiración que subía de punto porque precisamente la causa de su prisión y próxima muerte había sido la traición hecha a nuestra causa. A la hora señalada se presentó en el cuartel y fue conducido nuevamente al calabozo. Al despedirse de mí, me dijo: «He cumplido mi palabra por usted y sólo por usted, con ningún otro oficial lo hubiera hecho».

A la noche siguiente hubo grande alarma; habían entrado a la ciudad varias guerrillas, y hacían fuego en la plazuela de San Camilo, mientras que en El Ejido atacaban a un pequeño destacamento nuestro. Fue tal el temor, que el jefe de la plaza dio orden de que saliese toda la tropa precipitadamente, y todos los puestos de guardia quedaron sin resguardo para atender al mayor peligro. De allí se distribuyeron diferentes partidas para los puntos donde se decía que estaban los patianos. Perdomo se aprovechó

de esta confusión, que tuvo lugar al tiempo de relevar los centinelas interiores, para evadirse y se volvió al enemigo. Cuando supo que yo había caído prisionero y que estaba en el calabozo, fue a verme y a ofrecerme sus servicios. Era ya oficial de los españoles. Tengo por experiencia que el bien que se hace con buena voluntad tarde o temprano es recompensado, por un camino o por otro, y cuando menos se piensa.

XX

Continuaban los fusilamientos de los prisioneros patriotas. En esos días fueron pasados por las armas varios que estaban en otros calabozos, entre ellos el fogoso Gutiérrez, Matute, Quijano y algunos más, y esto hacía prolongar nuestra espantosa incertidumbre, o más bien ansiedad: hubiéramos deseado ser de los primeros, puesto que al fin había de llegarnos nuestro turno, tarde o temprano.

Hacía más de dos semanas que estábamos presos, cuando un día oímos el toque de generala y mucho bullicio en las calles. A poco rato sentimos los pasos de la tropa que entraba por los corredores de la cárcel; enseguida corrieron el cerrojo del calabozo y se presentó un capitán, que decían era don Laureano Gruesso, el cual nos dijo: «Salgan ustedes». Fuimos desfilando, y al mismo tiempo nos registraban los bolsillos y toda la ropa para ver si teníamos algunas armas ocultas. Bajamos al patio, donde encontramos un piquete de cincuenta hombres, frente a los cuales nos hicieron formar en ala. El capitán, algo achispado, según se veía, comenzó a pasearse por en medio de las dos

filas, y en tono de arenga nos dirigió la palabra en los términos siguientes: «Señores, se tiene noticia de que los insurgentes han derrotado al general don Carlos Tolrá en la ciudad de La Plata. En consecuencia el brigadier don Juan Sámano ha dado orden para que, al oírse un cañonazo, sean pasados por las armas todos los prisioneros que existen en los calabozos de esta ciudad. La alarma es general y no hay sacerdotes que los auxilien a ustedes, y así pueden ir haciendo un acto de contrición y previniéndose para morir».

Como él era el encargado de esta ejecución colectiva, y su razón estaba trastornada por el licor, era seguro que, si por casualidad se hubiese oído el tiro de un fusil, o un trueno lejano, de los que en aquel mes son tan comunes en Popayán, no estaría yo ahora contando el cuento, propiamente.

Rafael Cuervo nos invitaba, por medio de señas muy claras, a que nos lanzásemos sobre los soldados, pero afortunadamente no lo comprendió don Laureano, por el mismo estado en que se hallaba, que, si no, habríamos sido víctimas inmediatamente de aquel brutal popayanejo. Si hubiéramos ejecutado lo que deseaba Cuervo, aun cuando por lo pronto hubiésemos vencido, desarmando a los soldados, se hallaba en la plaza una considerable fuerza formada, que inmediatamente habría acudido, y nos habría sacrificado allí mismo.

Haría media hora que estábamos, puede decirse, aguardando la muerte por minutos y mirando tristemente, a cuatro pasos de nosotros, las armas con que habían de quitarnos la vida, cuando oímos el ruido de los sables que arrastraban

por los corredores unos oficiales españoles que entraron precipitadamente gritando: «¡Viva Fernando VII!». Confieso que la sangre se me heló en las venas, creyendo llegada mi última hora, pero me volvió el alma al cuerpo cuando los mismos oficiales dijeron: «No mueren esos jóvenes porque el que ha triunfado en La Plata es el general Tolrá». Este había salido, en efecto, de Santafé con tropas en dirección a Neiva y encontró en La Plata a nuestro compañero Monsalve, el cual le hizo resistencia y combatió con él valerosamente, pero tuvo que sucumbir por la superioridad de las fuerzas de Tolrá, según se ha dicho antes.

Miramos con gratitud, aunque con altiva dignidad, a aquellos oficiales, y Cuervo dijo en voz bien perceptible: «¡Lo siento en el alma!», aludiendo al triunfo de los realistas. ¡De todos los que nos hallábamos en esa funesta formación no existe ya sino el que esto escribe!... La muerte no ha hecho otra cosa sino aplazar su decreto...

De allí volvieron a conducirnos a nuestro calabozo, donde cada cual hacía sus comentarios, pero donde no teníamos más segura la existencia que media hora antes, pues era seguro que nunca faltaría un pretexto cualquiera para quitarnos la vida, y esos pretextos los tenían a mano; aquello no había sido sino un martirio más añadido a los que nos hacían padecer nuestros verdugos.

Para hacer menos enojosa nuestra prisión nos entreteníamos en contar anécdotas, en recordar nuestras pasadas aventuras y referir nuestras vidas, como los ladrones de Gil Blas. Los aficionados a la poesía hacían versos, casi siempre epigramáticos, contra los españoles, o lamentando nuestra

suerte. Yo, llevado de mi buen humor, y de mi afición al dibujo, hice una caricatura de don Laureano Gruesso con mi barrita de tinta de China que saqué de Santafé, y que no me abandonó en toda la campaña hasta mi regreso, y sirviéndome de pincel un esparto o paja que mojaba con saliva. Quedó tan parecido y tan ridículo, que fue motivo de larga chacota y risa por todo el día, y para mayor abundamiento la prendieron en la pared metiéndole por la garganta un alfiler que se había encontrado tirado en el suelo.

El entonces sargento Florencio Jiménez, a quien llamábamos «el héroe de los bravos dragones de la patria», había inventado un modo singular de divertirnos todas las noches, y era envolver un ladrillo en una ruana o saco, y cuando estábamos a oscuras se tiraba el ladrillo a lo alto y si le caía a alguno, este lo arrojaba de nuevo, con lo cual se armaba una algazara infernal de ayes, gritos y carreras. Hubo vez que el centinela exterior, alarmado, gritase al cabo de guardia que los insurgentes nos estábamos matando, a lo que este contestó: «¡Déjelos usted que se los lleve el diablo!». Por fortuna el calabozo era muy espacioso y tenía muchos tablones atravesados, a manera de las camas de los soldados en las cuadras, y debajo de ellos podíamos guarecernos, o corriendo de un extremo a otro del salón, pero los mismos tablones ayudaban a aumentar la bulla por el ruido que aquel cuerpo tan pesado hacía al caer sobre ellos. Este sargento Jiménez fue después coronel y jefe del batallón Callao que en 1830 se sublevó contra el gobierno legítimo de don Joaquín Mosquera. En la acción de El Santuario que se dio en agosto del mismo año,

Jiménez mandaba las fuerzas rebeldes, y el coronel Pedro Antonio García, compañero y amigo suyo en las campañas del Sur, que estuvo con él en el mismo calabozo y entró también en el sorteo o quinta para ser fusilado, mandaba las tropas del gobierno, y murió en dicha acción. ¡Lo que es la guerra civil!

Un día tuvimos gran diversión, mezclada de rabia y despecho, porque, no sé cómo, llegó a nuestras manos un ejemplar del ya referido parte de la batalla de la Cuchilla del Tambo. Allí fueron las glosas, notas y comentarios que se hicieron a este documento: el uno hallaba una falsedad, el otro una exageración, aquel una ridícula vanidad y prosopopeya del jefe que lo daba, que en verdad poco actuó su presencia en lo más reñido del combate, ni supo muchas de las cosas que allí decía, sino por referencias. Solamente nos indemnizaba algún tanto de esta humillación el ver que al menos se confesaba nuestro valor y nuestra inferioridad numérica. No obstante, alguno replicaba que esa confesión de nuestro arrojo no tenía por objeto sino realzar el suyo, haciéndolo más meritorio.

XXI

Pasados algunos días oímos de nuevo correr el cerrojo del calabozo a deshoras: era el coronel Jiménez, quien, con voz hueca y tono imperativo, y sin preámbulo ninguno, nos notificó que venía enviado por Sámano y que traía orden de quintarnos, en justa represalia de los fusilamientos de españoles que había hecho Serviez... Por más sangre fría que tuviésemos nosotros, esta noticia nos produjo, por lo menos a muchos, el efecto que en una rueda de personas cogidas de las manos hace la descarga de una máquina eléctrica. En el acto nos hicieron formar allí mismo en fila, y como yo sabía que la quinta consistía en contar de derecha a izquierda desde uno hasta cinco, y aquel a quien le caía este último número quedaba sentenciado a muerte, tuve valor para salirme hasta por dos veces de la fila y contar de derecha a izquierda, y siempre me cayó el fatal número. ¡Momento terrible de emoción profunda que no puede describirse! Salí por tercera vez, y, queriendo engañarme a mí mismo, conté entonces de izquierda a derecha, con la débil esperanza de hallar otra

suerte, y me tocó el número tres. Quedé un tanto consolado, pero la cuestión era saber si comenzarían a contar por un extremo o por otro. ¡Qué ansiedad!

Un ayudante de Jiménez, que llevaba el funesto nombre de "Cornejo"[8], notó aquellos movimientos y, dirigiéndose a mí, me dijo en tono grosero: «¿Qué baile es ese?, si usted vuelve a moverse le punzo a estocadas».

Pero no era ese el sistema de quintar que iban a emplear con nosotros, sino el de boletas. Estando formados hicieron entrar un niño como de diez años y, poniendo dentro de un cántaro veintiuna boletas enrolladas, de las cuales diecisiete estaban en blanco, y las cuatro restantes tenían escrita una *M*, se lo entregaron para que fuese pasando por delante de la fila. Entonces vi que había perdido mi trabajo de contar y que era ilusoria la esperanza que tenía de que me tocase el número tres. Cada cual sacaba su boleta, la desenrollaba y la mostraba, y si tenía la *M*, decía el coronel Jiménez: «¡Dé usted un paso al frente, y pase a capilla!».

Los cuatro a quienes tocó esta desgraciada suerte fueron ¡Mariano Posse, Alejo Sabaraín, José Hilario López y Rafael Cuervo!...

En medio de la alegría que naturalmente me produjo mi suerte feliz, por la que di gracias a la Providencia, no pude dejar de compadecer la de mis compañeros, y me fue imposible contener las lágrimas al verlos pasar al frente,

[8] La corneja es ave de mal agüero, pero es más funesto y odioso este nombre por otros motivos que el discreto lector adivinará fácilmente (Nota de José Caicedo R.).

sobre todo al joven López, que era casi un niño, y a mi amigo y paisano Cuervo, a quien tanto quería. Este último, al salir de la fila, metió la mano al bolsillo y con una tranquilidad increíble, sacó un poco de tabaco, lo desmenuzó sobre el papel de la boleta, lo enrolló e hizo un cigarrillo. Sacó luego su recado de candela, lo encendió y se lo fumó, diciendo en alta voz: «¡Esta es la suerte que merece este papel y los que me condenan a morir!»...

Si yo no hubiera visto con mis propios ojos y oído con mis oídos lo que aquí refiero, no lo creería tal vez, ni me atrevería a consignarlo aquí, por temor de que se dudase de mi veracidad. Y si no hubiera conocido el carácter de Cuervo y su temple de alma, habría pensado que aquella acción era un esfuerzo supremo de vanidad y afectación para no parecer cobarde. Pero él no tenía necesidad de nada de eso porque lo conocíamos todos muy bien.

Pasaron inmediatamente estos infelices a la capilla, que estaba contigua al calabozo, aunque la entrada era por el corredor, pero en la pared divisoria de las dos piezas había una reja o ventana de hierro cubierta con una cortina de bayeta azul. Aquella noche guardábamos todos profundo silencio, tristes, sobrecogidos y pesarosos, meditando cada uno en la instabilidad de las cosas humanas y en la fragilidad de esta tela de araña que se llama la vida. Entregado cada cual a los pensamientos que le inspiraba la situación propia y la de sus compañeros, que dentro de pocas horas habrían dejado ya de existir, no en los campos de batalla, defendiendo su libertad, sino sacrificados como víctimas por la fuerza brutal, estábamos muy lejos de pensar en chistes,

burlas ni risas, y sólo se oía en el silencio de la noche tal cual suspiro profundo que exhalaba algún preso que no podía conciliar el sueño. Como a medianoche oímos un ruido en la reja de hierro y la voz de una persona que hablaba quedo: era Cuervo que había alzado la cortina y nos llamaba para decirnos: «¡Ande el ladrillo, muchachos!, ¡no se duerman!...». Entonces nos dio a algunos la curiosidad de acercarnos a la reja y mirar lo que pasaba en la capilla; alzamos la cortina y vimos a Cuervo que se paseaba fumando, a Sabaraín, el amante de Pola Salavarrieta, en actitud meditabunda, sentado en una silla recostada contra la pared, y a López y a Posse arrodillados al pie del altar, en el que había un crucifijo de bulto y dos luces. Nos guardamos muy bien de interrumpir aquella lúgubre escena, y volvimos prontamente a nuestros puestos, más conmovidos que antes.

Al siguiente día pidió licencia Cuervo al oficial de la escolta que debía conducirlos al suplicio para pasar al calabozo a despedirse de sus compañeros, y se la concedió: cosa extraña en la severidad y dureza de nuestros carceleros. Al entrar dijo con voz firme: «¡Adiós, compañeros, ya no volveremos a vernos en esta vida! Muero gustoso porque es preferible la muerte a la servidumbre. ¡Sólo pido un recuerdo de ustedes para su amigo y compañero!». Y abrazándonos uno por uno, sólo recibió por respuesta nuestros sofocados sollozos y fuertes apretones. Cuando llegó al teniente Manuel Santacruz, le dijo: «Ahí le dejo esos calzones y esa almohada, y deme unos tabacos».

Se volvió a la capilla y al día siguiente los sacaron al lugar de la ejecución, en medio de numerosa escolta. López

llevaba un Cristo en una mano y en la otra un pedazo de pan que iba comiendo con valor y serenidad admirables. Cuervo saludando a todos con su habitual sonrisa y paso firme, y los otros dos con fisonomía tranquila y la cabeza erguida, sin que en ninguno de ellos se notase la menor señal de miedo o cobardía. A su lado marchaban los sacerdotes que los auxiliaban. Esto lo vimos porque en ese momento nos sacaron e hicieron formar en los corredores para que presenciásemos el desfile de la fúnebre procesión.

Aquellos momentos intermedios entre la salida de los presos y la detonación de las descargas eran un suplicio para nosotros. Dos viejos que estaban también presos en el mismo calabozo, Joaquín Cordero y un tal Machado, se preparaban, como siempre, a hincarse y rezar cuando oyeran los tiros. Pero el tiempo pasaba y las detonaciones no se percibían; al cabo de más de media hora de aguardar en vano, llenos de ansiedad, lo que distinguimos fue el toque de marcha redoblada de tropa que se acercaba a la cárcel; a una dijimos al momento: «¿A que vienen por todos nosotros?», y nos preparamos para salir. Era la escolta que volvía conduciendo a los cuatro sentenciados; adelante entró el coronel Jiménez y nos dijo: «Señores, ya se ha resuelto que no mueran estos jóvenes, porque el virrey Montes ha expedido en Quito un indulto que les comprende, pero no hay que decirles esto porque la sorpresa puede ocasionarles algún accidente, y así pasarán de nuevo a la capilla». Había en esto cierta crueldad: era prolongarles la incertidumbre y el martirio, como dando a entender que solamente se aplazaba el momento terrible.

De otro modo, ¿cómo podía suponerse en estos señores, tanto interés por sus víctimas?

Sea lo que fuere, algunos oficiales españoles se anticiparon a entrar a la capilla y decirles: «¡Chicos!, el parabién, y alegrarse, que ya no morirán ustedes». Conforme el coronel lo había previsto, Posse, Sabaraín y López estuvieron a punto de accidentarse, porque realmente la transición es tan brusca en estos casos que una naturaleza un poco débil no siempre puede resistirla[9]. ¡Fenómeno singular! Los mismos a quienes no aterra la idea de perder la vida se enajenan de gozo al saber que van a recobrarla. Cuervo con una indiferencia inalterable vino con permiso al calabozo a contárnoslo y, dirigiéndose a Santacruz, le dijo: «Reclamo mis calzones y mi almohada, porque donde hay engaño no hay trato». A poco rato se puso a componer versos sobre este lance, los cuales siento no haber conservado en la memoria.

9 Don José Hilario López, general después, y presidente de la República, solía referir esto mismo y confesaba haber sufrido una especie de trastorno de su razón.

XXII

Todo se hacía allí sin prevenirnos, ni anunciarnos las órdenes que se daban. Habíamos permanecido varios días sin saber qué dispondrían de nosotros, pues nada nos volvieron a decir. Una mañana abrieron el calabozo, entró un oficial con el carcelero y comenzó a pasar lista. El que respondía iba saliendo a formar en el patio. Con gran sorpresa mía, todos salieron, menos yo, por lo cual hice presente al oficial que no me había llamado por mi nombre, pero él, sin contestarme, salió, y la puerta del calabozo volvió a cerrarse. Era este un misterio para mí, pues no atinaba con el motivo de tal excepción; de seguro no era para fusilarme, puesto que el indulto debía comprenderme, y, si alguna excepción había, no sería para mí, que era un simple oficial subalterno, que apenas contaba veintiún años de edad.

Sin devanarme más los sesos, tratando de descifrar este enigma, me quedé triste y pensativo, sintiendo la falta que me hacían mis compañeros. La sociedad es tan necesaria en la prisión, que en otros países el encierro solitario se ha

sustituido a la pena de muerte, casi como su equivalente, y leemos que Robinson cuidaba y agasajaba a una araña que vivía con él, porque era la única compañía que tenía en su soledad. Me puse a examinar hasta los más oscuros rincones del calabozo, y me entretenía en leer los letreros o inscripciones en prosa y verso que habían escrito mis amigos; entre ellas recuerdo una que reconocí ser de Herrán por la bonita letra que este hacía, inscripción que comenzaba grotescamente: *Quantum melior est mori*, etcétera, cosa que a mí me parecía entonces muy seria y melancólica, y que alguno de nuestros sucesores en el calabozo atribuiría después probablemente a un gran conocedor de los clásicos latinos, o a algún clérigo patriota, sepultado allí por sus fechorías contra los realistas.

Las señoras Valencias, a quienes vuelvo a citar aquí con placer y gratitud, y cuyos servicios y bondades no he olvidado nunca, ni olvidaré jamás, me enviaban de comer: nuevo motivo de pena para mí, que acostumbraba participar de mi comida a los compañeros, y desde aquel día lo que ganaba en ración lo perdía en grata sociedad. Suele decirse familiarmente cuando se invita a alguno a comer: «Comeremos más y comeremos menos»; yo podía decir con tristeza lo contrario: «Comeremos menos y comeremos más». Pero la verdad sea dicha, sólo lo excelente de aquella comida me hacía pasar algunos bocados, pues mi estómago se había estragado con tres años de hambres y malos alimentos, a lo que ahora se agregaba la falta de ejercicio y la tristeza de mi soledad.

Un día entró el soldado que me llevaba la comida y me ocurrió preguntarle si sabía cuál había sido la suerte de

mis compañeros, y me dijo que se los habían llevado para Santafé, a ponerlos a disposición de Morillo: nueva pena para mí que aún permanecía tan lejos de mi país y de mi familia, mientras que ellos tarde o temprano tendrían el gusto de estar allá, y darían por bien empleados todos los padecimientos del largo camino.

Diariamente me permitían salir al patio a tomar una ración de sol y un bocado de aire, elementos tan indispensables para la existencia y para la salud, y un día en que me estaba calentando, me llamó la atención un sargento anciano, que me miraba con aire de interés y cariño. Entablé conversación con él, y me aventuré a preguntarle en voz baja si sabía cuál había sido la suerte del general Nariño; entonces me refirió que a los dos días de la derrota de Pasto un soldado y un indio, que andaban recorriendo la montaña donde se había ocultado, se encontraron con él y, conociendo que era un jefe patriota, le apuntaron con los fusiles que llevaban; entonces Nariño les dijo: «No me maten y les prometo entregar al general Nariño preso en Pasto, pues yo sé dónde está». Se lo llevaron para aquella ciudad, y cuando entraban los seguía ya una multitud de gente curiosa. Lo condujeron a la casa del general Aymerich, y como este comenzase a hacerle preguntas, le dijo Nariño: «Mándeme usted dar una taza de caldo y después hablaremos». Aymerich, que no lo conocía personalmente, simpatizó con él, y lo atendió, pero el pueblo, que se había agolpado en la plaza con la noticia de la llegada del jefe prisionero, pedía que cumpliese su palabra y entregase a Nariño. Entonces este pidió permiso a Aymerich para

salir al balcón y, presentándose al pueblo, dijo: «¡Pastusos!, ¿queréis que os entregue al general Nariño? ¡Aquí le tenéis!...», y volvió a entrar.

Se sorprendió Aymerich, agregaba el sargento, pero deseando ponerlo a cubierto de cualquier desmán por parte del pueblo, y aun de sus mismos soldados, mandó relevar la guardia de pastusos que tenía en la casa por otra de tropa limeña, y lo retuvo allí mismo en calidad de preso. Le interesaron mucho a este jefe la presencia y maneras de Nariño; desde luego conoció su mérito, y para no ser responsable de ninguna resolución respecto de él, dio parte al virrey o presidente Montes de hallarse el general en su poder. Montes le contestó dándole orden para que le fusilase, pero tal orden no se cumplió. Por segunda vez se reiteró la orden terminante, pero Aymerich no se creyó con valor para ejecutarla, y contestó a Montes que enviaría a Nariño a Quito a su disposición, y añadía que estaba seguro de que Su Excelencia no se atrevería a quitar la vida a un hombre de tanto mérito.

Esta, poco más o menos, y en términos militares, fue la relación del sargento, que después se confirmó. Y en verdad que debemos tributar a Aymerich una acción de gracias, pues, aunque tuvo la mejor oportunidad para dar este golpe funesto para la causa de la patria, y aun tal vez cubrirse de gloria y obtener recompensas, no lo hizo por un sentimiento de noble generosidad. A él debimos, sin duda, el que se hubiese conservado la vida de este grande hombre por siete años más, aunque durante este tiempo sus talentos, luces y prestigio fueron estériles para la patria,

como que duró preso más de un año en Pasto, de donde fue remitido a Quito y de allí a Lima para pasar desterrado a España en unión del obispo de Quito y de otras personas notables[10], y aun en la Península estuvo mucho tiempo preso en la cárcel de Cádiz. No se figuró este grande hombre, cuando sufría todos los horrores de una larga prisión y en riesgo inminente de ser sacrificado, que algunos compatriotas suyos mal informados, le habían de calumniar algún día, diciendo que desde su prisión había propuesto al gobierno de Cundinamarca que se sometiese de nuevo al yugo español. El incontrastable Nariño, a quien nada quedaba ya que sacrificar sino unos pocos años de vida, viendo su pasado lleno de glorias, ¿habría sido capaz de semejante debilidad, de tan negra traición? ¿Nariño, cuyo regreso al país en 1821, fue saludado por Bolívar con expresiones de júbilo y de gran satisfacción?

10 Entre ellas el célebre Montúfar, el cual se escapó en Panamá y volvió a Bogotá, donde al fin fue fusilado.

XXIII

Desde ese día mi sargento era la tertulia que tenía en mis ratos, no diré de descanso, que eran todos, sino de recreo o *asoleo*, y este buen hombre me entretenía contándome muchas cosas de Pasto y sus habitantes, y de las campañas que había hecho, y yo por mi parte le refería muchas de Santafé, que él no conocía, porque los pastusos rara vez salen de su tierra, ni aun para ir a la guerra. Entre otras cosas me enseñó a conocer y preparar varios colores de que ellos usan para sus pinturas y tejidos.

Se prolongaba demasiado mi prisión solitaria que, en verdad, comenzaba ya a fastidiarme, y, cuando me creía más libre de peligros y molestias, una nueva aventura, muy desagradable y mortificante, me esperaba todavía.

Una mañana encontré debajo de los tablones una chaqueta vieja que habría sido de algún preso y, por divertirme, me la puse al revés, abrochada por detrás, pero era tan grande para mí que me sobraba de todas partes. En este momento alcancé a oír lamentos y voces en el patio, y mientras ponía el oído acercándome a la puerta, se abre

esta y se presenta un militar de arrogante presencia, y vestido de riguroso uniforme, y me dice: «Salga usted». Apenas tuve tiempo para zafarme la chaqueta, y así, en pechos de camisa, me empujó afuera, cogió la chaqueta con la punta del bastón, me hizo pasar al patio, donde botó la chaqueta. Allí había otros varios hombres astrosos y de mal aspecto: eran los ladrones y facinerosos de Patía y otras partes. Entonces vi el espectáculo más triste y horroroso que pueda figurarse. El general Warleta, que había venido de Antioquia a reunirse con Sámano, se iba dirigiendo a cada uno de aquellos galeotes, no para darles la libertad como hizo don Quijote en ocasión semejante, sino para agravar su situación, y así le iba preguntando a cada cual, con tono de alguacil: «¿Por qué estás aquí, bribón?», a lo cual seguía poco más o menos el siguiente diálogo:

—Señor, porque me calumnian de haberme robado una mula en el Patía.

—Así lo creo. Déle usted cincuenta palos.

—¿Y tú?

—Señor, por una pendencia en que dicen que herí a un hombre.

—También lo creo: ¡veinticinco palos! ¿Y este?

—Señor, no sé por qué me tienen aquí.

—Por algo será. ¡Veinte palos!

Y por ese estilo iba recetando, como que nada le costaba, y las recetas se aplicaban inmediatamente sin apelación, con unas varas largas y delgadas. Al llegar adonde yo estaba se repitió la misma pregunta, y yo contesté resueltamente:

—Soy prisionero.

—¿Prisionero en dónde?

—En la Cuchilla del Tambo.

—¡Hola! ¡Buena alhaja! ¡Aplíquemele cincuenta palos!

—Señor —le dije—, que me fusilen más bien: prefiero la muerte a esta ignominia.

—Eso era lo que merecías, y no está lejos el día en que tenga yo el gusto de verte colgado. Cincuenta palos es lo menos que debe recibir un insurgente.

—¿Con qué derecho —le repliqué— me manda usted apalear?

Pero no me hizo caso y siguió su camino. Yo estaba frente al cuerpo de guardia de la puerta cuando me dieron el primer palo, que por estar en pechos de camisa me dolió mucho. Afortunadamente en ese momento entró el general Solís, gobernador de Popayán, y al ver la escena dijo: «¿Qué es esto?». Entonces grité yo: «Mi general, me han mandado dar cincuenta palos». La presencia del gobernador y la voz imperativa con que mandó suspender este acto cruel contuvieron a los ejecutantes, y dirigiéndose a Warleta, que estaba medio ebrio, le dijo: «¿Con qué derecho viene usted a cometer semejantes escándalos? Es un abuso que yo no toleraré. Esta gente está ya juzgada por las autoridades competentes. ¡Cuidado con tocarme a uno de esos hombres!». Este Warleta era un monstruo de crueldad y por dondequiera que pasaba dejaba bien sentada su fama de verdugo, en términos que con sólo oír pronunciar su nombre se estremecían las gentes. Se retiraba ya muy enojado el gobernador cuando yo le hice presente

que si nos dejaba nos iban a matar a palos. Entonces reiteró sus prevenciones, y mirándome a mí con cierto aire de interés, sin duda porque me veía tan joven, y en nada semejante a aquellos hombres, dijo al oficial de guardia que hiciese que dos soldados me acompañasen y siguiésemos con él, como en efecto salimos, y la gente me miraba creyendo que era algún criminal, pues iba sin sombrero y sin chaqueta; a esto se agregó que el gobernador entró a una casa, en donde se estuvo largo rato, y entretanto yo estaba en exhibición en la calle, pues los dos soldados se quedaron allí conmigo. Cuando salió le seguimos. «¿Adónde van ustedes?», preguntó. —Señor —dijo uno de los soldados—, este es el joven que mandó Vuestra Excelencia llevar. «¡Bien!», contestó, «síganme». Atravesamos por la plaza, y yo iba pasando por en medio de horcas y banquillos, manchados todavía con la sangre de tantos patriotas como en ellos habían sido sacrificados. Este espectáculo tan doloroso como repugnante me conmovió y me indignó; si hubiera llevado sombrero o gorra me lo habría quitado para saludar esos patíbulos y esa sangre ilustre derramada por una noble causa.

Llegamos a un cuartel y allí me dejaron los soldados y se retiraron. El oficial de guardia, que era un venezolano, estaba en una sala con más de treinta presos, de los principales sujetos de Popayán. Me miró fijamente y me preguntó cómo me llamaba y por qué estaba preso; tuve intención de no contestarle porque su mala facha no me inspiraba confianza, pero era tan antipática para mí su figura y me había chocado tanto desde que lo vi, que por picarlo le

dije: «Soy José María Espinosa, y estoy preso por insurgente». «¿Y todavía lo es usted?», me dijo en tono altanero y burlón. Estuve al decirle: «Cada día más», pero un señor de los que estaban presos, que después supe se llamaba Arroyo, me hizo señas de que dijese que no. No me resolví a proferir esa mentira que traicionaba mis sentimientos, y preferí callarme; el oficial enojado prorrumpió en injurias y amenazas de muerte contra los patriotas, me figuro que, no tanto por patriotas, cuanto por ser gente decente y distinguida la que allí estaba: toda de la aristocracia de Popayán, que, como la del país entero, fue la que principalmente hizo la revolución de Independencia y entregó su vida en los patíbulos y el destierro. Pero, ¡*oh tempora*!, exclamaremos aquí en tono serio: no ha muchos días que oí apellidar godo a uno de los descendientes de esos próceres, por un patriota de nueva emisión, cuyos ascendientes, a quienes conocí mucho, no tenían nada de próceres, ni aun de patriotas[11].

[11] Traslado a los inventores del bautismo de *godo* que recibió el Partido Conservador en 1861. Recordamos ahora la siguiente anécdota que trae Verardi. El marqués M. daba frecuentes y opíparas comidas a sus amigos, y estos, como era natural, hablaban muy bien de ellas y del obsequioso marqués. Una ocasión en que un grupo de convidados se deshacía en elogios del buen gusto y excelencia de las comidas, el cocinero, con su delantal y gorro blanco y con todas las ínfulas de antiguo cocinero de corte, se dirigió a ellos y les dijo: «Señores, espero que ustedes querrán darme alguna parte en los elogios que prodigan al señor marqués y a sus banquetes. Creo que Su Excelencia no es el que hace los guisados ni sufre las quemaduras

Mientras él se ocupaba en recibir otros presos, me acerqué a la puerta del balcón que daba a la plaza, y a poco rato oí el tambor de la escolta que conducía al patíbulo a dos desgraciados, los cuales pasaron por enfrente de mí, y diez minutos después sonaron las descargas. ¡Los pobres ya no existían!

Andaba yo de Herodes a Pilatos, como se dice vulgarmente, pues el mismo día me pasaron a otra prisión, cerca de la Casa de la Moneda, en donde también había muchos presos, entre ellos un señor Castrillón, de quien decían que se había vuelto mudo y demente. Si era cierto o fingido, no lo sé, pero para hacerlo hablar lo martirizaban de mil modos, aun metiéndole agujas debajo de las uñas; nada consiguieron, y esta circunstancia le valió para quedar salvo, no obstante que estaba condenado a muerte.

y pringues de la cocina; lo que es comer sí lo hace tan bien como ustedes, cuando está ya la mesa puesta». Este cuento puede tener muchas aplicaciones, ¡de cuántos militares que sirvieron a la Patria cuando ya no tenían esperanzas de poder servir al rey, no pudiera decirse otro tanto! A cuántos amigotes íntimos de los oficiales españoles, que vejaban y apaleaban a los pobres oficiales patriotas prisioneros, no pudieran dirigirse hoy las palabras del cocinero!... (Nota de José Caicedo R.).

XXIV

Mis peregrinaciones o correrías forzadas por la ciudad no cesaban. Era esta la quinta vez que cambiaba de habitación desde que caí prisionero, pues a pocos días de lo que voy refiriendo me trasladaron a la casa del obispo y me pusieron en una pieza baja, donde había también presas varias personas respetables, entre ellas algunos sacerdotes.

Como desde que salí del calabozo las señoras Valencias, mis protectoras, no tenían noticia de mi paradero, no habían podido mandarme la comida, y hacía algunos días que estaba pasando crueles hambres. Uno de los sacerdotes, viéndome en ese estado y compadecido de mi miseria y desnudez, me dijo un día con suma bondad: «He notado que usted no tiene qué comer: puedo ofrecer a usted mi chocolate». Di las gracias a este buen señor, pero rehusé aceptar su generosa oferta, a pesar de la necesidad que tenía. Él insistió, no obstante, haciéndome ver que no le hacía falta, porque tenía otras cosas que comer, y, además, podían traerle otra vez chocolate, y al fin hube de aceptar. Siempre recordaré con delicia esta sabrosa jícara de

excelente cacao de Neiva y, sobre todo, la buena voluntad con que me fue ofrecida por una persona de quien tanto distaba yo por su posición y carácter, pero que estaba animada de cristiana caridad. Nunca pude saber el nombre de mi galante benefactor, pero su amable fisonomía no se borrará jamás de mi memoria.

Dos días después entró a la pieza donde estábamos un caballero envuelto en su capa y, acercándose a mí, me dijo que le siguiese. Como me habían sucedido ya tantas cosas extrañas en las prisiones, estaba acostumbrado a estas peripecias, y así no me sorprendió aquel personaje ni lo que me dijo. Hacía mucho tiempo que obedecía sin replicar cuantas órdenes me daban porque el preso no tiene voluntad propia: comer o beber, entrar o salir, y hasta vivir o morir, todo lo hace por mandato ajeno. Tampoco me inspiraba recelo, pues su traje no era ni el de un carcelero ni el de un militar. Me llevó al palacio, o casa donde vivía Sámano, entramos a una sala, y me hizo quedar allí aguardando mientras él pasaba a la siguiente; al cabo de un rato salió y me entregó un papel, diciéndome: «Este es su pasaporte», y salió. Desdoblé el papel y vi que, en efecto, era un pasaporte en que se me confinaba por diez meses a la ciudad de La Plata, exigiéndome que saliera inmediatamente de Popayán.

Di gracias a Dios y a mi incógnito benefactor, a quien salí a buscar en el acto, pero no pude dar con él. En fin, ¡estaba en libertad, que no era poca fortuna! Emprendí inmediatamente mi viaje, pues nada tenía que arreglar ni prevenir para él, y no me hallaba en disposición de ir a

reclamar mi poca ropa y mi gorra, que se habían quedado en el calabozo cuando la aventura de los palos. Pero no quise, ni era justo, partir sin ir a despedirme de mis bondadosas protectoras las señoras Valencias, y manifestarles mi agradecimiento por todos los servicios que generosamente me habían prestado. Así lo hice, y ellas al verme en la situación en que estaba me instaron para que aceptase un pequeño auxilio, el cual recibí agradecido y me fue muy útil para mi viaje.

Tomé el camino en dirección al puente que atraviesa el río Cauca, cerca de Popayán, y apenas había andado un cuarto de hora cuando encontré un hombre caritativo que probablemente sospechó quién era yo, y acercándose me dijo: «Señor, no siga usted por este camino porque el señor Warleta está en el puente, y mata a todo el que llega sin pasaporte del brigadier Sámano, o con él, si llega a sospechar que es patriota». Yo que conocía al tal Warleta, no sólo de fama, sino por experiencia personal, resolví volverme a Popayán prefiriendo arrostrar las amenazas de Sámano, a caer segunda vez en las garras de aquel tigre. Di las gracias a este buen hombre, le ofrecí unos tabacos, y contramarché en el acto.

Esta resolución me tuvo cuenta, pues al pasar por una calle donde vivían unas señoras Espinosas, a quienes había conocido en otro tiempo, las cuales se hallaban casualmente en el balcón de la casa, me conocieron y me instaron que entrase; lo hice para saludarlas, pero les manifesté que no podía detenerme porque tenía orden de dejar aquel mismo día la ciudad. Entonces me obsequiaron con una

ruana, chocolate y unos escudos de oro, y se despidieron de mí con gran sentimiento.

Seguí mi camino y salí por el lado de El Ejido; al llegar aquí, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana, me acerqué y vi que era un antiguo conocido mío, el señor Matías Carvajal, patriota que, aunque no había tomado parte activa en la guerra, estaba también confinado. Habiéndole impuesto del objeto de mi viaje me dijo: «Yo también tengo que marchar, y si usted quiere acompañarme, mañana mismo nos iremos para Timaná, por la montaña de Hizno». Convine en ello; me hizo entrar a su casa, donde fui muy bien recibido y atendido por su familia, y al día siguiente marchamos a pie, conducidos por unos timanejos llamados Urtunduagas, los únicos que conocían esa montaña y la trocha que en otro tiempo se había hecho por los dueños de la hacienda de Laboyos para sacar cerdos, empresa que nunca pudo realizarse.

Como yo había pasado algunos días sin tomar alimento, y en casa de Carvajal había comido más de lo necesario, iba algo indispuesto, lo que, unido a mi aspecto pálido y demacrado por tan larga prisión y tantos padecimientos, hizo creer a los timanejos que yo no alcanzaba a salir de la montaña. La descripción que de ella me hacían era verdaderamente aterradora: nueve días de camino por riscos y breñas no transitadas por el hombre; tembladales, lodazales profundos y precipicios; ríos y pantanos no menos peligrosos, y todo esto sin más habitación ni resguardo que las cavernas, ni más auxilio que los pocos víveres que pudiéramos llevar. Ellos conocían eso porque

se ocupaban en sacar cacao cerrero de Neiva y Timaná en pequeñas cantidades y venir a venderlo a Popayán. Yo les dije que a mí no me asustaba nada de eso porque estaba acostumbrado a caminar a pie y a trepar por las más agrias montañas, pero al principio confieso que ellos no debieron creerlo, porque yo iba enfermo y me faltaban las fuerzas; así fue que mucho antes de llegar al pueblo de Puracé me dio un accidente y caí sin sentido, y como no era posible ni detenerse allí, ni llevarme cargado, los Urtunduagas me colocaron a un lado del camino, me pusieron el sombrero en la cara para resguardarme del sol, y me dejaron allí, esperando que cuando me repusiese continuaría mi camino y los alcanzaría en un punto de más comodidad para descansar.

Cuando me pasó el vértigo y volví a recobrar el sentido, abrí los ojos y me vi rodeado de unas indiecitas que me habían quitado el sombrero y decían: «Está vivo»; entonces sacaron un poco de aguardiente, me hicieron frotar la frente y tomar un trago y ya me sentí mejor. Les di las gracias a estas buenas mujeres que mostraban interés por mí, y levantándome seguí mi camino, después de que me dijeron que el pueblo distaba todavía bastante, pero que andando ligero podía llegar. En efecto, a las seis de la tarde vine a alcanzar a mis compañeros a la entrada del pueblo. Esa noche nos quedamos allí, Carvajal, con dos hijos grandes que lo acompañaban, los dos prácticos y yo, y al día siguiente madrugamos y continuamos la marcha. Como a dos horas de camino llegamos a un bosque espeso, el cual atravesamos con bastante dificultad, y al salir de él

se presentó a nuestra vista una extensa sabana de forma circular rodeada de muy altas peñas, tajadas perpendicularmente. Emprendimos la bajada, yendo yo adelante, por lo cual me dijeron los Urtunduagas: «Tenga mucho cuidado y abra bien las piernas, no se vaya a hundir, porque si se entierra no lo volveremos a ver más». En efecto, sentía que la tierra se movía debajo de mis pies, y que aquel no era un terreno sólido y seguro; era lo que llaman los llanos de Paletará, y, según la explicación que me hicieron, se supone que aquella fue una gran laguna, sobre la cual se había formado una espesa capa de tierra y ceniza; que sobre ella habían nacido plantas, especialmente la *cortadera*, cuyas raíces entretejidas formaban esa especie de alfombra vegetal.

Después he pensado que todo esto se relaciona con los fenómenos volcánicos de aquellos contornos; probablemente alguna antigua erupción del Puracé produjo allí un hundimiento del cual brotó el agua, o más bien barro, que formó la laguna, y me lo prueba así el aspecto de las rocas que parecen cortadas, a manera de las del Salto de Tequendama, en donde se dice que se verificó un cataclismo semejante. Ello es que el aspecto de aquel paisaje es muy singular, y como que se adivina instintivamente que el suelo ha sufrido allí algún sacudimiento o trastorno[12].

[12] Cuando después he visto los magníficos grabados con que Gustave Doré ha ilustrado los poemas del Dante, he recordado muy al vivo las impresiones que experimenté en aquel sitio.

Pero lo que llamó más mi atención en aquel misterioso valle y me impresionó de un modo extraño fue ver cómo de allí levantaban su vuelo majestuoso los cóndores hasta lo más elevado de las rocas. Varios de ellos pasaron por cerca de mí extendiendo sus enormes alas que proyectaban una extensa y movible sombra y, al cruzar rápidamente por sobre mi cabeza, zumbaban en el silencio de aquella soledad como el ruido de un huracán. Otras veces su vuelo sesgado, según la dirección del viento, hacía un ruido semejante al que hace una gran cometa de papel cuando impelida por un viento fuerte, se eleva cortando oblicuamente el aire, y trazando un grande arco de círculo, cuyo radio es la cuerda que la sujeta. Me parecía que una de estas enormes aves se había de abalanzar sobre mí para hacerme su presa como otro lo hizo con Ganimedes o para batallar conmigo. Confieso que hubo un momento en que temí o, por lo menos, tuve como posible una conjuración de todos esos gigantes habitadores de los Andes contra nosotros, inermes fugitivos, que íbamos a profanar su retiro. Si hay fieras entre los cuadrúpedos, ¿no podrá también haberlas entre los habitantes de los aires y de las rocas? De seguro aquellas aves ariscas no habían visto una sola persona viviente en muchos años.

Se alcanzaban a ver igualmente otras grandes aves que adelantaban y corrían, y entiendo que eran una especie de avestruces, pero cuadrúpedo ninguno llegamos a ver allí, ni aves menores, ni otra clase de animales.

Personas que han visto los verdaderos cóndores me han asegurado que no los hay en aquellas comarcas, y que

lo que vimos fueron probablemente grandes buitres. Es muy verosímil que así sea, pero cóndores los llamaban mis compañeros, y como yo no conocía, ni conozco estas aves, sólo puedo asegurar que, si en efecto eran buitres —que al fin tendrán algún parentesco— eran tan grandes que sus alas extendidas abrazarían un espacio de muchos metros.

XXV

Era preciso buscar salida por aquellas peñas, y en efecto la emprendimos, dirigidos por nuestros *baquianos* o guías. Vencimos, en fin, con no pocas fatigas, las dificultades, trepando por una especie de cañada fragosa y estrecha y agarrándonos con pies y manos, y a veces hasta con los dientes. De aquí para adelante desaparecía la trocha y tuvimos que seguir a los prácticos; esa noche nos quedamos en un páramo, al raso y tiritando de frío; yo me acosté sobre un montón de musgo seco, creyendo que aquello me abrigaría, pero este se fue hundiendo lentamente y amanecí casi sumergido en agua. Almorzamos chocolate, buen pan y carne asada que llevaban los prácticos en *líchigos*, o maletas muy largas y angostas que cargan a la espalda, y tienen que hacerlo de esta forma para poder pasar por los desfiladeros o callejones estrechísimos que se encuentran.

Durante cuatro días nada ocurrió de notable: el mismo paisaje, sólo que íbamos por un terreno pedregoso; las mismas noches a la pampa, sin abrigo y sin cama, y los mismos alimentos, pero al fin nos detuvimos y acortamos nuestras

jornadas porque decían que estaba muy bravo *el buey*. No pude saber lo que significaba esta frase, pero supongo que sería equivalente a la de *estar muy bravo el páramo*, o el volcán de Puracé, porque a veces brama y arroja ceniza que llueve con frecuencia en los contornos, además de la niebla o escarcha.

Amaneció un día muy despejado y sereno y tuvimos que aprovecharlo, redoblando nuestras marchas para desquitarnos del tiempo perdido y pasar lo más agrio del páramo. Después de haber andado mucho, yendo yo adelante, llegué a la orilla de un precipicio muy profundo, y creyendo que nos habíamos extraviado, pues no había por donde bajar, me detuve y pregunté a nuestros guías, y estos dijeron: «Por aquí», y comenzaron a descolgarse por unas piedras tajadas, de entre cuyas junturas o hendijas salían unos fuertes bejucos; de estos se agarraban y aseguraban con mucho cuidado para bajar, a manera de monos. Yo no vacilé en seguirlos porque no había otro remedio, y prefería exponerme a este peligro, a retroceder solo; procuraba imitar lo que hacían los otros, pero con gran temor de que se reventase uno de los bejucos y descendiese al abismo. Esta operación era más difícil para mí porque iba ya descalzo, y tenía los pies muy lastimados desde que atravesé el valle de los cóndores de que he hablado. Al fin llegué hasta un matorral y allí pude ya pisar tierra firme.

La fetidez que comencé a percibir era tal que casi no podía resistirla: un fuerte olor de azufre y de quién sabe qué otras materias me tenía trastornado; avancé con mucho trabajo y llegué a la orilla de un río, que era probablemente la

causa de la fetidez, pues sus aguas, de color plomizo, como la ceniza, y tan espesas como miel, se arrastraban lenta y perezosamente: de aquí sin duda le viene el nombre de *río Mazamorras*, pues es, en efecto, una verdadera mazamorra. Había atravesadas sobre la corriente unas maromas de guadua y bejucos, y supuse que por allí debíamos pasar, y que no habría modo de vadear el río. Me puse a contemplar aquella especie de puente colgante, bueno para que por él pasasen los micos, pero no los hombres, y allí me estuve aguardando a que llegasen mis compañeros, de quienes me había separado, y supe que la causa de la detención había sido que los Urtunduagas habían tenido que bajar a Carvajal con mil trabajos, valiéndose de cuerdas, o cargándolo a costillas. Me dijeron que el paso del río se hacía por ese puente, y dudé de que nuestros amigos Carvajales tuvieran valor para acometer aquella empresa.

—Pues si no puede pasar, que se quede —dijeron los guías—, porque nosotros no podemos detenernos, ni lidiamos más a don Matías, que ya estamos muy cansados.

—Eso no puede ser —les dije—, tenemos que pasarlos de cualquier modo, y en último caso, yo solo procuraré hacerlo, antes que dejarlos aquí abandonados.

Casi todo el día lo empleamos en tratar de componer aquella trampa que se estaba cayendo, y cuando nos metimos en ella nos vimos en calzas prietas para llegar al otro lado, en términos que los mismos baquianos dudaban de poder conseguirlo y se vieron en peligro de caer. No sé cómo logramos salir avante con aquellos señores, que tenían tanto y tan fundado miedo de hacer tales equilibrios

por el aire, pero al fin, dando gracias a Dios, llegamos a la orilla opuesta, desvanecidos y casi asfixiados por los vapores hediondos que subían del río, y de otras varias fuentes de la misma naturaleza que abundan en aquellos contornos.

Cuando emprendimos la subida del repecho de la montaña que estaba enfrente, era ya de noche, y no había modo de buscar abrigo ni se veía por dónde andábamos; pasamos una noche infernal debajo de unas piedras, y al día siguiente amanecimos cubiertos de ceniza, la cual siguió cayendo, y esto nos hizo apurar el paso, sin tomar alimento ninguno. Al fin cesó este fenómeno y pudimos respirar aire puro; nos detuvimos y desayunamos con bizcochos, dulce y agua que en la otra montaña habíamos recogido en botellas y cantimploras.

Estábamos en las faldas del famoso volcán del Puracé, que es el *timebunt* de Popayán y demás poblaciones circunvecinas. A medida que avanzábamos, la temperatura subía un poco y el aspecto del terreno se hacía severo y lúgubre; la vegetación desaparecía y sólo andábamos por un desierto de tierra y piedras calcinadas. Las cenizas y lava petrificada de aquel inmenso fogón, donde todo presentaba el aspecto de ruinas seculares, chirriaban bajo nuestros pies, y los baquianos decían que estábamos ya pisando la *cocina del diablo*. ¡Espectáculo grandioso, pero triste!, el ánimo se sobrecoge al contemplar las fuerzas de la naturaleza, los estragos de su furia y los peligros desconocidos a que están expuestas generaciones enteras. ¡Qué pequeño se ve el hombre entonces a sí mismo! Todo en aquella región es diferente de lo que estamos acostumbrados a ver: la tierra,

el aire, el cielo, el agua. Los cinco sentidos se hallan afectados por objetos extraños: la vista con los despojos de aquella tremenda fragua que no se ve; el olfato con olores de una fetidez insoportable; el oído percibe, o cree percibir, ruidos sordos y lejanos debajo de la tierra en medio de un silencio sepulcral; la respiración es precipitada y anhelante. Todo, en suma, es allí refractario y parece que rechaza a los seres vivientes. Si hubiéramos de creer que la tierra estaba en comunicación material con el infierno como parecía que lo creían nuestros conductores, los cráteres de los volcanes serían esas puertas de comunicación, y pensaríamos que sus alrededores estaban poblados por aquellos espíritus siniestros de quienes el vulgo dice que despiden llamas y olor de azufre. Para los naturalistas son deliciosas esas excursiones, pero los legos o profanos, a quienes no nos gusta jugar con candela, nos apresuramos a apartarnos de esas regiones fúnebres y horripilantes.

Estábamos en las faldas del Puracé, pero no veíamos su cima porque las rocas que se avanzan de aquel lado nos lo impedían, y sólo cuando estuvimos ya a mucha distancia, percibimos el humo que arrojaba y la luz intermitente, que a través del mismo humo se ve, como el reflejo de un grande incendio.

XXVI

Seguimos andando por entre rocas renegridas e inmensos montones de piedra pómez, calcinada por el fuego, sin encontrar un arbusto, una planta, ni un ser viviente: aquellos eran indicios, como se sabe, de antiguas erupciones volcánicas que todo lo habían destruido alrededor, dejando escombros y huellas que no se borrarán hasta que un cataclismo general las haga desaparecer. Esa noche llegamos a un punto donde termina ya la región volcánica y comienza a aparecer la tierra vegetal, y dormimos en unas cuevas espaciosas, ya fuera de peligro.

De aquí para adelante se presentaba otro paisaje, mucho más agradable por el contraste. El verdor de las plantas, el ruido de algunas fuentes de aguas cristalinas, un cielo despejado, y todos los objetos iluminados por el sol de una mañana alegre, era un conjunto capaz de recrear a cualquier persona, mucho más a nosotros que veníamos como de otro mundo.

Habíamos caminado ya tres o cuatro horas cuando llegamos a una montaña de árboles espesos, por donde se

cruzaban muchos riachuelos; íbamos bajando y sintiendo variación en el temperamento, sin duda esto reunido a los sufrimientos de los días pasados fue lo que indispuso tanto a Carvajal, que tuvimos que bajarlo cargado. A los nueve días cabales de haber salido de Popayán llegamos al sitio llamado las Palmas de Santa Lucía, en donde nos abrumaron una multitud de lechuzas y otras aves nocturnas que, espantadas de nuestra aparición, bajaban como con curiosidad hasta nuestras cabezas azotándonos con sus alas. Daba lástima ver a Carvajal y sus dos hijos[13] con los pies hinchados y llenos de heridas y contusiones. Yo no estaba menos estropeado, pero pude resistir mejor por mi robustez, y por estar más acostumbrado que ellos a estas fatigas que había sufrido durante tres años consecutivos de campañas por aquellas tierras.

Aquí se despidieron de nosotros los Urtunduagas diciéndonos: «Aquí quedan ustedes en vía para el Magdalena; no tienen más que bajar y seguir la trocha que todavía existe, y no hay pérdida». Al despedirme de estos hombres sentí no hallarme en estado de recompensarles su trabajo y servicios, y sólo pude ofrecerles uno de los pocos escudos que me quedaban de los que me habían dado las señoras Espinosas en Popayán al tiempo de mi partida, y la promesa de un reconocimiento muy sincero. Nos dejaron y nosotros seguimos nuestro camino, siempre por el

[13] Parece que uno de ellos vive todavía y es actualmente cura de un pueblo en la jurisdicción de Timaná.

monte, guiándonos por la trocha, casi perdida ya, que nos habían indicado los prácticos.

A poco trecho vimos un indio medio desnudo que andaba con una larga cerbatana —vulgo *bodoquera*— que tenía una ancha boquilla; después supe que dentro de la *bodoquera* ponía una saeta de guadua cuya punta estaba ligeramente untada del veneno que llaman *curare*; otros dos hombres estaban debajo de un árbol mirando para arriba, y le hacían señas al indio; este disparó a lo alto como para matar algún animal; entonces me acerqué a ellos para saber lo que era y vi trepado en el árbol un grande oso; este se había sacado la saeta, que le había herido un costado y la tiró. El feroz animal soltó un brazo de la rama de la que estaba agarrado, y entonces gritaron: «Ahora va a caer», y se apartaron un poco; enseguida soltó el otro brazo y cayó con fragor al suelo como un pesado fardo; estaba ya muerto. Yo no había visto osos, pero este me pareció muy grande y tenía en algunas partes poca cerda, porque, según decían los cazadores, era muy viejo, y sólo destilaba de la piel una grasa espesa. En el momento lo abrieron e hicieron con él todas las operaciones que se hacen con una res o un cordero, y nos ofrecieron un pedazo de carne, que decían era muy buena. Esta gente nos informó que el Magdalena estaba ya cerca y comenzamos a bajar lo más aprisa que nos era posible y cuanto lo permitía el bosque. Llegamos esa tarde a sus márgenes y precisamente al paso que hay al fin de la trocha. El pasero nos proporcionó fuego y asamos la carne del oso; apenas pude probarla por la repugnancia que me inspiraba: era de un color morado y formada

de hebras o filamentos muy gruesos, de manera que casi ni se podía comer. A pesar de las privaciones y malos alimentos a que estaba yo acostumbrado me causó tal asco, que lo poco que comí se me indigestó, y la impresión del sabor me duró hasta el otro día. Mis compañeros fueron menos melindrosos y no le hicieron el gesto, pero a todos nos hizo daño.

Esa noche ya nuestra situación varió notablemente: dormimos bajo cubierta, que era una enramada de cuatro estacas, y en verdad que no necesitábamos más, pues el calor era insoportable. Al día siguiente, muy temprano, tomamos chocolate y plátano asado, pasamos el río y seguimos nuestro derrotero. Antes de las diez estábamos en la hacienda de Laboyos, y el mayordomo de ella, don Juan Perea, nos permitió quedarnos allí todo el día, descansando agradablemente de tan largo y penoso viaje, para seguir al siguiente a Timaná. Este pueblo queda más abajo del punto por donde habíamos hecho la travesía del río, así fue que tuvimos que hacer un rodeo, o mejor dicho, un ángulo para descender a él.

Después de haber andado un largo trecho por un llano, seguimos por una empalizada, formada sobre unos pantanos; a uno y otro lado se levantaban inmensos guaduales, llenos de papagayos de distintos colores; titíes, y algunos llevaban a los más chiquitos encaramados a la espalda; también había monos grandes, de color gris, el pelo largo y coposo, pero ya al fin del camino nos sorprendió el ver un mono muy grande, que atravesó gateando y se arrimó a una media ramadita: pronto comprendimos que era un

hombre, le dirigimos algunas preguntas, entre ellas que por qué estaba vestido de esas pieles, y nos contestó que por el reumatismo.

Seguimos por un camino desierto, hasta llegar a Timaná. Nos presentamos a los alcaldes; mis compañeros debían quedarse allí, y a mí me despacharon para La Plata, adonde iba confinado, según mi pasaporte.

Emprendí, pues, mi camino, con bastante pena por tener que dejar a mis amigos, y llegué a la parroquia de San Antonio, o Hato Abajo. Mi primera diligencia, como es uso y costumbre entre los forasteros que no tienen conocimientos ni relaciones en los pueblos adonde llegan, fue dirigirme a la casa del cura, que era un padre Serrano. Este excelente sacerdote me recibió muy bien, me alojó en su casa y me trató con atención cuando le dije quién era y le referí mis aventuras. Allí estuve muchos días, como que nada me urgía llegar a La Plata, y puedo decir que fueron de los más agradables que pasé en aquella época. Al fin me despedí del buen cura, a quien no quería continuar siéndole gravoso, y que era quien con instancias me había detenido. Me regaló un poncho blanco, y viendo que iba sin corbata, me dijo: «Siento no poder ofrecer a usted una porque no las uso, pero lleve usted uno de mis cuellos, que suplirá esa falta y le abrigará». Pero lo que le agradecí más que todo fue una buena mula que me dio para que me llevase hasta el lugar de mi confinación y me presentase allí con decencia.

Me puse mi cuello de clérigo, monté en mi mula y con mil agradecimientos me despedí de este buen sacerdote,

deseándole todo género de prosperidades. Yo no dudo que todos estos servicios que gratuitamente recibía eran recompensa de los pocos que yo había podido prestar de buena voluntad a otras personas, y esto me es muy satisfactorio.

Llegué al pueblo del Pital, adonde entré caballero al trote largo de mi mula. Al pasar por la plaza me encontré con un señor Velazco, el cual me saludó diciéndome: «Adiós, señor doctor». Si yo hubiera sido algún truhan me habría valido de esta circunstancia para pasar por clérigo, y de este modo haber obtenido las atenciones y cuidados de las gentes; por lo menos aquel día hubiera almorzado de lo bueno, pues el fiambre que el cura me había acomodado en el cojinete se había consumido ya. No me atreví a usar de tal superchería, y como no llevaba dinero, tuve que seguir adelante. Por fin, al llegar a una hacienda llamada Las Cimarronas, vi un coro de negritas que estaban sentadas debajo de un árbol comiendo alegremente; me acerqué con pretexto de informarme del camino, y viendo ellas mi desfallecimiento y debilidad, o conociendo en mi cara la envidia que me daban y la provocación de su sabrosa comida, me ofrecieron galantemente plátano asado, arepa de maíz, y carne, con lo cual quedé tan satisfecho y agradecido, que no me cansaba de manifestarles mi gratitud. Me quedé conversando un largo rato con ellas, mientras mi mula bebía en la quebrada inmediata, y tomaba unos bocados de yerba. Les averigüé su vida y milagros, y a sus preguntas contesté con unas cuantas mentiras inocentes, pues no sabía en qué tierra pisaba. Ellas me dieron todas las noticias que pudieron, y volviendo a montar me separé de una compañía tan amable,

pensando que, si entre los santos hubo algunos negros, entre los pastores que han fingido los poetas pudieran colocarse estas pastorcillas africanas que, al decirme adiós, me mostraban sus dientes blancos y lucientes como hilos de perlas en una caja de terciopelo negro. Estas pobres muchachas vivían contentas en su esclavitud, sin pensar en una libertad que no conocían, y que tal vez les hubiera sido funesta.

XXVII

Creo conveniente repetir aquí que estas aventuras pueden no tener nada de extraordinario, pero ellas se relacionan con mi vida de soldado de la patria, y son la consecuencia de ella, y esta circunstancia les da el interés que puedan tener para los que leen con gusto todo lo que se refiere a aquella época gloriosa de los albores de nuestra Independencia nacional, y a los hombres inteligentes, probos y desinteresados que se pusieron al servicio de esa causa santa y pura, no corrompida por el hálito de las pasiones vulgares, ni puesta en granjería por los especuladores políticos que encontraron después la mesa puesta, como suele decirse, para sentarse a comer; de esa época, que pudiéramos llamar la época de Nariño, porque este fue por aquel tiempo la figura más notable que en la política, las letras y las armas brilló entre todas las demás —que no fueron pocas—.

Muchas otras personas pudieran referir lo mismo que yo refiero, y aun tal vez más, pues aquellos fueron días de grandes e inauditos padecimientos. Cuánto no hubieran

podido decir o escribir un don José Acevedo, el "Tribuno del pueblo", muerto de hambre en la montaña de los andaquíes, después de mil penalidades de todo género; un don José Miguel Pey, que buscado tenazmente por los españoles, se ocultó durante años enteros en recónditos bosques, donde no podía ni encender fuego por temor de ser descubierto, y de donde salió, si no enteramente desnudo como un indio salvaje, por lo menos con la traza de aquel Cadernio que andaba vagando por las asperezas de Sierra Morena; un doctor Fernando Caycedo y Flórez, sacerdote venerable —después arzobispo de Bogotá— que conservó hasta su muerte *medio real* que, en su destierro a los Llanos, le dio de limosna una buena mujer y que para él fue un tesoro, y cien y cien otros que hoy nos asombrarían con la relación de sus ignorados sufrimientos y fatigas, si los hubiesen confiado al papel, ¡ya que las historias no siempre pueden consagrar algunas páginas a pormenores de esta especie!

Pero el benévolo lector que hasta aquí haya llegado me permitirá que continúe —ofreciéndole que pronto terminaré— esta ingenua narración, por más que en ella no figure ya el estruendo de las batallas ni los hechos de heroico valor y estoico sufrimiento de nuestros padres.

Al llegar a La Plata me presenté a la primera autoridad, que era don José María Céspedes, quien tomó nota de mi pasaporte para certificar que había cumplido las órdenes superiores. Pero la gran cuestión para mí era saber cómo y de qué viviría allí, sin recursos, sin industria ni capital para emprenderla. Si yo me hubiera hecho pasar por médico,

por abogado, o por cualquiera otra cosa, como lo hacen muchos charlatanes, lo que no habría sido difícil, tal vez hubiera medrado, pero no ha sido ese mi carácter. En los primeros días me auxiliaron generosamente algunas personas, como el mismo señor Céspedes, un señor Borrero, que tuvo la bondad de recibirme en su potrero mi mula, el señor cura, que era un sacerdote caritativo y benévolo, pero esto no podía durar siempre, y así resolví pedir permiso para volver a San Antonio por unos días, donde el cura, en quien había hallado tanta protección, me abriría tal vez camino para emprender algo. Pero antes debo recordar que en La Plata el doctor J. M. Céspedes me dijo que con lápiz le hiciera un perfil del coronel Juan Mutis —alias "el Cejirrucio"— uno de los más valientes que murió cerca de las trincheras de la Cuchilla del Tambo, peleando por la libertad de su patria; la bondad y rectitud estaban grabadas en esta fisonomía.

En San Antonio, una señora Bernarda Silva, a quien allí había conocido, me ofreció la mesa y posada, lo que le agradecí cordialmente.

Una noche en que todos los habitantes del pueblo dormíamos tranquilos, nos sorprendió un ruido extraordinario y un sacudimiento de tierra tan fuerte que todos salimos sobresaltados a las calles. La gente, postrada en el suelo, pedía misericordia a voz en cuello. Yo me sentí aterrado porque el movimiento era muy fuerte y se prolongaba mucho, repitiéndose por intervalos cortos; el cielo estaba nublado, la noche oscura y se oían truenos a lo lejos, todo lo cual ayudaba a aumentar el miedo. Aunque yo había

sentido en Santafé un temblor bastante fuerte, hacía nueve o diez años, ni había sido como este, ni yo conservaba idea bastante clara de él porque entonces era un niño. Viendo yo que había cesado todo peligro, me fui a acostar, pensando ¡cuál habría sido mi espanto si este temblor hubiese tenido lugar cuando estábamos en las faldas del Puracé! El resto de la población permaneció en vela hasta el amanecer. Por fortuna el temblor, aunque fuerte, no ocasionó graves daños, y sólo se supo que fuera del pueblo se habían abierto en la tierra anchas grietas, una de las cuales ocasionó la ruina de una pequeña casa pajiza y la muerte de algunos animales.

Dicen que no hay mal que por bien no venga, o que Dios saca el bien del mal cuando le place: así me sucedió en aquella ocasión, pues el terremoto vino a proporcionarme recursos, aunque pasajeros y escasos. En medio del terror y sobresalto, la gente invocaba a San Emigdio, y el padre Serrano, a quien hallé también en la plaza, me dijo: «Como usted, según me ha dicho, es dibujante, haría bien en pintar algunos San Emigdios y ponerles la oración al pie, y vendería muchos». Aquella fue una inspiración que acogí con alegría. Yo había observado que en los alrededores del pueblo había tierras finas de diferentes colores, como almagre, siena, etcétera, y que preparadas convenientemente podían suplir los colores extranjeros; inmediatamente fui a recoger algunas; me forjé unos pinceles con pelo fino de cabra, y con ellos y con mi tinta de China puse manos a la obra. El primer día hice cuatro o cinco, copiándolos de un cuadro que había en la sacristía de la

iglesia y que el cura me franqueó, y los vendí en el acto a tres reales. El pedido de estos dibujos, que hacía en papel florete, fue tal que hube de subir su precio a cuatro reales, y logré colocar más de treinta, con lo cual tuve ya para pasar algunos días, o por lo menos para vestirme decentemente.

De regreso a Timaná llevé algunas de estas pinturas y me las compró el cura, reverendo padre Longaray, misionero del Andaquí, sacerdote lleno de caridad, sin duda más por favorecerme que por miedo de los temblores, no obstante que allí se había sentido el último muy fuerte. Con eso, y con algunas caricaturas que hice del tinterillo del pueblo y otros personajes poco queridos allí, así como de algunos jefes españoles, como el corcovado Zabala —las cuales sólo eran vistas por los patriotas, y yo se las vendía en mucha reserva— logré reunir algunos reales, con que pude vivir modestamente.

La suerte quiso sacarme de este pueblo cuando menos lo esperaba, aunque no para mejorar sino antes para empeorar mi situación. Había contraído amistad con un sujeto de Popayán, donde residía su familia, toda de patriotas, aunque no de lo más notable. Corría ya el año de 1817, y una noche me llamó a solas y me dijo que tenía que comunicarme buenas noticias, y sacando un papel blanco y extendiéndolo sobre la llama de una vela, comenzó a aparecer lo escrito, y, entre otras cosas que le comunicaban de su casa, leyó que las noticias de los llanos de Casanare eran muy favorables a los patriotas, pues allí se habían levantado guerrillas mandadas por el padre fray Ignacio Mariño, dominicano, cura de Tame, por Guleu, Ruiz y

otros independientes, y habían avanzado hasta Chocontá, sorprendiendo y destrozando todos los destacamentos realistas, y aun derrotando al mismo general Tolrá, lo cual tenía en gran consternación al feroz Sámano, que gobernaba en Santafé en ausencia de Morillo, y que se temía un desastre general, como que ya daban por perdida la provincia de Casanare, y se hablaba de la venida de Bolívar. También aparecieron unos versos, pero no recuerdo sino el primero, que decía:

Alégrate, ciudadanos,
que ya vuelve tu renombre,
y libre será todo hombre
del rigor de los tiranos.

Como al mismo tiempo que se comunicaba esto el jefe patriota Mora había logrado levantar otra guerrilla en Cartago, que se iba engrosando y amenazaba apoderarse del Valle del Cauca, nuestra alegría fue tanta que no podíamos disimular. Mi amigo —que no quiero nombrar porque su conducta posterior para conmigo fue pérfida y nada caballerosa— resolvió hacer un baile, sin objeto ostensible, pero en realidad para celebrar tan faustas noticias. Se armó en efecto el baile en una de las casas de la plaza, con un mal violín, guitarra, pandereta y bombo, o tambora. Bailamos al estilo del país, y bebimos en abundancia un mal licor que fabricaban allí y que llamaban *vinete*, con el cual nos alegramos más de lo necesario. Mi amigo comenzó a gritar entusiasmado «¡Viva la Pacha!

¡Viva la Pachita!» —se llamaba así una muchacha bonita del pueblo—. Yo le pregunté qué significaba esto, y él me dijo al oído y llevándome aparte, que quería decir «Viva la Patria», que aquel era el grito convenido entre los patriotas que allí había, y que para disimular decían «¡Viva la Pacha o la Pachita!». «Dejémonos de eso», le contesté, y grité con toda la fuerza de mis pulmones, y en mitad de la sala: «¡Viva la Patria!...».

Este grito resonó como un trueno formidable en la reunión; el baile cesó instantáneamente, los músicos se callaron, la gente comenzó a desfilar en precipitación cual si hubiera habido un terremoto, y como por encanto nos quedamos solos los gritones y el de la guitarra que estaba dormido sobre un escaño.

XXVIII

Los alcaldes del pueblo habían sido invitados al baile, como era natural, y al oír mi exclamación estentórea, fueron los primeros que tomaron el portante. Me quedé allí un largo rato, y al fin, como a medianoche, me salí a la plaza a tomar el fresco, cuando alcancé a divisar por el lado de la iglesia un farolito, a cuya escasa luz se veían varias personas que venían. Entré de nuevo a la sala, ya un poco más despejado, y le dije a mi compañero: «Estoy seguro de que aquella gente que allí se ve son los alcaldes que vienen a prendernos», y le insté para que nos escapáramos por la huerta de la casa, que daba al campo, pero él no quiso, y al llegar el tumulto de gente, salí corriendo, me metí por entre un maizal y, una vez fuera de la población, caminé largo trecho hasta llegar al amanecer al paso de La Guaira, en el Magdalena. De allí seguí a Hato Abajo, donde permanecí dos días, y oí decir que mi compañero estaba preso en Timaná.

Desde luego me fui a la casa de la señora Silva, y allí estaba medio oculto. Una noche fueron a llamar a la puerta

con apresuramiento: era la señorita Margarita Falla, linda joven, y entusiasta patriota que había emigrado de La Plata a San Antonio con la familia de don Juan Borrero, la cual entró diciéndome: «Espinosa, váyase usted en este momento porque vienen a prenderlo». Así, medio vestido como estaba, salí por el interior de la casa saltando por las paredes, pero la justicia, más previsiva, tenía allí gente apostada, y me cogieron, me amarraron y me llevaron a la cárcel. ¡Gran delito había cometido gritando «Viva la Patria»!, y tan grande que me podía costar la vida. Al día siguiente me enviaron a Timaná a pie y sin sombrero. El viaje corto pero mortificante por el mal tratamiento que me daban y por el modo como me conducían.

De Timaná me enviaron al nuevo camino de las Papas, que se estaba abriendo, destinado a trabajar en él, y me presentaron a un ingeniero español llamado Rubio. Este, que sin duda era un hombre racional o compasivo, no creyó conveniente dedicarme a aquel trabajo y me hizo llevar al pueblo de San Agustín, que quedaba al norte de la Ceja del Andaquí, y no habiendo donde colocarme, me consignaron en la cárcel. Al entrar oí que decía una persona: «Yo conozco esta voz». A mi turno dije: «Yo también conozco al que me habla». En efecto, era nada menos que mi compañero de baile que había gritado ¡viva la Pacha!, y a quien habían prendido allí mismo y conduciéndolo igualmente al lugar en que estaba. Al verme comenzó a decir en voz alta: «¡Gracias a Dios que cayó el causador de mis desgracias! Este fue el que gritó en el baile de Timaná ¡viva la Patria!, y por quien estoy padeciendo. Perdoné esta

debilidad, pensando que cada uno es dueño de su miedo, y de tener todo el que le dé la gana, y porque, además, viéndolo bien, él no dejaba de tener razón, puesto que el imprudente había sido yo.

Para hacerle ver que no estaba ofendido, me acerqué y le dije en voz baja: «He notado que este edificio no sirve para prisión; con la mayor facilidad podemos escaparnos esta noche». Entonces él comenzó a gritar: «¡Escuchen lo que me propone este malvado!». Por fortuna no oyeron nada dos indios que nos custodiaban del lado de afuera.

La cárcel era de bahareque. Me entró la tentación de escalarla, y cuando mi compañero de prisión se durmió, que fue temprano, aproveché los momentos en que los indios que nos guardaban estaban conversando tranquila y confiadamente, para emprender mi operación. A este efecto recogí una gran cantidad de hojas secas de plátano que había en el suelo, junto a uno de los cepos, y me las envolví en los pies para hacer bastante ruido y que no se percibiera el que hacía con las manos, separando las varas que estaban descubiertas en algunos puntos, y arrancando el barro, hasta que logré hacer una gran brecha y meter el cuerpo, no sin dificultad, pues la elasticidad de las varas hacía que estas me apretasen fuertemente, y temía quedar allí como ratón cogido en trampa.

Al fin logré escurrirme. La oscuridad de la noche era horrorosa, no se veía nada; a tientas bajé por una peña y llegué a un río o quebrada y lo pasé sin saber si corría algún peligro. Seguí por la falda de una loma y después trepé a su cumbre, donde me amaneció y alcancé a ver el pueblo

de San Agustín, como a media milla de distancia por elevación. Sabido es que en aquel pueblo o sus contornos existen curiosas ruinas de una antigua población indígena destruida, que demuestran el estado de adelantamiento en que se hallaban sus habitantes, pero mi visita a esos lugares fue tan corta, y eso de noche, que nada pude ver.

Aunque no soy arqueólogo ni anticuario, de buena gana consignaría aquí algunas noticias sobre esas ruinas de que nos hablan los viajeros. Sólo referiré lo poco que a mi paso pude ver y de que apenas conservo un recuerdo. La casualidad me condujo a un terreno bajo y limpio rodeado de tupida maleza. Allí vi una enorme piedra medio cubierta por un cerro que probablemente se había derrumbado en otro tiempo, cayendo encima: esta piedra llena de esculturas caprichosas, inscripciones y jeroglíficos, estaba levantada en alto y sostenida por varias estatuas formadas de la misma, y que representaban figuras humanas principalmente de mujer, a manera de las cariátides de la arquitectura griega. No recuerdo su número, pero no serían menos de diez las que quedaban descubiertas, y bastante perfectas. En un vallecito contiguo, rodeado de árboles, había otras dos estatuas colosales de hombre y mujer, que probablemente eran los ídolos de aquel que a mí me pareció templo. Confieso que aunque soldado, joven, y un tanto despreocupado, no pude menos de apartar la vista de aquel grupo que ofendía el pudor y la decencia.

Temiendo ser visto, me metí por una rastra y caminé todo el día hasta que llegué a un ranchito donde las pobres gentes que en él vivían me ofrecieron algún grosero alimento

y me dijeron que al otro día llegaría al pueblo de Suaza, tan conocido hoy por la fabricación de sus excelentes sombreros. Eran las siete de la noche cuando llegué a avistar dicho pueblo; al día siguiente no quise llegar a él y permanecí en otro ranchito miserable donde hallé plátano asado para comer, y por la noche bajé a la población, pero no pude permanecer allí porque me dijeron que el español Zabala, llamado "el Corcovado", y un tal Calvo, andaban por ahí haciendo diabluras, por lo cual salí inmediatamente y anduve toda la noche, hasta que al amanecer llegué a un trapiche de un señor Cuéllar, hombre generoso y caritativo, el cual me cuidó mucho dándome de comer y beber bien, y además me ofreció un buen caballo, aconsejándome que me fuese a una hacienda llamada Cuchasón, donde estaría más seguro, y que allí podía entregar el caballo al dueño de ella, el señor Antonio Sánchez, lo cual me serviría de suficiente recomendación.

Repuesto ya del cansancio y bien alimentado, tuve fuerzas para seguir, y no sólo con comodidad, sino con placer, pues hacía mucho tiempo que no tenía el de montar una buena bestia. Por fortuna, a poca distancia de la casa el camino seguía por una extensa y alegre llanura por donde podía galopar a mi sabor, pero siempre con alarma, porque tanto la gente del trapiche, como las pocas personas que encontraba en el camino, me decían que por esos alrededores andaban soldados realistas que habían llegado de Neiva. Aflojé un poco el paso al caballo para no fatigarlo y así caminé algunas horas, sin más molestia que la del fuerte sol, y cuando ya comenzaba a terminar el llano

y se divisaba un bosque, me desmonté cerca de una quebrada para aplacar la sed con unos tragos de agua, pero apenas había comenzado esta operación cuando, al mirar hacia atrás, vi que venían a caballo dos personas vestidas decentemente, y que apresuraban el paso; entonces volví a montar temiendo que fuesen enemigos y eché mi caballo al galope. A pocos momentos ya eran tres los que venían, y luego cuatro y cinco, lo que confirmó mis temores de que seguían mis pasos.

Apuré el de mi caballo, y cuando llegué a la orilla de un río, que llaman La Viciosa, ya estaban a distancia de tiro de fusil. Como el peligro de meterme a la corriente impetuosa era más remoto que el de caer en manos de aquellas gentes, no vacilé en tirarme al río, a pesar de lo crecido que iba, pero el caballo resistía entrar; en fin, tanto lo espoleé que el pobre animal, como si comprendiese mi peligro, cedió a mis instancias. Hacia la mitad de la corriente nos faltó la tierra y seguimos nadando; los bueyes de agua pasaban por encima de las ancas del caballo, y hubo momentos en que estuvimos casi sumergidos, hasta que al fin salimos a la orilla opuesta, a unos treinta pasos de distancia del punto donde nos habíamos echado.

En este momento ya estaban en el mismo punto los que me seguían, pero no se atrevían a echarse al agua porque habían visto que el peligro no era pequeño y probablemente no tenían confianza en sus caballos. Me había detenido del otro lado, y mi temor era que llevaran armas de fuego, pero luego reconocí que no tenían sino armas blancas. El ruido del agua apenas me dejaba oír las voces que me daban

diciéndome que parase y me entregase, y que en nombre del rey sería indultado. Les hice una seña de desprecio, y desnudándome me puse a torcer y secar la ropa, que estaba empapada, entonces comenzaron a insultarme y amenazarme, pero yo estaba seguro de que no se atreverían a pasar, y así colocando mi ropa a la cabeza de la silla, les hice otra seña de despedida y seguí tranquilamente mi camino.

XXIX

Llegué, al fin, a Cuchasón y don Antonio Sánchez, que era muy patriota, y a quien referí en breves palabras mi triste historia, me recibió muy bien en su hacienda y me atendió con el mayor interés. Allí me quedé por algún tiempo reponiéndome de las recientes fatigas, tomando buenos alimentos y en agradable sociedad. Era ese campo para mí como uno de aquellos oasis que pintan los viajeros: una tregua que me daba la suerte para descansar.

Desgraciadamente este señor tenía un hijo de carácter mezquino y de mal corazón, en nada parecido a su padre, y ni él pudo avenirse conmigo, ni yo con él. Quizá el temor de que su padre se comprometiese teniéndome en su casa le hacía mirarme mal, y yo por delicadeza hube de despedirme para ir a buscar asilo en otra parte. Salí de Cuchasón y me dirigí a la hacienda de Guasimilla, donde vivía un señor Agustín Díaz. Hallé buena acogida, mas, no queriendo exponerme a otro chasco, le manifesté que deseaba retribuir de alguna manera los servicios que allí recibiese, y entonces él me propuso que me encargase de

enseñar a sus hijos pequeños a leer, escribir y contar, y que él me daría los alimentos necesarios; acepté y me quedé en la casa durante bastante tiempo, tranquilo y gustoso.

Aproveché la ocasión de unos días de fiesta en que los niños debían estar de vacaciones, y le pedí permiso para ir a pasear a Hato Abajo, y me lo concedió. Lo primero que hice fue ir a visitar a mi amigo el padre Serrano, y en la primera conversación que tuvimos me dijo que Zabala, Calvo y el sargento venezolano Mercado andaban averiguando mi paradero, y que ya tenían noticia de que estaba en la Guasimilla. Por lo que me dijo comprendí que estos eran los que me habían perseguido hasta La Viciosa. «No debe usted exponerse», me dijo, «y me sorprende que haya venido hasta aquí; le aconsejo que regrese cuanto antes, porque esta gente le sigue la pista, y saben que usted es de los prisioneros de la Cuchilla del Tambo».

—Sin duda ignorarán —le contesté— que tengo pasaporte y que se me confinó a La Plata.

—Es natural que piensen que usted se fugó de la prisión —me dijo—. Y, aun cuando así no fuese, ¿Warleta no hacía matar a todos los que fueron prisioneros en aquella jornada, aun cuando tuvieron pasaporte de Sámano? Además, las cosas están hoy delicadas por los movimientos que hay en todo el sur y en el norte.

Con un informe como este determiné no volver a la hacienda, y le dije al padre: «Si usted pudiera proporcionarme una escopeta, pólvora y munición se lo agradecería mucho, pues entonces me metería en la montaña de Guacacallo o de La Cruz y allí podría permanecer algún

tiempo escondido hasta que hubiese oportunidad de salir sin riesgo». A pesar de lo peligroso que era tener cualquier clase de armas, el padre tuvo la bondad de proporcionarme todo, y algunos víveres y ropa, y partí inmediatamente, recomendándole que cuando se le presentase ocasión hiciese saber al señor Díaz lo que había ocurrido.

Me interné en la montaña, sin más guía que mi instinto, ni más brújula que el sol; mi situación era extrema, pero a mí nada me arredraba, y sobre todo prefería morir entre los bosques, como otros patriotas, a caer en manos de los españoles y ser su víctima. Una trocha o senda muy estrecha que partía de la orilla de un arroyo me dio indicio que por allí habitaba alguna persona; la seguí y ella me condujo a una pobre cabaña donde vivían unas gentes miserables que se alimentaban escasamente con los productos casi espontáneos de la tierra. Se sorprendieron tanto de verme que trataron de huir, sobre todo cuando mi escopeta les hizo creer que yo era hostil para ellos, pero los tranquilicé dejando mi arma a un lado, y ofreciéndoles algo de lo que llevaba. Pronto fuimos amigos y yo tomé de ellos todas las noticias que necesitaba acerca de la montaña y de los recursos o peligros que en ella había, y como aquel sitio era muy apartado y oculto, resolví instalarme en sus inmediaciones, pero para no ser importuno a esta pobre gente, fabriqué a distancia de unos doscientos pasos de la suya mi barraca de varas y rama que había de servirme de abrigo.

El día lo pasaba andando por entre aquella espesura, razándola con el cuchillo que llevaba al cinto, cortando leña o chamizo, para llevarles a mis vecinos, cogiendo frutas

silvestres y matando pavas y guacharacas que nos comíamos todos. Por la noche encendía dos o tres hogueras alrededor de la barraca, tanto para evitar que viniese algún animal montaraz, como para poder ver cualquier peligro que hubiere y además dejaba cargada mi escopeta. Con unos bejucos largos fabriqué una especie de columpio o hamaca, que me servía para dormir y para preservarme de los bichos o animales dañinos.

Pero, aunque acostumbrado a esta clase de trabajos y privaciones, la vida de ermitaño que llevaba forzadamente se me hacía dura; la soledad y el silencio me tenían abatido; la ociosidad y monotonía me fastidiaban, y, últimamente, hasta la carne de las guacharacas y pavas me disgustaba ya. Además, las municiones comenzaban a faltarme, y no me sentía bien; así fue que resolví emigrar de aquellas breñas y despedirme de mis medio salvajes huéspedes. Me entregué en manos de la Providencia, y como esta jamás abandona a sus criaturas, me sacó de allí por donde el bosque le permitía, sano y salvo, y me condujo a una labranza que había cerca de La Cruz. Era esta de don Francisco Buendía, quien me recibió bien y se alegró cuando le di noticias de doña Bernarda Silva, a quien conocía mucho. Aunque muy pobre este sujeto, era tan bueno que me dio hospitalidad en su casa.

Estando aquí, hice una correría por las orillas del Magdalena, e internándome insensiblemente en el bosque, a gran distancia, divisé entre los árboles un objeto blanco que me llamó la atención. Picado de la curiosidad me acerqué más y más, y vi que era un toldo; esto me excitó a saber qué

significaba una cosa tan extraña, y cuando estuve a corta distancia descubrí a un viejo que estaba sentado sobre unas petacas de cuero, y a su lado una señora, también anciana; ambos tenían aspecto de gente distinguida por su traje y su fisonomía. Me resolví a entrar al toldo, y dirigiéndome al desconocido le dije en tono familiar: «Amigo, ¿qué hace usted por aquí?». Al verme y al oírme fue tanto su temor que arrodillándose y juntando las manos me dijo: «Señor, por Dios, no vaya usted a matarme, ¡vea usted en qué puedo servirle!...». Lo levanté sonriéndome para que viese que yo venía de paz y que nada tenía que temer, y después de tranquilizarlos, a él y a la señora, que había huido precipitadamente, le supliqué me refiriese su historia, que tal vez se parecería algo a la mía. Quiso él saber primero quién era yo y de dónde venía, y yo le referí tan brevemente como pude mis aventuras y trabajos desde que salí de Santafé. Entonces el buen viejo, abrazándome con gozo me dijo: «Querido paisano, ¡cuánta dicha es para mí encontrar con usted en estas soledades! Yo soy Francisco González, dueño de una grande hacienda en la Sabana de Santafé, llamada Potrerogrande; a fuerza de privaciones y economías hice un buen capital, con el cual vivía tranquila y holgadamente con mi familia, pero el demonio de la política se me metió en el cuerpo, y esta fue la causa de mi ruina, y de verme desterrado y perseguido y oculto en estos bosques huyendo de mis enemigos. He sido patriota. Entre mis mismos paisanos tenía enemigos que se preparaban a denunciarme a los españoles que estaban ya en vía para Santafé y habían sitiado Cartagena. Fue tal el terror que

se apoderó de mí a la aproximación de los españoles, que emigré con toda mi familia, en pos de un cuerpo de tropas que venía para el sur, el cual podía protegerme en caso necesario. Al llegar al pueblo del Pital tuve noticia de la entrada de Morillo a Santafé, de las malas intenciones con que venía y de la improbación que dio al indulto expedido por Latorre en Zipaquirá en favor de los patriotas, y no creyéndome seguro en ninguna parte, pues este país está infestado de enemigos, tanto españoles como americanos, he venido a sepultarme en este desierto con mi familia, que se compone de mi mujer y siete hijos, cuatro mujeres y tres varones, el menor de ellos de catorce años».

«Yo les perdono a los españoles», agregó, «que nos persigan y exterminen, pero que lo hagan nuestros compatriotas no tiene perdón de Dios ni de los hombres, y reniego de la infamia de los mismos americanos, entre los cuales hay muchos que se han manifestado patriotas mientras la causa de la patria estaba triunfante, y que al verla en peligro le han vuelto la espalda».

Por ese estilo me refirió todos sus padecimientos muy al por menor, y habiéndome yo quedado con él por instancias suyas, cada noche me refería algún nuevo episodio o aventura. Cuando ya tuvo más confianza conmigo, y estaba más seguro de mi lealtad, me contó que un señor Calvo lo había sorprendido en un ranchito cerca de La Plata, y vendiéndosele por amigo y protector, lo había engañado diciéndole que iba a sacarle un salvoconducto del gobernador de Neiva, Ladrón de Guevara, y que con este pretexto, y últimamente con amenazas de denunciarlo,

le había obligado a entregarle una gruesa suma, gran parte de lo que había podido salvar y sacar de Santafé para su expedición. «Bastante me queda allá todavía», agregó, «pues he dejado enterrada en la casa de la hacienda una cantidad considerable, pero lo que traje en oro se ha ido consumiendo y el saqueo de este señor me ha arruinado casi por entero. Sin embargo de eso, yo he sido y soy todavía patriota, como usted, porque creo que esta es la causa más justa, y espero que Dios me protegerá, lo mismo que a usted».

XXX

Como no tenía prisa de salir de allí y esta buena familia me detuvo con tantas instancias, me quedé a vivir con ella. La circunstancia de nuestras comunes opiniones, de ser paisanos, es decir, todos santafereños, de haber corrido unos mismos riesgos y de participar unos mismos padecimientos, nos hizo hallar mutuo agrado e interés en nuestras relaciones y amenizó un tanto nuestra suerte. Tal vez veían en mí también un protector, o por lo menos un apoyo, en el caso desgraciado de ser descubiertos. Lo cierto es que yo, además de agradable conversación y compañía, maté el hambre atrasada con buen jamón, salchichones y excelente cecina, restos de la abundante provisión que hizo mi paisano y amigo para pasarlo lo mejor posible en su retiro, y cuyo consumo economizaba lo más que podía, pues ordinariamente se mantenían con la caza, con los productos de un pequeño sembrado, y con lo que los jóvenes traían de la labranza de Buendía, en las excursiones que de tarde en tarde hacían por turno.

Notaba que el señor González, ya viejo, y aun toda su familia, tenían un aspecto enfermizo y débil, y desde luego

inferí que aquel clima ardiente y húmedo no les convenía; que por consiguiente debía tratarse de mudar el campamento a otro punto menos insalubre, pues de lo contrario podrían enfermarse seriamente y aun comprometer su vida. Así se lo intimé un día, y, en fuerza de mis reflexiones, aunque no sin vacilar, resolvieron que nos trasladáramos a un sitio llamado La Cruz, no muy distante de la hacienda del señor Buendía.

Pasados unos días hice un viajecito a Timaná para cobrar del cura unos reales que me debía de algunas pinturas de San Emigdio que le había vendido, con lo cual podía proveerme de varias cosas y no volver con las manos vacías a casa de mi huésped.

Me fui, en efecto, a pie, y llegué de noche a Timaná, adonde entré por calles excusadas, pero como la noche estaba muy clara y enfrente de la casa cural había grupos de gente, no quise entrar por la puerta de la calle y me introduje por el interior que conocía perfectamente. El señor cura estaba jugando ropilla con un señor Velasco y otros dos sujetos, y al aviso que le dio la cocinera de que había entrado gente por el interior, salió; al verme me reconoció, y aunque no improbó el modo como había entrado, me dijo que de ninguna manera me convenía permanecer allí, pues había requisitorias para prenderme, y él no podía arriesgarse a darme asilo. Yo le manifesté el objeto de mi viaje, y él conviniendo en la justicia de mi reclamación, sacó ocho pesos y me los dio, con lo cual salí muy contento por la puerta de la casa. En la mitad de la plaza estaba clavado un palo y en la extremidad de él se veía una

cosa que no pude saber lo que era hasta el otro día. A pesar de la mala noticia que me dio el cura, resolví aguardar hasta la mañana siguiente, y me acerqué a una casita cuya puerta estaba entreabierta; allí me senté y aguardé hasta el amanecer. A esta hora salió una mujer, a la cual pedí algo de almorzar y accedió con el mayor cariño, y preguntándole qué era eso que estaba en la plaza, me dijo que eran las manos de un señor que había roto un retrato de Fernando VII, y gritado en un baile en Timaná: «¡Viva la Patria!», y que al compañero de dicho señor le andaban buscando.

—Según eso —le dije—, ¿ese sujeto fue pasado por las armas?

—Sí, señor, en Neiva.

Era sin duda mi antiguo compañero de baile, a quien había hallado después en la cárcel de San Agustín. ¡Cómo quedaría yo al oír semejante respuesta! Sin embargo, la noticia era falsa o alterada: después supe que el fusilado había sido un coronel Tello, neivano. Probablemente lo del retrato también era una invención, pues es prurito común entre nosotros adulterar y sobre todo exagerar las noticias, añadiéndoles cada cual su ribete, por si algo les faltare.

De regreso toqué en la hacienda de Guasimilla, y tuve motivo de felicitarme por haber hecho este viaje, pues allí supe por peones y otras gentes de Timaná que habían llegado a negocios de campo, que los presos que había en el mismo Timaná, en La Plata, en San Agustín y otros pueblos, por compromisos con los patriotas, por su decisión por esta causa, y aun por haber tomado las armas, habían sido puestos en libertad a consecuencia de un indulto general

expedido por Ladrón de Guevara en virtud de órdenes superiores que había recibido. No vacilé un momento en volverme a Timaná con el objeto de cerciorarme de la exactitud de estas noticias y saber si podría hallarme comprendido en aquella amnistía. Supe que el indulto era general, y que no haciéndose excepción, yo quedaba comprendido en él. Entonces me presenté a las autoridades e hice que se me expresase así por escrito en el ya casi deshecho pasaporte de Sámano que llevaba siempre envuelto en un trapo, y con tan buena noticia regresé en busca de mi paisano, a quien sin duda le interesaba tanto como a mí.

Comuniqué a la familia de González las buenas nuevas que traía, y los invité para que nos viniésemos a Santafé, pero este me puso varias dificultades y resolvió aplazarlo para más tarde. Entretanto nos trasladamos a la parroquia de San Antonio donde ya respirábamos con más libertad.

Resuelto yo a arriesgarlo todo y emprender mi viaje para Santafé, se lo dije a mi paisano, y él me lo improbó altamente, citándome ejemplos de que los realistas no respetaban ni cumplían su palabra, como había sucedido con el indulto de Latorre, y que, en su concepto, estas amnistías eran más bien lazos que tendían a los patriotas para que estos se presentasen. No dejaba de hacerme fuerza esta observación, pero yo estaba deseoso de volver a mi casa, y cansado de pasar trabajos de toda clase. Por tanto me despedí de mis buenos amigos, no sin gran pena y agradecimiento por su generosa hospitalidad, y me dirigí a la hacienda de don Agustín Díaz, tanto para hacerle mi última visita como para solicitar que me diese prestada una bestia,

a lo menos para las primeras jornadas, pues deseaba viajar con más comodidad y adelantar cuanto pudiese. Me dio, en efecto, una mula para que viniese hasta el pueblo de Jagua, pero habiendo sabido que él manifestaba temores de que se le perdiera, se la devolví del camino con una carta que no debió de gustarle mucho, y seguí a pie, como siempre, sin más recursos que lo poco que me quedaba de los ocho pesos del cura de Timaná.

XXXI

ESTOY YA, PUES, EN CAMINO para la capital, de donde me hallaba ausente hacía algunos años, sin tener noticias de mi familia durante mucho tiempo. Las personas indulgentes que hayan seguido hasta aquí mi relación me excusarán de entrar en los pormenores de este viaje. Deseo llegar pronto a mi casa y, además, ningún incidente ni accidente notables me ocurrieron en él. Sólo diré, para terminar, que ni aún los peligros habían disminuido para mí, en mi calidad de patriota y soldado de Nariño, pues aquellos caminos y poblaciones eran frecuentados por tropas realistas que se movían de una parte para otra, que se relevaban e iban en comisiones del servicio, por lo cual tenía que andar con el mayor cuidado y cautela, tomando todas las precauciones necesarias para no ponerme al alcance de ellas, pues con esa gente no valían pasaportes, salvoconductos, ni aun indultos, y lejos de las grandes poblaciones era fácil que cometiesen toda clase de violencias, como la experiencia lo acreditaba.

Casi siempre me desviaba del camino real y me entraba por el monte, y aun procuraba ocultarme de día y caminar

de noche. Varias veces estuve a punto de ser visto, y en ocasiones me hallé tan cerca del peligro que no sé cómo pude escapar. Solía pasarme días enteros sin moverme de un punto; esto hizo que me alcanzase el jefe español don Basilio García, que venía de Popayán con su batallón. Estaba yo escondido detrás de unos matorrales cerca del camino, y alcancé a oír el siguiente diálogo, pues a todo el que pasaba lo detenían para hacerle preguntas y examinarlo. Venía un peón cargado con su maleta, fornido y pequeño de cuerpo, y el mismo don Basilio le preguntó:

—¿De dónde eres tú?

—Señor, soy hijo del Gigante.

—¡Ola!, ¡hijo del gigante y tan pequeño! ¿Y adónde vas?

—Voy para La Plata, mi general.

—Pues anda con Dios, y él te dé mucho de eso.

En medio del susto que tenía no pude menos de reírme de una ocurrencia tan andaluza.

Por este estilo andaba yo siempre, como se dice, escapando el bulto, hasta que al fin descubrí en lontananza el hogar que había abandonado hacía tantos años, por lo cual di gracias a la Providencia que por entonces me restituía a los míos.

Entré de noche a Santafé y me dirigí a mi casa. Mi familia, que estaba reunida, no me reconoció al pronto; tal era el estado en que venía y lo desfigurado que estaba, pero ¡cuál sería su sorpresa cuando les dije quién era! Esta escena la dejo a la consideración del lector.

A los dos días fui a presentarme a la Audiencia como me lo ordenaba el pasaporte y por casualidad se me ocurrió

esperar que estuviera solo el oficial mayor, que lo era don Andrés Maldonado —que todavía existe—, a quien le presenté el pasaporte; lo leyó, y habiéndose persuadido de que estábamos solos me dijo: «No se presente usted porque aunque lo hayan juzgado, sentenciado y cumplido su condena, lo ponen de soldado».

Por consejo de él mismo me abstuve de salir a la calle, pues por las malas noticias que había para los españoles, los patriotas eran mal mirados y muy vigilados. Ya Sámano era virrey, nombrado tal por el Gobierno de Madrid a indicación de Morillo, y sabido era el carácter cruel y sanguinario de aquel viejo; también acababa de llegar a Santafé el coronel Barreiro, enviado por Morillo, que no confiaba en el valor ni aptitudes del general Tolrá, en circunstancias tan graves como el levantamiento de Casanare; así era que por entonces no había sino motivos para temer nuevas persecuciones. A pesar de estar oculto, no dejé de hacer algunos viajes, tanto por restablecer mi salud quebrantada, como por emprender algún negocio, el cual me salió muy mal, porque viniendo una vez de San Juan de Rioseco con unas cuatro cargas de tabaco de contrabando, más acá de Bituima, alcanzaron a ver los arrieros que iba Góngora con los guardas; en el instante cortaron las sobrecargas, botaron el tabaco y regresaron a galope para su tierra; yo no me atreví a huir con ellos porque mi caballo era muy lerdo y lo dejé en el camino, me metí al monte y con mil trabajos salí al otro día a Anolaima, como a las cinco de la tarde, donde encontré a mi pariente Ignacio Ricaurte, hermano de Antonio, el héroe de San Mateo. Este encuentro

me proporcionó medios para volver a Santafé. Pero no fue suficiente esto para que yo dejara de hacer otro viaje a San Juan de Rioseco.

Hago esta relación, tal vez poco interesante para el lector, porque ella me conduce a dar a conocer de paso mis relaciones con un personaje célebre y memorable en nuestra historia, tanto por su valor, que rayaba casi en fabuloso, como por su carácter cruel y sanguinario, formado más bien en la larga guerra con los españoles que por obra de la naturaleza. Este era el general Hermógenes Maza, de una familia notable en Santafé, y cuyo nombre se hizo popular y su arrojo proverbial por los hechos, no siempre disculpables, que ejecutó en la guerra de la Independencia.

Haría unos dos meses que estaba yo en San Juan, cuando llegó a aquel pueblo un venezolano Álvarez, que se había casado con una hermana del general Maza, y venía huyendo de este, que lo buscaba para matarlo por no sé qué desavenencia que había entre ellos. Álvarez sabía que su cuñado cumplía siempre esta especie de promesas, y se acogió al cura solicitando de él amparo; el cura le proporcionó modo de ocultarse en casa de una persona conocida, y ahí se quedó algunos días.

Disgustado ya de ese pueblo me volví a Santafé. Cuando llegué a Bituima encontré allí a Maza, que iba disfrazado, en demanda de Álvarez. Luego que me vio, y yo le dije quién era, me manifestó mucho cariño, y me preguntó si me había encontrado con Álvarez; le dije que ni le conocía, ni había visto por ahí persona alguna forastera, que era seguro que él no andaba por allí. Entonces resolvió volverse

conmigo a Santafé, e hicimos el viaje juntos. Cuando llegamos se despidió de mí, y no sólo me instó para que le visitase, sino que me ofreció que lo haría conmigo.

Cumplió su oferta, y de cuando en cuando me hacía largas visitas en que hablábamos de las cosas del día. En una de ellas me dijo que estuviera listo, porque sabía que el ejército de Bolívar venía ya muy cerca por el norte, y que era preciso que fuéramos a reunimos con él. Unas dos noches salimos a pasear disfrazados: entramos a un billar y Maza me dijo: «Mira, aquel que está allí es desertor del ejército republicano; aquel otro, se pasó a los españoles y les está sirviendo con un sueldo de cuarenta pesos» —¡pero quién lo iba a creer! Después fueron pensionados y tenidos por héroes de la Independencia—. No volvió Maza a aparecer en muchos días, y entretanto llegaban noticias tan alarmantes para los españoles como satisfactorias para los patriotas. El coronel Barreiro había salido en abril con una fuerte división para Casanare con el objeto de batir a los independientes que se organizaban bajo el mando en jefe del general Santander, y fueron tantos los contratiempos de escasez, falta de caballerías, deserciones y bajas en su ejército, que tuvo que contramarchar a pocos días. A esta sazón se levantaban guerrillas en Tunja, el Socorro, Valle de Tenza y otros puntos que amenazaban seriamente las fuerzas españolas por todas partes. Se decía por lo bajo que Bolívar se había reunido con la división que traía de Venezuela al ejército granadino, y que estaban ya juntos en los valles de Sogamoso y Cerinza, pero nadie en Santafé, ni aun los patriotas, creían que pudieran triunfar del

ejército español. Esta circunstancia, el publicarse todos los días noticias falsas de los triunfos de Barreiro, la vigilancia extrema que se observaba con nosotros, y más que todo, el mal estado de mi salud, no me habían permitido trasladarme al norte en busca del ejército independiente, como lo deseaba. El día 8 de agosto de 1819 salí a pasear, estaba frente a la Quinta de la Paz cuando vi venir a un soldado y un oficial de los españoles: a un tiempo nos conocimos; era el sargento Perdomo —alias "Maravillas"— a quien yo dejé salir de su prisión una noche. Este me llamó a solas y me dijo: «Sabrá usted que los españoles han sido derrotados en Boyacá y que el virrey Sámano mandará tocar a degüello esta noche; le aviso para que dé providencia con su familia y adiós». No sé por qué no le creí, ni lo dije en casa, y después se supo, que si no se hubiera opuesto fuertemente el general Calzada, ya estaba don Basilio García con su batallón preparado para ejecutar la orden del virrey, si este no hubiera atendido las reflexiones de Calzada.

XXXII

Eran las siete de la mañana del 9 y me estaba levantando de la cama, cuando una formidable detonación conmovió la casa hasta sus cimientos. Era la explosión del parque que estaba en el Aserrío, media legua al sur de la ciudad. El motivo de ella, como todos saben, fue la derrota de los españoles.

El ejército patriota había triunfado completamente en Boyacá el 7 de agosto, derrotando y destruyendo el fuerte y disciplinado ejército español, después de otros triunfos parciales. Esta terrible noticia había llegado a Santafé el 8, y al día siguiente muy temprano emigró precipitadamente el virrey Sámano, con todos los empleados, y custodiado por su guardia de alabarderos, dirigiéndose a Honda para seguir a Cartagena y allí embarcarse para España, pues la pérdida había sido decisiva. El coronel Calzada que mandaba la guarnición, luego de que salió el virrey, hizo poner fuego al almacén de pólvora del Aserrío, y se fue también con los quinientos hombres de tropa que habían quedado, dirigiéndose a Popayán.

Esta era la detonación que había sentido. Apenas había pasado cuando se presentó Maza en mi habitación, instándome para que saliéramos. Me parece que lo veo con su capote de bayetón de color carmelito, su cantimplora terciada y un fusil al hombro, y en compañía de un tal Temes, cartagenero, hombre de su escuela y de su mismo temple. Como yo le tenía más miedo a Maza que a los godos, no quise replicarle, y diciéndole que me aguardase un momento, fui a buscar a mi hermano Eugenio para que saliese conmigo. «No necesitan armas», dijo Maza, «porque vamos a tomarlas al cuartel de caballería».

¡Qué aspecto el que presentaba la ciudad! Las calles estaban desiertas; partidas de soldados de caballería las recorrían sin orden ni concierto; oficiales afanosos y turbados daban órdenes aquí y allí; toques de cometas y tambores por dondequiera; el patriota don Francisco González recorría de prisa las calles principales con un muchacho que tocaba generala, cosa de que nadie hacía caso, porque los realistas huían o se ocultaban y los patriotas no se atrevían a salir por temor de las violencias y venganzas a que podían entregarse los españoles en aquellos últimos momentos. Fuera de unas pocas personas que solían atravesarse de una parte a otra despavoridas o conduciendo algunos objetos como de equipaje, sólo nosotros andábamos por entre los españoles que nada se atrevían a decirnos, ni aun nos miraban: estos eran los últimos restos de la guarnición que había quedado en la ciudad y que se preparaban a salir también.

En el camino se nos reunió don Nicolás Sánchez, y cuando llegamos al cuartel de caballería que estaba en la

plazuela de San Francisco, abandonado ya por la tropa y en donde solamente había quedado un cuartelero, y unos pocos hombres que se ocupaban en trasponer a toda prisa varias armas y municiones, el español que estaba dirigiendo la operación, al vernos, y al reconocer a Maza que iba con su fusil, se tiró por el balcón para huir. Salimos de allí armados y municionados y nos dirigimos a San Diego, por donde estaban entrando los derrotados de Boyacá. Una de las personas que encontramos en la calle fue un dependiente de confianza de la casa de don Eduardo Sáenz, que aprovechándose de que este señor había emigrado precipitadamente, dejando abandonados todos sus intereses, estaba saqueando la casa con otros. Nuestra presencia fue suficiente para que huyesen atemorizados y se escondiesen. Yo supuse que aquel hombre sólo trataba de poner en salvo los intereses de su patrón, pero cuando, muerto en Cartagena Sáenz, volvió a Santafé su esposa, la señora Concepción Pedreros, hizo las reclamaciones del caso y nada pudo conseguir que le devolviese.

De San Diego para allá encontramos varios derrotados que venían, ya solos, ya en grupos, y Maza comenzó a hacerles tiros de fusil, pero ellos, lejos de hacer frente, se entraban a los potreros, desviándose del camino. Nos devolvimos para la ciudad, y cerca del Hospicio, nos detuvimos mi hermano y yo, viendo a un señor Venegas muerto de un balazo que le acababa de dar un negro de los españoles que salió por las calles haciendo fuego. Seguimos, y al llegar a la plazuela de San Francisco, sale Maza por detrás del Humilladero de manos a boca. Apenas me vio montó

su fusil y me lo apuntó a quemarropa... Por fortuna conservé sangre fría, y como conocía el carácter de este hombre, le grité: «¡¿General, está usted borracho?! ¿Ya no me conoce usted?».

Bajó entonces el fusil, y me dijo: «¡Chico! ¡Si te acobardas te mato!...».

Y lo habría hecho como lo decía, pues Maza no era hombre que gastaba chanzas, y la vida de un semejante no le importaba un comino. Maza era un eminente patriota y héroe benemérito, pero, como hombre privado, muy poco simpático, y aun temible en ocasiones.

Al día siguiente fuimos a la quinta de La Floresta, conseguimos allí tres buenos caballos, de los cuales reservamos uno para el amigo Maza. Llegamos a su casa; ya salía con su fusil pero al vernos dijo: «Largaremos el fusil y tomaremos la lanza».

Don Nicolás Sánchez también iba con nosotros, y marchamos en dirección al norte.

Apenas habíamos andado dos leguas cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de un magnífico caballo cervuno; todo fue divisarlo Maza y exclamar: «¡Allí viene un jefe godo de los derrotados!», y diciendo esto, picó espuelas al suyo, y cuando estuvo a unos treinta pasos de distancia, gritó: «¡Alto ahí!, ¡quién vive!». El desconocido no hizo caso de esta interpelación y siguió adelante; entonces Maza enristró su lanza y acercándose más, gritó lo mismo, pero el jefe pasando de largo por cerca de Maza, le dijo con un tono de tanta dignidad como desprecio: «¡No sea p...!».

En aquel instante reconocieron Maza y mi hermano al general Bolívar[14], el cual, habiendo tenido noticia en el Puente del Común de que Sámano había emigrado con toda su gente y que la ciudad estaba enteramente abandonada, voló a ella, dejando su escolta, sus edecanes y demás personas que le acompañaban, las cuales se quedaron muy atrás y él venía perfectamente solo. Seguimos con él hasta la plaza de la Catedral. La noticia de su repentina llegada llenó de extraordinario júbilo a toda la población. Llegaban algunos sujetos a caballo, y todos le instaban para que fuese al palacio, pero él rechazó; sin duda aguardaba a que llegasen los que venían atrás para darles allí mismo las órdenes del caso. En efecto, a poco rato llegó el coronel Justo Briceño, de una traza lo más rara, con los calzones hechos pedazos y una chaqueta corta que parecía haber sido en otro tiempo colorada; bien que Bolívar no estaba más elegante: el uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos, y lo mismo venían todos los oficiales y tropa, porque los españoles no habían dejado en las poblaciones del norte telas ni ropa de ninguna clase[15]. Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa.

[14] Si Maza hubiera llevado ese día arma de fuego, le habría tirado desde lejos al Libertador, sin conocerlo.

[15] Un sujeto salió a la Calle Real en solicitud de una docena de camisas, fiadas, para llevarle a Bolívar.

Enseguida llegaron el coronel Infante y la caballería apureña, en caballos cansados, y ocuparon las cuatro esquinas de la plaza. Después se nos acercaron y dijeron: «Señores, pie a tierra, que necesitamos sus caballos para seguir a Honda en persecución de los enemigos». Nos apeamos, entregamos los caballos, ellos los desensillaron y les pusieron sus fustes llaneros, y montaron. Yo me volví para mi casa con el galápago cargado a las espaldas ya como a las seis de la tarde.

XXXIII

No fue el peligro en que el bárbaro atentado de Maza puso la vida de Bolívar el único que corrió aquel día el Libertador, pues si por desgracia se hubiere quedado en la ciudad, o vuéltose del camino una partida de enemigos, o si el teniente coronel Pía, que había llegado esa noche a la cumbre de Monserrate con doscientos hombres, se hubiese atrevido a bajar a la ciudad, sin duda alguna le habrían cogido prisionero, y tal vez quitándole la vida, pues la caballería había partido esa misma noche, como también el general Anzoátegui, en persecución del virrey y el coronel Plaza en la de Calzada; así era que no había en la ciudad quien pudiese defenderlo, o evitar tamaña desgracia, que habría venido a hacer, por lo menos, infructuoso el espléndido y decisivo triunfo que acababa de obtenerse.

El rasgo siguiente confirma lo que acerca de la ferocidad del carácter de Maza se ha dicho. Al siguiente día de la entrada de Bolívar, comenzaron a llegar algunos de los prisioneros españoles, entre ellos venía un oficial venezolano llamado Brito; al llegar a la plazuela de San Francisco

lo reconoció nuestro héroe, y, bien porque tuviese con él alguna antigua enemistad, o bien por el placer de matar, se le acerca, y apuntándole con el fusil, le dice: «¡Diga usted viva la patria!». El pobre prisionero obedeció la intimidación, pero no pudo concluir la frase, porque soltándole Maza el tiro, lo dejó en el sitio.

La llegada de las tropas vencedoras fue una ovación continuada; las escenas a que ella dio lugar, no son para referirlas, y el lector puede figurárselas muy bien. Algún tiempo después, cuando todo estaba ya sosegado, me presenté al general Joaquín París, comandante general de armas, que había regresado del sur mucho antes que yo, quien me dijo que pronto se me expediría mi despacho de capitán del primer batallón de campaña que debía marchar para el sur; le di las gracias, pero le manifesté que estaba resuelto a dejar el servicio, porque mi salud se hallaba quebrantada y quería retirarme a vivir de mi trabajo. Él me instó a que desistiese de esta idea que me haría truncar mi carrera, pero yo le dije que ya veía libre a mi patria, por la cual había hecho sacrificios y peleado para defenderla, y que otros debían continuar sirviéndola. Y en efecto, llevé a cabo mi propósito consagrándome desde entonces a mi profesión de pintor y retratista, y en mis últimos años he hecho los cuadros al óleo de todas las batallas campales en que me hallé, y los retratos de muchos próceres y jefes de la guerra de la Independencia, de que hablaré más adelante.

Sin ambición ni pretensiones de ninguna especie he pasado hasta hoy mi vida tranquila, o por lo menos exenta de remordimientos, consagrado a un trabajo pacífico, y

haciendo votos por la prosperidad y engrandecimiento de mi Patria. Los recuerdos de mis años juveniles me han sido en ocasiones gratos y a veces dolorosos, pero siempre me he regocijado con la idea de haber contribuido, aunque en pequeña parte, a darle libertad e independencia. Celebré sinceramente sus triunfos posteriores, y celebraré mucho más que, cerrándose para siempre la era de las discordias domésticas, alcance yo a ver próspera y feliz esta Patria que tanto amo.

Hoy no se disfruta ya de ese placer puro, de ese regocijo que inspiraban aquellos primeros triunfos; los que no fueron testigos de ellos no pueden formarse una idea de esa especie de vértigo, de ese entusiasmo que rayaba en delirio. La generación presente lee con fría indiferencia, si es que la lee, aquella historia, digna de los tiempos heroicos, y no se penetra de los inmensos, de los indecibles y dolorosos sacrificios que ha costado a sus mayores el fundar esta Patria que ella ve hoy como cosa de juego y pasatiempo, como cuentos de nodrizas. Si esta generación indiferente y ligera leyese esa historia con ojos filosóficos y con juicio y reflexión, tal vez no estaríamos viendo el seno de la patria despedazado por guerras intestinas, a que da origen una legión de vulgares pasiones, o de imaginarias y estériles teorías que pretenden plantearse sin estudiar las condiciones especiales de nuestro país.

En cuanto a mí, me queda la gran satisfacción de no haber derramado sangre de hermanos, si se exceptúa el corto periodo de guerra civil que siguió a la revolución de 1810 entre centralistas y federalistas; siempre he combatido

contra los enemigos nacionales, jamás contra mis compatriotas. Por eso he preferido y prefiero el modesto título de *abanderado de Nariño* a todos los pomposos grados y empleos con que el Gobierno de mi país hubiera recompensado mis hazañas en las guerras civiles que han ensangrentado, empobrecido y desacreditado a nuestra tierra.

Aquí debiera terminar estos *apuntamientos*, porque si más me extendiera sólo podría consignar algunos rasgos de mi vida íntima y doméstica que poca o ninguna importancia tendrían para el lector, pero el amor propio de artista, disculpable cuando no pasa de ciertos límites, y la circunstancia de estar relacionados esos rasgos con varios de los personajes que figuran en estas páginas y que han sido notabilidades conspicuas en nuestro país, me hace vencer la repugnancia que naturalmente tengo de entrar en tales pormenores.

Hablaba anteriormente sobre la idea que tienen muchos acerca de las guerras de la época gloriosa de nuestra Independencia, lo que me hizo recordar las anécdotas siguientes:

Pasaba yo una vez por el frente de la botica de un amigo mío, donde estaban en tertulia unos paisanos y dos españoles: uno de los primeros me llamó y me dijo, en tono de burla: «Señor Espinosa, ¿se parecen estas batallas de Sebastopol a las de Juanambú, Calibío y demás de esta República?». Le contesté que no, porque en Europa peleaban cien mil hombres contra otros tantos y moría la décima parte, pero nosotros peleábamos mil quinientos contra dos mil españoles, y moría la mitad —esto no es exageración, porque en la Cuchilla del Tambo, por ejemplo,

éramos ochocientos republicanos contra dos mil realistas que estaban atrincherados en un punto inexpugnable, y de los nuestros murió la mayor parte y los demás quedamos prisioneros—.

Otro de los de la tertulia, que había estado oyendo con sonrisa, y frotándose las manos dijo: «Cada vez que me acuerdo que Baraya atacó en Bajo Palacé a Tacón, con cañones de guadua...». Los dos españoles prorrumpieron en carcajadas, porque se suponían que había triunfado Tacón, pero yo les dije: «¿Y ustedes creen que con cañones de guadua venció Baraya a Tacón?». Ellos dijeron entonces ya muy serios: «No, eso no puede ser».

Mientras más quieran ridiculizar las acciones heroicas de nuestros compatriotas, más las elevan. Y es de advertir que el general Tacón no era cualquier hombre, cuando fue en La Habana capitán general.

Estando yo retratando al general Rondón, él me divertía refiriéndome algo de sus campañas. «¿Qué le parece a usted?», me dijo un día, «habiéndose acampado el general Barreiro, español, al frente del Pantano de Vargas, se acercaron a nuestro campo dos húsares de Fernando VII, seguramente con ánimo de desafiar a dos de los nuestros. Venían en magníficos caballos, y muy bien uniformados, con una chaqueta verde guarnecida de pieles, colgada sobre el hombro izquierdo; tenían espada, carabina, un par de pistolas, cantimplora, etcétera. Nosotros estábamos viéndolos hacer morisquetas, cuando se me presentó un zambito de la caballería de bajo Apure, y me dijo: «Mi generá, ¿me da permiso de epantá aquello dos goos?». —¿Y tú

solo?—. «Sí señó», me contestó el zambito, que estaba medio desnudo, con su lanza, montado en pelo en un caballito que manejaba con una jetera: se precipitó sobre los dos españoles, y cuando se acercó le hicieron tiros de pistola y carabina, pero por fortuna no fue grave la herida hecha al caballo; entonces lanceó a uno de los dos godos y el otro salió corriendo, y la cantimplora volaba por la precipitación con que iba, pero no obstante esta ligereza fue alcanzado por el nuestro, y corrió la misma suerte del primero. El zambo fue aplaudido por todo nuestro campo, adonde volvió con un caballo de cabestro, y yo le dije: «¡Te has lucido!», a lo que me contestó: «Eso no es náa, mi generá».

Retratos

Faltaba ya muy poco para la conspiración del 25 de septiembre de 1828, cuando fue a casa mi tío José I. París y me dijo: «El Libertador te manda llamar para que vayas a retratarlo». En el momento preparé un marfil, y nos fuimos a Palacio. Después de presentado a Bolívar, que me hizo un cariñoso recibimiento, se colocó al frente de mí, con los brazos cruzados; apenas empezaba yo el diseño, cuando me dijo: «¿Ya está?», le contesté que faltaba mucho: entonces estiró los brazos, diciéndome: «Puede usted venir cuantas veces quiera, a las once, antes de que se reúna el Consejo». Al día siguiente volví, y estando trabajando ya, y Bolívar al frente, se oyó un ruido en el patio: era el coronel Croston a caballo. Bolívar se levantó con viveza, se asomó al balcón y dijo: «¿Conque está usted de desafío, ah?». El coronel le contestó: «¡Por respeto a las leyes no he matado a ese cartagenero!». Bolívar le repuso: «Por respeto a la pistola». Cerró las vidrieras y se volvió a su puesto. A la tercera sesión, sufrí el disgusto de una equivocación. Estábamos en silencio y me sorprendió

diciéndome: «¿En dónde está usted?». —En ninguna parte, señor, no tengo destino—. «No», dijo él, «¿en qué facción de la cara?». —En los ojos —le contesté—: ya yo había pensado que me iba a dar una buena colocación—. A otro rato me preguntó si quería ir a Italia a ver las obras de los grandes artistas: le manifesté que sí, y entonces me dijo: «Se irá usted con el señor Gual; el Gobierno le costeará el viaje y todo lo necesario con que usted reciba algunas lecciones de uno de los pintores más afamados, tiene para venir a poner su escuela». Le di las gracias, agregando que prepararía mi viaje. En ocho días que estuve yendo, no pude aprovechar sino como cuatro horas, porque cuando no estaba inquieto, se quedaba pensativo, con los ojos fijos en el suelo y la cabeza inclinada: así era que tenía que suspender el trabajo. Un día se estaba paseando por la sala con el coronel Wilson; el coronel Santana estaba leyendo un periódico en inglés; se acercó Bolívar a mi mesa, vio el retrato y dijo: «Santana, ¿sabe usted a quién se parece?, a aquel viejo Olaya de La Mesa». Santana fue a ver y al descuido me dijo en voz baja: «No le haga caso que va muy bien, está idéntico». Con esto volví a recobrar el entusiasmo. Habiendo concluido el retrato en casa, dejé una copia para mí, y llevé el original a Palacio al tiempo que entraban algunos miembros del Consejo, como don Joaquín Mosquera, los señores Restrepo y Castillo Rada, los cuales elogiaron mucho el retrato; Bolívar dijo que estaba muy parecido, y yo tuve el honor de presentarle mi obra a Su Excelencia como un pequeño testimonio de gratitud.

El proyecto de mi viaje a Italia iba ya muy adelante; ya me soñaba yo en Roma, lleno de admiración y de entusiasmo, viendo y estudiando los prodigios del arte, pero sucedió la conspiración contra la vida del Libertador, y se acabó todo.

Por la copia del retrato de Bolívar, que conservo en mi poder, hice después muchos otros para extranjeros y paisanos: el último fue el óleo, de cuerpo entero y tamaño natural. Cuando el general Mosquera tuvo noticia de él, me lo mandó a pedir para verlo, y luego me hizo el honor de enviarme la siguiente carta:

Bogotá, 6 de junio de 1864.

Señor José María Espinosa.
Mi apreciado amigo y antiguo compañero.
He visto el magnífico retrato que usted ha hecho de mi ilustre general el Libertador Bolívar; al verle ese semblante triste en sus últimos días, me ha traído a la memoria la imagen del héroe, y su semejanza es tal, que deberá llamarse el Bolívar de Espinosa.
Felicito a usted por su inspiración artística, pues con ella va usted a perpetuar la imagen de Bolívar.
Suyo cordialmente.

Tomas C. de Mosquera

A pocos días un amigo me hizo leer el editorial de *El Colombiano*, en donde el señor Antonio Leocadio Guzmán decía del retrato del Libertador lo que tengo la satisfacción de copiar:

Retrato de Bolívar

«Saben nuestros lectores cuán desgraciado fue el Libertador en esto de obtener un retrato con verdadera semejanza a él. La electricidad de sus impresiones, cierto galvanismo de su mirada, una inquietud invencible, cierta voluntariedad de gesto, de actitud y movimientos, todo gentil y caballero, pero de incesante movilidad, hacían imposible sorprender dos veces una misma actitud, ni una misma expresión. Innumerables artistas, americanos y europeos, encontraron su escollo, y hasta su desesperación, en la invencible dificultad de fijar aquella imagen.

«Pues bien: a los treinta y tantos años ha venido a existir un verdadero retrato del Libertador, al óleo, del tamaño natural. Es obra de un bogotano, el señor José María Espinosa. Fue hecho el boceto en las vísperas del 25 de septiembre, y quizás a eso se deba que pudiera el artista dar con una actitud y una expresión que producen completa semejanza con el original.

«No es el Bolívar galante que lucía su gentileza, ligerísima y simpática figura en los salones de París o de Roma, jurando a sus solas crear naciones, y separar un mundo de otro mundo: ni es Bolívar el fiero, impetuoso, el rayo

de los combates, el sol de la gloria de la época de la guerra a muerte; ni es el Bolívar que instala los congresos constituyentes de los pueblos americanos, político profundo, de mirada trascendental y penetrante, que con aire de legítima autoridad, connatural con su talento, excitaba inagotable admiración: ni aquel ángel tutelar de un mundo, que al galope de su caballo de batalla entraba en nuestras ciudades vitoreando al pueblo soberano, destrozando cadenas y cubierto de laureles; ni es el Bolívar de los infortunios en las épocas tremendas, con la pertinacia en la frente y el heroísmo en la mirada. Tampoco el que recorría sus filas vencedoras, alegres y entusiastas, aunque diezmadas, en los campos victoriosos de Boyacá, Carabobo, Bombona y Junín, y mil más, que le vieron arrancar a la fortuna victorias inmortales, y a cuyo alrededor resonaban los estruendosos vivas, y millares de bendiciones de tantos y tantos pueblos redimidos. Menos todavía es el Bolívar del festín: alegre, risueño, simpático y abundantísimo de la mesa y del sarao.

«Pero sí es el Bolívar del año de 28: en las vísperas del 25 de septiembre; viéndolo venir sobre sí: la mirada fija, la frente meditabunda, el gesto desengañado, triste y desdeñoso: es Bolívar en el martirio.

«Pero es él, el mismo, y queremos que todo el mundo lo sepa, y que lo conserve la tradición, y que ella y la historia lo digan a la posteridad.

A los treinta y tantos años hemos vuelto a verle: ese retrato es cuanto pudiera quedarnos de la imagen de Bolívar».

El general Mosquera recomendó este retrato al Congreso para que le pusiera en el presupuesto de gastos en mil pesos, para las Cámaras Legislativas, pero después le pregunté a unos representantes en cuánto lo habían puesto y me contestaron: «No se puso porque es muy caro, cuando más vale un retrato son cien pesos», entonces les dije que eso sería el de un representante, ¡pero el del Libertador...!

Inmediatamente el señor R. Márquez, ministro plenipotenciario de Venezuela, me dio por él seiscientos pesos de ley, y yo quedé muy agradecido.

Con placer me he ocupado en retratar a muchos de los héroes de nuestra primera época y de sus nombres he formado la lista que sigue:

General Nariño.
General Sucre, el gran mariscal de Ayacucho.
Brigadier José de Leiva.
General Herrán.
General Vélez.
General Maza.
General Mosquera.
General Santander.
Brigadier Ricaurte (Joaquín).
General Rondón.
General Neira.
General París.
General Villavicencio.
General Mendoza.
General Barriga (Francisco V.).
General Urdaneta Francisco.
General Caicedo (Domingo).
General Franco.

General Ortega.
General Córdova.
General Fortoul.
General Espina.
General García (P. Antonio).
General López (J. Hilario).
General Mantilla.
General Morales (Antonio).
General Murgueitio.
General Serviez.
General Murray.
General Moreno.
General Padilla.
General Durán.
General Gaitán.
General Herrera.
General Obando (Antonio).
General Obando (José M.).
General Valdés.
General Anzoátegui.
General Carmona.
General Figueredo.
General Gómez (Juan).
General Manrique.
General Soublet.
Mayor General Cabal.
General Melo.
Coroneles Cuervo (Rafael), Urreta, Briceño (Justo).
Coronel d'Elhuyar.
Coronel Guerra.
Coronel Girardot.
Coronel Vanegas (Vicente).
Coronel Santana.
Coronel Mutis.

Coronel Fergusson.
Coronel Johnson.
Coronel Wills.
Tenientes coroneles: Antonio París, Rosas, Pinzón, Mariano Posse, Ricaurte (Antonio), Liborio Mejía y Cirakoscki.
Teniente Santander (Narciso).
La heroína Policarpa Salavarrieta.
Don Camilo Torres.
El señor Restrepo.
Caldas, el Sabio.
Don Pedro Lastra.

También hice ocho acciones de guerra, que están en palacio por habérmelas comprado el Gobierno cuando era presidente por segunda vez el señor don Manuel Murillo T. Algunos de estos cuadros, que estuvieron mucho tiempo en mi poder, fueron aprobados por los señores generales Joaquín París, Hilario López y por el señor doctor Alejandro Osorio, que fue secretario del general Nariño, en toda la campaña del Sur.

▪ Caricatura

En el año de 1856, poco más o menos, íbamos los del Depósito de retirados de la Independencia a la Tesorería, y nos poníamos en fila a aguardar que nos pagaran: como el continuo padecer engendra paciencia, ninguno chistaba, aunque veíamos que primero atendían a los agiotistas, a

las mujeres y a otros que no eran militares, entre ellos uno que llevaba papeles debajo del brazo, con un rótulo que decía: *Deuda de Makinston*, y cuando acababan de salir todos con sus mochilas llenas, nos decía el tesorero: «Señores retirados, se acabó la plata». Volvíamos a desfilar en silencio: solamente el comandante Millán medio rezongaba. Yo me contenté con sacar una vista de la Aduana, en donde era entonces la Tesorería, pinté a todos los que salían con sus mochilas llenas, al de los papeles de la deuda de Makinston[16], y detrás a nosotros, que salíamos tan limpios como habíamos entrado. En la esquina puse un aviso, que estaba leyendo uno de los del Depósito, y decía así: *Cuarenta horas, velación, agonías, jubileo y bloqueo en el Tesoro: los antiguos soldados de la libertad no podrán gozar de los privilegios y recompensas que se reparten en estas velaciones porque están destinados a sus manumitidos, pero sí podrán tener cuarenta días de perdón, y su jubilación eterna.*

FIN

16 En ese tiempo hubo rumores de que si no se pagaba la deuda de Makinston, bloquearían Cartagena.

Biblioteca Básica de Cultura Colombiana

Este libro no se terminó de imprimir en 2016. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.

MINCULTURA

Biblioteca Nacional de Colombia

Leer es mi Cuento

TODOS POR UN NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN